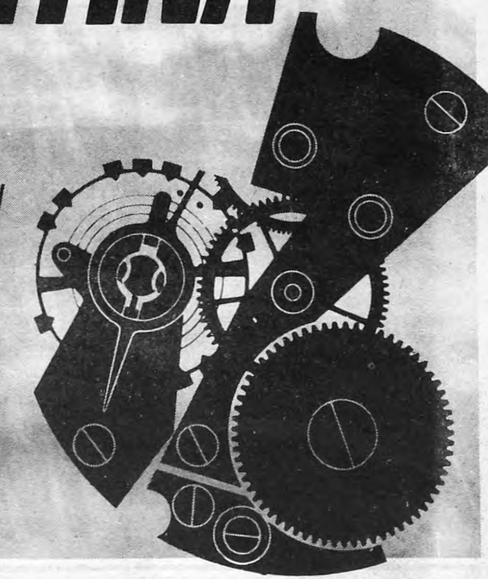
Página/12

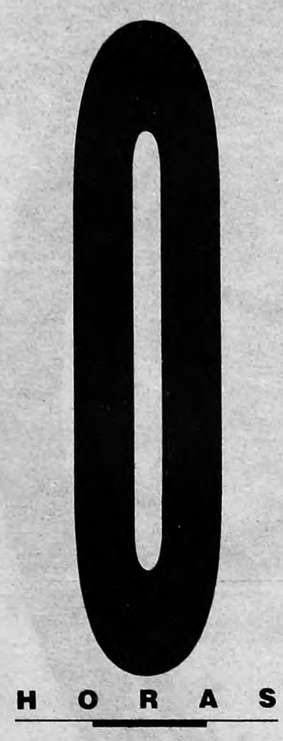
SUPLEMENTO 4º ANIVERSARIO

24 HORAS EN LA VIDA DE LA ARGENTINA

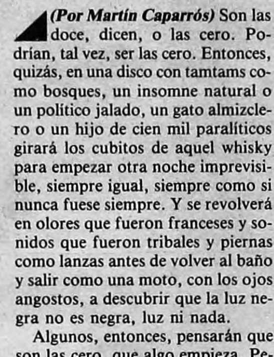
escriben

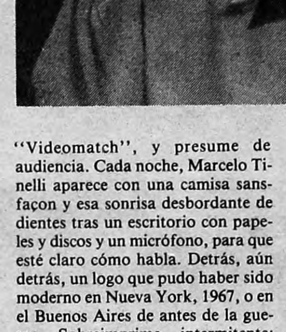
Soriano, Lanata, Fontanarrosa, Bonasso, Dal Masetto, Bayer, Rabanal, Cossa, Ure, Pavlovsky, Gorodischer, Medina, Briante, Giardinelli, Cohen, Forn, Chejfec, Caparrós Figueras, Di Paola, Shua, Sánchez, Jitrik, Fresán, Selser.





0 HORAS





Blooper non stop

VIDEOMATCH O LA VIDA MISMA



(Por Martín Caparrós) Son las doce, dicen, o las cero. Podrían, tal vez, ser las cero. Entonces, quizás, en una disco con tamtams como bosques, un insomne natural o un político jalado, un gato almizclero o un hijo de cien mil paralíticos girará los cubitos de aquel whisky para empezar otra noche imprevisible, siempre igual, siempre como si nunca fuese siempre. Y se revolverá en olores que fueron franceses y sonidos que fueron tribales y piernas como lanzas antes de volver al baño y salir como una moto, con los ojos angostos, a descubrir que la luz negra no es negra, luz ni nada.

Algunos, entonces, pensarán que son las cero, que algo empieza. Pero probablemente sean las doce: esa hora a la que ya es difícil creer que habrá comienzos y en el techo no hay nada, hay solamente un techo y los bares no están cerrados pero sí el día, el día ya está muerto, ya no será nunca aquel día, un día inolvidable, ya nada empezará en un día definitivamente sin historia. A las doce, minutos más o menos, la resignación. Quizá, la tele.

Otras luces. A esta hora, dicen, hace falta la alegría de no pensar en nada.



El presidente virgen

El zapping está duro y alguien —el rating, el azar, el director de un diario— ha decidido que esta hora debe ser de "Videomatch".

Marcelo Tinelli fue, durante muchos años, un periodista deportivo especializado en sufrimientos. Badía —sí, Juan Alberto Badía— solía tomarle el pelo en sus programas: Tinelli era el muchachito un poco alborotado que soportaba las bromas, las gastadas de su jefe, en radio, en televisión. Con lo cual fue haciéndose un nombre. Después, un día, se casó con una chica de buena familia ultramontana, sentó cabeza y empezó a montar, laborioso, su propia productora. Vendía servicios, publicidad, chivos en general, hasta que descubrió algunos trucos que flotaban en el aire, en el éter.

Ahora, Marcelo Tinelli se presenta cada noche de la semana en su "Videomatch", y presume de audiencia. Cada noche, Marcelo Tinelli aparece con una camisa sansfaçon y esa sonrisa desbordante de dientes tras un escritorio con papeles y discos y un micrófono, para que esté claro cómo habla. Detrás, aún detrás, un logo que pudo haber sido moderno en Nueva York, 1967, o en el Buenos Aires de antes de la guerra. Sobreimprime, intermitente: "La buena onda".

—¿Vamos al atletismo?

—¿Adónde?

—¿Y adónde podía ser si lo comenta Daniel Jacubovich? En Israel.

Hay risas: las voces ocultas, las que la pantalla nunca muestra, festejan el ingenio. Pero podría haber sido en cualquier otra parte. "Videomatch" produce, noche a noche, la unidad de lo diverso: ping-pong en Alemania, autos solares en Australia, pool en Miami con relator latino, cartas que mandan besos y más besos, un maratón en Tokio y otro en San Isidro, una mujer de glúteos estentóreos, otra mujer de nalgas como arañas o lo mejor del windsurf en las costas de la India —aunque nunca importa dónde, todo es igual, nada es mejor: los paisajes y los continentes igualados en la semejanza de una y otra ola, de dos gimnasios similares, del sudor sin idiomas—.

Y, noche tras noche, "Videomatch" ofrece, sobre todo, los bloopers. Hay muchos países donde la palabra blooper no significa nada. De hecho, la palabra fue inventada por la televisión americana para describir un error grueso, una bruta metida de pata. Cuentan, incluso, que el primer blooper que se recuerde se celebró en los 60, cuando el inefable Lyndon B. Johnson saludó en un discurso al presidente de las Islas Vírgenes como el presidente virgen de las islas. El blooper es ahora un espectáculo mundial, se llame como se llame. Y, en cualquier caso, el blooper es el alma de esta hora cero, de estas doce horas.

Con el blooper, la estética del accidente se hizo fuerte en la televisión. El accidente es la irrupción que da realidad a lo real: el tiempo convencional de la televisión no soportaría los tiempos reales de la vida y, hasta ahora, la solución era el montaje, la simulación. Con el blooper, la realidad se muestra sin puestas en escena, concentrada en un instante: nadie puede negar que esos traspiés aparatosos son la vida misma, su propia vida, amigo telespectador.

Con el blooper, además, se cristalizan viejos hábitos, o aspiraciones: reírse de la desgracia aparatosa, conseguir esos quince segundos de fama, estar detrás de la cámara. Y se conforman otros nuevos: quien filma un blooper elige, ante el accidente, ante esa vaga premonición de la tragedia, no intervenir, quedarse afuera y registrar. Privilegiar el testimonio a la intervención: la desgraciada postura del periodista, difundida como modelo.

Un muchacho como yo

—¿Te acordás de Mariela, la que venía al estudio con el flaco?

—...

—No sabés lo que creció, cumplió 18 y está hecha un avión.

—Con tal de que pese más de treinta kilos...

"Videomatch" es como un blooper non stop. Ernesto Guevara solía decir que "cuando lo extraordinario se vuelve cotidiano, es la revolución". De "Videomatch" se podría pensar que cuando lo ordinario se vuelve cotidiano, es la tranquilidad, el alivio. Marcelo Tinelli es aquel chico de barrio, el simpaticón que las madres temían sólo un poco, alguien como tantos. Es el mismo del que se reía Badía, pero ahora la pavada rinde. Tinelli demuestra, noche tras noche, que todos podemos, que la televisión está al alcance de su mano, señora. Dicen que el Polaco canta como cualquiera cree que canta bajo la ducha, mientras se enjabona: Tinelli habla, gesticula, canturrea como cualquiera cree, sin siquiera la ducha de por medio. Tinelli es la equal opportunities law en color y veinte pulgadas, una prueba fehaciente de la posibilidad universal, un artículo del *Reader's Digest* sobre aquel vecino sin piernas que finalmente ganó el maratón del barrio.

—Dice Moncho de Quilmes que yo soy la mulita erótica.

—Lo conozco, lo conozco: ¡porque dormís cada noche con un peludo distinto!

Es como un blooper: la fórmula habitual de la televisión argentina se ha basado siempre en simular la banalidad —pero siempre se les escapan moralejas, bajadas de línea—. En "Videomatch" no hace falta simular nada. "Videomatch" es, finalmente, la tan ansiada televisión verdad. Allí podría estar el hallazgo: en un medio basado en la representación, en la puesta en escena, "Videomatch" se muestra como lo natural, lo que no representa ni simula: la vida misma. No hay elaboración previa de imágenes: o se compran, o muestran a Tinelli en su escritorio radiofónico. No se dice, no hay guiones, no hay invitados, no hay —casi— nada: la vida misma.

Montana, el inefable Montana, sostiene que a la televisión ya no le sirve impresionar: quienes impresionan —quienes tienen poder— ya no son fiables; son, cada vez más, el enemigo. Ahora, entonces, hay que mostrar que uno es uno más, uno como cualquiera, un espontáneo. En un país donde todo parece una gran puesta en escena, "Videomatch" no lo parece.

—Estela de Munro me dice gracias por ser como sos.

Oscar Wilde, tras codearse con la nata y la flor de la perversión, supo decir que "Todo arte es inútil". Si es así, si también en esto tenia razón, "Videomatch" es uno de los artefactos más perfectos: los redomados placeres de lo inútil, de lo que no busca justificación: matar el tiempo.

Como si alguna vez el tiempo se hubiese resistido a ser matado: como si lo propio del tiempo no fuese todo el tiempo morir y morir, escapar con toda nuestra ropa.

Y ahora, otra vez, ha pasado. Es casi la una, hora unívoca. Alguien se dice que afuera, pese a todo, debe haber algo, que en un libro improbable debe haber algo, en una mujer algo quizás, en un canuto. Algo sin rizos como de virulana. Algo donde el tiempo espere, cortés, frente a la puerta: "Usted primero".

Y se ríe, después, sin gracia, de su orgullo, de no ser natural, banal, de no permitírselo. Aunque sepa que, seguramente, volverá a prender la tele cuando llueva.

1 HORAS

Corrientes de noche

TE ACORDAS HERMANO

(Por Sergio Chejfec) Existe una ciudad que fue nuestra, y a la cual ya tampoco pertenecemos, que es la de la memoria. Con los recuerdos conservamos un Buenos Aires desvanecido, pero sin duda más real y unívoco que el cotidiano. La ciudad de todos los días, para sus habitantes, no constituye una ciudad: es más bien una secuencia de hábitos y operaciones que se piensan como una extensión del cuerpo, como un mero despliegue de la actividad. ¿Cuándo sentimos que habitamos una ciudad? Cuando funciona la memoria, para decirlo de manera vaga. Las conductas urbanas necesitan para su perpetuación carecer de conciencia precisamente urbana. El mundo sería insoportable si nos comportáramos todo el tiempo como vecinos; así como tendemos a considerar a los extraños con quienes compartimos transportes y veredas como extranjeros absolutos, desdibujados de anonimato, de presencia furtiva. De este modo la ciudad en la que pensamos cuando decimos "ciudad" jamás es la ciudad habitual; ésta es más bien un conjunto de normas mientras la otra, la inadvertidamente real, resulta en todo caso un conglomerado de recuerdos superpuestos y amalgamados por el lento trabajo de nuestra experiencia sobre la también nuestra —lo sabremos después, una vez adultos— geografía; recuerdos originarios que han perdido su aptitud rememorativa y son, tan sólo, conocimiento. Esta especie de atonía ciudadana generalizada, de impavidez refleja, entabla aquella relación tan despojada y austera con el resto de los habitantes; aunque establece por otra parte un lazo de suma familiaridad —incluso de interioridad— con los lugares en general: comercios, plazas, edificios o cuadras.

Muchos practican la ilusión de caminar por la ciudad como si fuera la primera vez; no sólo anhelan ejercer y percibir la disponibilidad del turista, también aspiran a enorgullecerse de la secuencia de encantos que los extranjeros supuestamente encuentran y los nativos no reconocen por culpa del apego cotidiano. Pero siempre son esfuerzos vanos que no duran más que media cuadra; esa virginal mirada urbana se torna imposible porque la conciencia connota nuestro recorrido así como la preocupación del turista se encarniza con la locuacidad caótica —y muchas veces muda— que despliega una formalidad urbana en estado puro y de comprensión difícil.

Si hay unos pocos lugares en los que inmediatamente pienso cuando reflexiono acerca de Buenos Aires —por supuesto demasiadas veces a lo largo del día—, ellos son: la zona de Entre Ríos al 900, la avenida Corrientes haciendo esquina con Montevideo, y la pequeña cuadra de la calle Aguirre entre Uriarte y Juan B. Justo. De los tres es el segundo el que adquiere sus rasgos definitorios, según mi entender, durante la noche, y el que ejerce una atracción incluso turística para los porteños a pesar de sus desleídos encantos; excepción hecha de los populosos restaurantes que concentra. Como resulta conocido, Montevideo y Corrientes surte un público gastronómico, poco exigente respecto de la complejidad de los platos —al contrario, cuanto más previsibles y de elaboración sencilla tanto mejor— pero especialmente veleidoso cuando se trata de poner en escena la fuerte connotación simbólica de esa comida: constituye de manera arquetípica —dejando de lado a los intelectuales, para quienes comer por allí resulta de una naturalidad envidiable— una comida que en función del entorno pone en escena algunas de nuestras virtudes mejor inspiradas: el ámbito público, franco, como escenario apto e ideal para el desarrollo de la conversación. Evidentemente si se incluye a los comensales naturales, a los habituales, a los esporádicos, o si también se incluyera a la mayoría, que no come en la zona sino que aparentemente pasa caminando, todos ellos representan un comportamiento de carácter residual aunque siga siendo relativamente populoso.

La marginalidad de la avenida Corrientes es estructural, pero de una estructuralidad lateral a los condicionantes socioeconómicos: la de la degradación, la del paso del tiempo, y cuando se trata de frecuentación de la ciudad, de hábitos recreativos, referirse al paso del tiempo significa hablar de la gente que deja de hacer lo que se hacía porque ya no está o porque prefiere hacer otras cosas; y ésta es la señal de cuando los adultos empiezan a habitar otra ciudad aunque sea la misma. La avenida fue entregando cuadras al desdibujamiento de su fama de Circuito Culto. Un indicio de la degradación encarnada por esta zona —que podría incluir, con afán descriptivo, las cuadras que van desde la avenida Callao hasta la calle Esmeralda, y también la Lavalle peatonal, mal que les pese a quienes nunca trasponen Cerrito— consiste en lo sencillo que sería reivindicarla en tanto perpetuación de la clásica salida al centro. En general el costumbrismo se recuesta en la complicidad que confieren los saberes y prácticas convencionalizados de tan arcaicos y difundidos. Sin embargo hoy, desde hace muchos años, resulta notorio que estas escapadas esporádicas hasta el centro se vuelcan mayoritariamente hacia lugares que satisfacen mejor cierto tipo de expectativas: la avenida Santa Fe, donde la marginalidad aún no ha impregnado su elegancia y donde las vidrieras recuperan la antigua costumbre de salir a verlas. (Imaginemos la diferente valoración que nos suscitaría enterarnos del más trivial acontecimiento cotidiano experimentado en Santa Fe y Ayacucho y del mismo hecho sucedido en Corrientes y Montevideo.)

No obstante, más allá de todo, Corrientes sigue siendo el lugar, el epicentro, donde se superponen cierta rotunda restricción económica y una enfática conducta alejada de la frivolidad actual. Evidentemente, el éxito no pasa ahora por esta avenida, y en tal sentido podría generosamente reconocérsele cierta dignidad; pero sin embargo tampoco es el caso. Tengo la impresión de que los habitués nocturnos de la avenida Corrientes encuentran en ella una naturaleza que en tanto tal torna irrelevante la cuestión acerca de las implicancias morales de la caminata; puede que sea una naturaleza derivada de la repetición —y precisamente la repetición constituye una de las tendencias del temperamento de la gente que encuentra en las ciudades las condiciones ideales para cristalizarse despojada de motivación—, puede también que sea una naturaleza provincial —y por lo tanto revierte en angustia las alternativas de desvío—. En todo caso no es descabellado suponer que nuestros más familiares territorios delineados por los habitantes de Buenos Aires también se encuentran definidos con trazos de obsecuencia involuntaria o de ingenuidad dichosa.

Debido a esto resulta desechable aquel sentido común que dicta el tono del encanto inmanente guardado por esquinas, paredes o locales. Es verdad que intenta resumir ciertas experiencias colectivas, pero aunque nos torne menos indulgentes no conviene ignorar las tensiones que nosotros mismos encarnamos cuando convivimos sin saberlo con el resto de la ciudad. En definitiva toda experiencia es individual —y más en el caso de Corrientes cuando se trata de algún día a la una de la mañana, dado que los escasos transeúntes inducen a abandonar cualquier idea de fenómeno masivo—. Quienes la recorren durante la noche tarde caminan por una avenida agotada, por una definida personalidad urbana en decadencia —lo cual hace más tenebrosa y triste su caída, lo que a su vez hará más trivialmente pintoresca su nostalgia—. Sin embargo también constituiría un error reivindicar la dimensión melancólica de este paisaje, sería equivocado aun en el caso de que quiera estetizar el deterioro.

Creo que pasará mucho tiempo antes de que Corrientes recupere su centralidad. En la actualidad el auge de lo hispano levanta a la Avenida de Mayo, la dinámica comercial legitima y enaltece a Santa Fe; pero el hecho es que Corrientes sólo puede ser central en una ciudad que sepa albergar a sus suburbios, que haya sabido convivir con la diversidad. Durante la madrugada, los rastros de cuando lo aprendía —es evidente que nunca lo supo— esparcidos por la avenida hacen de esta zona de Buenos Aires una ciudad momentánea y lánguida al mismo tiempo, veloz como la memoria, inaprehensible como el presente y remota como los apogeos. Los caminantes retornan a sus hogares en busca de un pasado, es decir, la gente vuelve a su casa.



2 HORAS

De la disco al club de barrio

HOTEL DE CORAZONES DESTROZADOS

(Por Marcelo Figueras) Fuera de John Merrick, el Hombre Elefante, de cuya historia me enteré por el relato de Sir Frederick Treves y cuya transida imagen figuraba, en fotografías, en el interior de aquel libro, no he visto nunca hombre más feo, más monstruoso que el Zelote. Lo conocí en una fiesta, ocasión inusual, si las hay, para trabar amistad con un *freak*, y una fiesta ofrecida en el club de barrio cuyo nombre, lo juro, no es producto de la pobreza de mis metáforas: el Club Eros, en Palermo, a un disparo de la zona a la que los cuchilleros borgeanos llamaban "Tierra del Fuego". Me habían comentado que en las fiestas del Eros solían verificarse prodigios de esos que sólo pueden ser referidos en voz baja, por temor a la malicia de los incrédulos, pero aun así nada me había preparado para el encuentro con aquel al que, si se quisiera proseguir con el símil zoológico, habría que llamar el Hombre Pangolín.



Cuando entré al Eros, aquel sábado, poco después de la medianoche, lo que me sedujo fue el insólito maridaje entre la arquitectura del arrabal, los viejos aferrados a los vasos de Bols y la voz de Jim Morrison que salía por los parlantes: "Hey, man, ¿querés minas, pastillas, fumo? Dale...". Era un disco de poesía, *An American Prayer*. La poesía no se baila. En una fiesta, mientras uno no baila, bebe. Allí, en el mostrador, todavía exultante por la noticia de que un gin tonic no costaba más de 15 mangos, me encontré con el Zelote. Flor de susto. ¿Tienen idea de lo que es un pangolín? El Espasa-Calpe contiene una descripción ajustada: un "mamífero desdentado, parecido al lagarto y cubierto de escamas duras y puntiagudas, que el animal puede erizar, sobre todo al arrollarse en bola, como lo hace para defenderse". Eso era. Pequeñito, sin una sola línea recta en todo el cuerpo (lo que implica un elogio al ser predicado de Marilyn, pero que en un hombre, ugh, en fin), el Zelote tenía la piel cubierta de escamas del tamaño de una moneda de dólar. La na-

rizota, sin ir más lejos, se escondía bajo tres escamas superpuestas, todo un tejado por encima de las ventanas nasales. Qué tal, dijo. A mí, claro: no había nadie más en un radio de tres metros. El Zelote pidió una birra, ya que en el Eros no había cerveza sino *birra*, y elevó la copa a mi salud.

Hubiera salido a la carrera, pero mi profuso pasado cristiano (la culpa, creo, es el par de zapatones *à la Frankenstein* merced al cual llego siempre tarde y mal a toda tentación) me lo impidió. Me quedé ahí, al descubierto, en la cancha de papifútbol, escuchando a James Brown. Poco a poco fue cayendo más gente. Richard Coleman, por ejemplo. Creí ver a García. A Sergio Marchi. El Zelote seguía a mis espaldas, inconmovible: podía percibirlo sin necesidad de recurrir a mis ojos. Los tópicos de las conversaciones eran, por doquier, los obvios. La canonización de Diego el Duro. Juan Culo y Josephine Baker, dedicados ahora a la importación de bienes no perecederos. La campaña de Boca. Los mismos temas, virtualmente, que rozan nuestros padres en sus conversaciones, cosa que, y ahí recibí la estocada del Zelote, cualquiera de nosotros detestaría tener que admitir. Yeah, dije yo. Y entonces advertí que el Zelote, el Hombre Pangolín, me había leído el pensamiento.

—El Eros es lo que la Zona Fantasma a la cosmogonía supermaniana: el lugar al que van a dar los delincuentes estelares. Los descastados. Los que nos hemos visto expulsados del paraíso de las discotecas y sentimos pavor ante esta nueva debilidad por la pizza, las películas de Morelli y Berruti y el nirvana de una almohada a hora temprana. Los que, como vampiros, no vemos nuestro rostro en el espejo de Vanilla Ice ni en el de Mochín Maraffioti. Los que hemos convertido al Eros en una peña neotanguera, donde nos juntamos para no confesar que, en el fondo de nuestros corazones, hemos comenzado a creer que todo tiempo pasado fue el mejor. En suma: el Eros es un lugar de tránsito. Nos detenemos acá en camino hacia el otro paraíso —o el otro infierno: depende de la versión, claro— de la integración a la sociedad, patrona, hijos y *la mer en voiture*.

Eso dijo, el Zelote, y de un tirón. La gente bailaba "Soul Man", y hasta había algunos que bailaban pogo, como si se tratara de la coreografía adecuada para Sam & Dave. Otro gin tonic. Otra birra. Yo soy el Zelote. Yo soy yo. Mucho gusto.

Nos pusimos como cubas. Todos, quiero decir. La feliz concurrencia, minis sesentistas, camperas de cuero, gafas, botas, colitas a la nuca, poleras negras, dibujaba mandalas con los pies sobre el piso de la cancha.

El Zelote me hacía acordar a un personaje del Corto Maltés, de pun-



tería endiablada, que era capaz de atinarle a un avión en movimiento pero sólo, y he aquí el *sine qua non*, si estaba borracho. Aquel soldadito inventado por Pratt mataba a Manfred von Richthofen, el Barón Rojo, pero en el Eros, ya entrada la madrugada del domingo, el único blanco móvil del Zelote era el claro entendimiento de quien esto escribe.

No sé lo que va a pasar, man, murmura Morrison, *pero yo voy a hacer la mía antes de que esta casa de mierda se prenda fuego, all right, all right*. El interludio poético no molesta a los bailarines, que siguen saltando sobre la instrumentación a la Stockhausen como si se tratara de la lógica prolongación de *Great Balls of Fire*. A esa altura, me es dado presumir cómo habrá de desovillarse el resto de la noche: una ráfaga de sexo y/o una resaca que llorarle a un Pescadas, como diría Calamaro. Después, y ya en el lecho, todos volveríamos a parecernos en la desnudez y la falta de efectivo. El Zelote, en tanto, me hablaba de la muerte de Judas. En los ocho versículos de Mateo 27, 3-10 se la narra tal como la conocemos: las treinta monedas, el Campo de Sangre, la horca. ¿Pero alguien sabe lo que dice Pedro en Hechos 1, 18? Allí expone que Judas "cayó de cabeza y su cuerpo se abrió, dispersándose sus entrañas". Ninguna soga. Ningún árbol. Sólo un cuerpo que se pudre, breva madura, como el del rey Antíoco, cuyas carnes iban despegándosele de los huesos como a un pollo recocido, te explico, decía el Zelote.

Pidió otra birra —sería la última, para él— y apoyó sobre mi hombro una mano conmiseratoria y llena de escamas. Entonces dijo:

—Esto no es un baile, hermano. Esta es una celebración religiosa, aunque nadie se haya dado cuenta. Acá se viene en busca de joda, de levante, de un poco de nostalgia, pero lo que se busca, de última, es otra cosa. Un signo. Una palabra mágica, la que nos pondría a todos de rodillas dispuestos a rezar. Buscamos un milagro. Buscamos religión. Buscamos lo que perdimos, la peregrina idea de que cambiar no sólo es posible, sino que también tiene sentido. Amén. He dicho.

Lo cual, a todas luces, el Zelote estaba demostrando con su cuerpo. Bastaba verlo para descubrir que él sí se estaba convirtiendo en otra cosa.

No sigas, ya entendí, le dije: lo de las escamas es una fase de la metamorfosis, y vos te estás transformando en Papa. Se ofendió, por supuesto. ¡Se fue! Lo perdí de vista entre la gente, primero a su cuerpo de marsopa, levemente escorado hacia la derecha, y después a su cabellera roja. Ya estaba. Se había ido. El Hombre Pangolín se había enroscado sobre sí mismo, y ya nada penetraría sus defensas antediluvianas. Después de otro gin tonic me animé a buscarlo. Le pregunté a Coleman. Nada. Le pregunté a Marchi: menos. Me llamé a recato. Ustedes hubieran hecho igual, de comprobar cómo lo mira a uno la gente cuando pregunta por un gnomo de 1,40 y la piel cubierta de costras.

Vagué por allí un rato más, hasta que sonaron las tres. Mi Cenicienta se había evaporado. Después de todo, estaba dándole la razón. Estaba en el Eros, y buscaba. Buscaba al Hombre Pangolín.

Fue pensando en aquellos incrédulos, los que descreen de los prodigios que tuvieron lugar en el Eros, que conservé las dos escamas que quedaron sobre mi hombro.

Supongo que ya no volveré a verio, o por lo menos a verlo como lo vi esa noche, porque habrá mudado de piel y no sería, creo, capaz de reconocerlo.

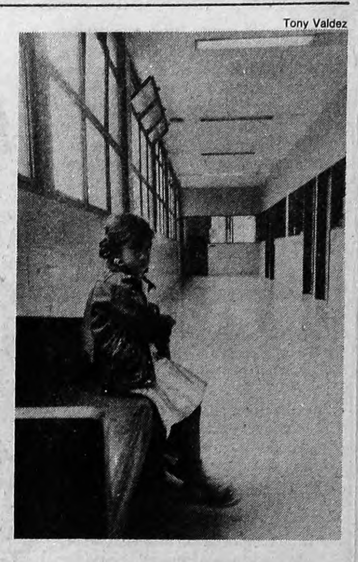
Ni siquiera me queda el consuelo del Eros, que ya no da más fiestas. Expulsado de su breve cielo, pienso en procurarme el paraíso artificial de otra fiesta-en-club-de-barrio y pienso en cambiar, qué carajo, de una vez por todas. Hasta el profeta Jeremías dice que el argüir "Soy sólo un joven" no sirve como excusa.

Adivinen quién me contó de Jeremías.



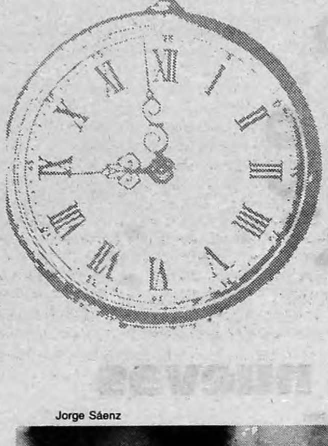
3 HORAS

Tony Valdez



Hospital de madrugada

EN GUARDIA



(Por Jorge Di Paola) En lo más cerrado de la noche, un dolor, como un golpe largo en el pecho, despertó a Pedro C., un metalúrgico suspendido desde hace dos meses. "Pasará", se dijo, a medias entre la maldición y la resignación por esa suerte que venía, tan mala, llevándolo para abajo, vaya a saber cuánto. El dolor, que insistía, parecía más dolor en la oscuridad de la habitación y en el silencio distraído por la respiración armónica y tenue de la mujer, que estaba ahí, tan dormida, tan otra. "Apenas cuarenta años y ya me voy, ya me voy." Ella no entendía nada, dormida; pero de a poco fue entendiendo y fue el pánico, tanto que se le había venido encima y ahora esto, esto que siempre les pasa a los otros y que cuando llega no se comprende.

Allá, en el barrio La Movediza, casitas de esas que se van haciendo de a poco, apenas un farol bamboleándose, despacio, en la niebla, en la calle.

Pedro se queja y ella sale —aunque quiere quedarse junto a él— a despertar al vecino que tiene la rastrojera. Todo tarda, piensa, todo tarda demasiado y escucha como de lejos los ruidos metálicos, las voces nerviosas y la tos del viejo motor. Encorvado lo suben y arrancan hasta el camino vacío de todo el vacío de la noche y la incertidumbre.

En la guardia del hospital Ramón Santamarina de Tandil, las 3 y cuarto de la noche es uno de los momentos nulos que suelen durar hasta las seis de la madrugada. Cuatro médicos y dos enfermeros descansan. En las 24 horas de la guardia atienden bastante más de cien personas. Unos timbrazos nerviosos despiertan a los dormidos y alertan a los despiertos. Una puerta se abre y entran a Pedro, lo acuestan en la camilla. Se escuchan los pasos, los sonidos del plástico y el metal que alguien golpea, un celofán que se rasga, un tintinear de vidrios y voces que tratan de aplacarse, indicaciones, acaso órdenes. Ella y el vecino esperan, perciben el calor seco de la calefacción. Sin embargo ella tiembla, cierra los ojos y espera.

No es posible medir ese tiempo, el que está o separa la vida de la muerte, la soledad de la compañía.

Algo le parece que la toca, abre los ojos, ve el guardapolvo, sube la vista y ve en la cara del médico esa luz:

—Zafa —escucha—, un preinfarto, se queda.

En Tandil, la mayoría de la gente está mutualizada; esto le proporciona acceso a los sanatorios y clínicas. No obstante, la guardia del Hospital Municipal es muy concurrida, goza de fama de eficiencia y actualmente se encuentra bien provista. Tan sólo hay demanda de alta tecnología, por lo que se escucha.

Tratándose de una ciudad con sobreoferta médica (cerca de trescientos para cien mil habitantes) y con un desarrollo relativo amplio de la medicina, es tradición que casi todos los profesionales de la ciudad circulan por el hospital. También se da el fenómeno, de gran utilidad, de contar informalmente con especialistas en caso de grandes complicaciones. Un telefonazo de amigo a amigo, y está la ayuda. Por otra parte, los médicos de guardia tienen una considerable experiencia, suelen permanecer quince o veinte años ligados al Hospital, más allá de su actividad particular.

Roberto Verkunsky, médico psiquiatra, hace sus observaciones: "La guardia nocturna, a partir de medianoche, no es habitualmente exigida, salvo en los casos de accidente. No hace tanto tuvimos la experiencia más terrible con el desastre del ómnibus que se accidentó en Ayacucho, el Río Paraná que chocó de frente con el camión de papas y enlutó la ciudad. Aunque las primeras atenciones se hicieron en Ayacucho, no bien se tuvo noticias se enviaron ambulancias, y a la madrugada se puso a prueba la capacidad de la sala de emergencias. Tuvimos heridos impresionantes, hubo una escala de gravedad extrema hasta lesiones en no menos de treinta personas. Hubo doce muertos. Pero, habitualmente, porque ésa fue una horrenda excepción, una de las dos más terribles en la historia de la ciudad, nuestra capacidad es, si se quiere, redundante. En la noche, las emergencias más comunes son el asma, el infarto, el abdomen agudo, alguna crisis de nervios, cuadros depresivos. Estos dos últimos son cuadros que estadísticamente han aumentado en los últimos años. Por otra parte, la sección pediatría suele ser la más agitada, aunque en la mayoría de los casos se trata de chicos que lloran y madres que se asustan. También se puede observar que durante el día las personas requieren el servicio más bien como consulta que como urgencia. Preguntas del tipo "hace quince días sentí esto o aquello", o "mire, a veces me duele acá".

Y ya, cerca de las cuatro de la madrugada, en esa quietud, en la noche brumosa y callada, todo aquietado ya, al parecer, Verkunsky recuerda algunos casos de los días pasados, como el de un policía que se metió en un maizal a perseguir a un ladrón. Un paisanito lo alertó: "Tenga cuidado que hay víboras". Pero el hombre le metió nomás, atento a la espalda del transgresor que aparecía y desaparecía entre las plantas, cada vez más lejos. Sintió un dolor punzante y se cayó, y enseguida otro pinchazo encima. "¡Pucha, dos víboras!", gritó. Se hizo traer a todo trapo, la sirena del patrullero silbando.

Se le dio el suero antiofídico pero quedó como loco, empecinado. "Me picó dos veces me picó dos veces."

Verkunsky, que limpió la herida, vio dos marcas distintas, dos puntazos como de dientes de distinto tamaño. "Es muy raro, o imposible, que un ofidio pique dos veces. Descargan su veneno en la primera vez. Pero el policía, que era medio paisano, quedó fijado. No podía decidir (como si tuviera importancia) si era una víbora que lo había picado dos veces o si se había tratado de dos, que venía a ser como el colmo de la mala pata. Por otra parte, tuvo que quedar en tratamiento psiquiátrico, porque no podía ver el color verde. Estuvo muchos días que cada vez que veía algo verde empezaba a los gritos. Aunque no fuera verde maíz."

Pero los relatos de este médico, que también es actor, quedan interrumpidos, y el festejo de la historia del cabo de policía se termina.

Se escuchan unos gritos, agudos, y después los timbrazos. Un hombre y una mujer, acaso los padres, entran con una adolescente con los brazos ensangrentados, que insulta a nada, a todo.

Revuelo, un sedante. El hombre, en el pasillo, musita.

—Otra vez, otra vez. Algún día se va a matar en serio.

Mira, se excusa, dice: "Y uno que lo da todo".

Jorge Sáenz



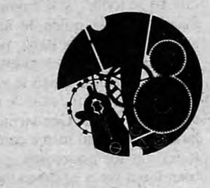
Profesionales a fichas

ROLANDO RIVAS, CLINICO



(*Por Tato Pavlovsky*) Pablo apagó el despertador inmediatamente. Tenía la costumbre de apagarlo y dormir diez minutos más. El decía que esos diez minutos de sueño eran los mejores, los más intensos. Incluso llegaba a dividir esos diez minutos en tres fracciones. De las cuatro y treinta dormía profundamente hasta las cuatro y treinta y tres, colocando el reloj de tal manera que son sólo abrir sus ojos podía divisar las agujas. Esos tres minutos le parecían toda una preparación para su próximo período, que consideraba el más placentero y reparador de todos, el que correspondía entre las cuatro y treinta y tres y la cuatro y treinta y seis. Apenas cerraba sus ojos se dormía profundamente, era el período de los sueños, algunos de ellos de gran voluptuosidad sexual, y se volvía a despertar a las cuatro y treinta y seis. Estos últimos cuatro minutos que le restaban le producían, aunque le costaba admitirlo, un sueño menos reparador, porque aunque tenía absoluta seguridad de que se despertaría a las cuatro y cuarenta como todos los días, sabía de antemano que este tramo no dejaba de ser el último antes de levantarse y esto le producía una cierta ansiedad que conspiraba con el placer de los tramos anteriores. En ese período no soñaba; parecía inquieto ante un lejano temor de no despertarse a las cuatro y cuarenta como todos los días. Esto nunca ocurría, pero sin embargo Pablo aceptaba que ese tramo, el correspondiente entre las cuatro y treinta y seis y cuatro y cuarenta, no lo hacía enteramente feliz porque ya ese período contenía los ingredientes de la ansiedad y el miedo del levantarse cotidiano.

4 HORAS





Sin embargo, ese día Pablo tuvo un sueño muy extenso, en este último tramo en el que nunca soñaba. Más tarde, le parecía increíble haber soñado tantas cosas en sólo cuatro minutos, pero recordaba haber leído que en un solo minuto de realidad a veces soñamos escenas que parecen corresponder a tiempos mucho más extensos.

Se veía entrando en la Facultad de Medicina, en su primera clase de Anatomía. En realidad Pablo había ingresado a Medicina para ser cirujano como su tío, un famoso profesor de clínica quirúrgica que lo había estimulado para que eligiese la carrera de medicina. Entraba a la sala de disección y sentía ese olor de los cadáveres que, unidos al formol, producen con el acostumbramiento un cierto placer voluptuoso. La imagen lo mostraba frente a sus alumnos, a quienes presentaba el nacimiento del plexo braquial, en el período en que había sido nombrado ayudante rentado de la primera Cátedra de Anatomía Descriptiva, por sus brillantes notas logradas en la materia.

El plexo braquial, les decía Pablo a sus alumnos, está formado por el entrecruzamiento de las ramas anteriores de los cuatro últimos pares cervicales y de la primera dorsal. Este es el nervio mediano, decía, mientras mostraba con una pinza el nacimiento del nervio surgiendo del plexo braquial del cadáver. Este es el cubital, que nace de la raíz interna del mediano, por debajo del braquial cutáneo interno y ¿dónde nace el radial?, le preguntó un latinoamericano que parecía colombiano o venezolano. Precisamente se los iba a mostrar ahora, continuó Pablo. Este nervio que ustedes ven que nace del plexo braquial por un tronco común con el circunflexo, es el nervio radial. Recuerden, les dijo mirando fijamente al latinoamericano, que el plexo braquial se anastomosa con el plexo cervical, con el gran simpático y con qué más, les preguntó a sus alumnos. Una rubia divina bronceada de flequillo y ojos celestes le respondió: con el segundo nervio intercostal, mientras se quedaba mirando fijamente a sus ojos. Pablo sintió que se estremecía, como siempre le ocurría frente a las rubias, y cerró los ojos porque el formol le irritaba la vista. Cuando los volvió a abrir se encontró alrededor de la cama de un paciente de hospital, que le parecía que era el Hospital de Clínicas por sus características, y al divisar al profesor Fustinoni se dio cuenta de que estaba cursando Clínica Médica. Tenía una profunda admiración por el profesor por su amena forma de enseñar, que ayudaba a pensar la clínica, decía Pablo. Percibió que el paciente en la cama estaba amarillento, mientras el profesor Fustinoni, tomando afectuosamente del hombro al paciente, como lo hacía siempre, les decía a sus alumnos: frente a un paciente ictérico, caben hacerse tres preguntas clínicas: obstrucción coledoceana o hepatitis y si es obstrucción coledoceana cabe preguntarse si la causa es un cálculo biliar o la posibilidad de un neo que esté obstruyendo lentamente los conductos biliares.

Generalmente en este último caso, y bajó los ojos como insinuando que era este último el diagnóstico del paciente, el estado general del paciente nos muestra: ... y el profesor seguía su clase magistral ante la admiración que siempre le profesaba Pablo. Lo que observaba Pablo, además, en su sueño, era la alegría del paciente y su orgullo de que fuese elegido para ser mostrado por el profesor en la clase con sus alumnos, ignorando que la clase del profesor Fustinoni se refería a un proceso canceroso que obstruía las vías biliares y que su suerte estaba echada en poco tiempo.

Pero la escenografía del dolor y la muerte junto al amor entrañable por la medicina que emanaba de las clases del profesor Fustinoni eran uno de los motivos por los que Pablo había elegido su carrera de medicina, que la admitía sólo como un verdadero apostolado, única manera, decía, de poder ejercer la medicina con dignidad.

Tuvo posteriormente una visión onírica de su primera guardia en el Hospital Argerich y de aquel paciente que llegó con una herida cortante en la frente mientras el médico interno le gritaba: ésta es para vos, Pablo, hacele una sutura prolijita, mientras Pablo se encontraba por primera vez inaugurando su experiencia de cirugía menor, tratando de disimular el pánico frente al paciente, que intuía que había caído en las manos de un iniciado pero que tampoco tenía derecho a protestar.

De improviso se vio caminando apurado hacia su casa, tocando el timbre sin dejar de apretarlo hasta que se abrió la puerta y apareció su padre: hubo un silencio largo y un sollozo de Pablo mientras se abrazaba a su padre: ¡me recibí, viejo!, ¡soy médico! Gracias por todo lo que me diste. Te quiero mucho, y Pablo se fundía en un largo abrazo con su padre mientras sentía las lágrimas de su progenitor sobre su cara y recordaba ese abrazo como el más importante de su vida. De lejos le pareció divisar a su madre, teléfono en mano, mientras gritaba: ¡El nene se recibió! ¡El nene se recibió!

De improviso abrió los ojos y miró las agujas del reloj que indicaban las cuatro y cuarenta. No había fallado, percibió que estaba llorando y una sensación de inmensa tristeza lo invadió. Le parecía todavía sentir el calor de la cara de su padre contra la suya. Pero se levantó como todos los días intentando no despertar a su mujer que estaba en su sexto mes de embarazo. Se dio una rápida ducha mientras intentaba retener las imágenes del sueño que ya comenzaban a evaporarse. Le extrañaba que esta tremenda producción onírica se hubiese desarrollado en el último tramo de los segmentos en el que nunca soñaba. Se vistió rápidamente y se acercó a la cama de sus hijos Marcela y Esteban, a quienes besó. Se detuvo un instante mirando a Esteban, de ocho años, y sollozó sin saber por qué.

Antes de salir volvió rápidamente a su cama matrimonial y le dio un largo beso a Claudia, su mujer, le tocó la barriga y volvió a sollozar. En su rápida caminata hacia el garaje, intentó recordar la edad que tenía cuando se había recibido de médico: veinticuatro años, pensó. Habían transcurrido sólo seis años y recordó sonriendo cómo había contado a sus padres una y otra vez su primera operación en la guardia del hospital.

Subió al coche, casi sin calentarlo, iba despacio, miró su reloj. Eran las cinco de la mañana. Todavía de noche. Pablo no podía dejar de pensar en el sueño. De improviso sintió un grito femenino: ¡Taxi! Pablo detuvo el coche y una mujer de unos treinta años le indicó: Lautaro y Rivadavia, por favor. Pablo bajó la banderita del taxi y arrancó. Mientras iba por la calle Boyacá, tuvo una duda: su primera guardia había sido en el Argerich o en el Fernández, y quedó un rato dubitativo mientras comenzaba a canturrear alegremente una canción de Serrat.

Gustavo Saiegh



5 HORAS

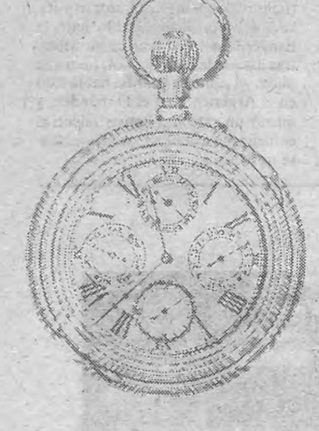
La memoria viene, el sueño se va

EL INSOMNIO DEL GENERAL



(Por Osvaldo Bayer) Cinco de la mañana. El general sufría de la enfermedad típica de los generales. Otra vez. El insomnio le iba comiendo las ojeras, le iba achicando los ojos. Es cuando uno se siente solo, solo. Con los ruidos intestinales de la ciudad, algún patrullero lejano, una ambulancia que va y viene. Siempre la misma. Algún tacho arrastrado por una mano invisible. ¿Cuántos generales estarán despiertos a las cinco de la mañana en Buenos Aires? Tomó un vaso de agua y se sentó en un sillón preferido, el de respaldo alto. Ahí se sentía protegido y podía mirar por la ventana cuando empezaba a clarear. Además, sobre la mesita estaba su retrato con los atuendos de general, asomando de un tanque. El desfile del '76. La foto, con marco, se la había regalado Martínez de Hoz. Pero dudó. ¿No había sido el embajador Boatti Ossorio? No se acordaba bien. Los años, se dijo. Y los sufrimientos.

Lo habían despojado de su título. Pero ahí estaba la foto. Nadie lo podía desmentir. General de la victoria. Hoy esos dos muchachos que lo visitaron lo habían llamado "mi general". Como antes. Dos muchachos que durante la guerra del '76 tuvieron que meter las manos bien en la mierda. Pero hoy, gracias a Dios, están bien. Uno se puso una agencia de automóviles en Madrid y el otro tiene campos en la Banda Oriental. Están salvados para toda la vida. Venía fea la mano para ellos. Pero llegó la obediencia debida. Eso fue fundamental. Ahí empezó el cambio. Y digan lo que digan se la debemos al gallego Rico. Ahí se salvó toda la pesada. Y para los generales fue el alivio. Porque había que poner la cara o quedaba todo al descubierto. Iba a empezar la mierda con ventilador.



A pesar de la visita de los dos muchachos que lo llamaron "mi general", el general había pasado un día malo. Primero ese volante que tiraron por debajo de la puerta. Con la foto de una pareja y dos epígrafes: *"Jorge Ruarte, detenido-desaparecido 6-76; María Luz Mugica, detenida-desaparecida 1i-76"*. El general analizó el texto que venía a continuación. Como en los tiempos en que era el jefe supremo de la zona I. Leía todo, hasta las cartas de amor requisadas. En ellas se detectaba si el chupado era subversivo o no. Para el general era un placer como si resolviera palabras cruzadas. Como antes, empezó casi con entusiasmo a analizar la prueba del delito. Leyó: *"Esta es la última carta de María Luz, anunciando la desaparición de su compañero esposo"* —aquí el general, en la palabra "compañero" hizo un gesto como si todo estuviera comprobado— y siguió: *"Después, de ella no se supo más nada. María Luz era estudiante de Medicina en Córdoba; ella como su esposo dedicaron su vida al servicio de los sectores marginados de esa provincia"*. Típico, dijo el general, y fue a buscar lápiz y papel para anotar. No podía con su genio. Después, el volante continuaba con la carta de María Luz: *"Ya no tenemos a Jorge con nosotros, pero nos queda el recuerdo de los buenos ratos que pasamos y sobre todo de lo que hemos aprendido juntos y la seguridad de que nos quisimos. Porque Jorge además de querernos a nosotros quería la felicidad de mucha gente y decidió dedicar su vida a luchar para que eso fuera posible, porque él como muchos sabía que se puede derrotar a la injusticia. Eso exige sacrificios como renunciar a cosas que nos gustan, a pasar todo el tiempo que quisiéramos con las personas que queremos y el riesgo de la propia vida, porque unos pocos poderosos no desean perder nada de lo que les sobra y son capaces de matar a los que se oponen. Esta gente va a ser vencida, porque sus razones son injustas y están solos y hay gente valiente y honesta dispuesta a hacer lo necesario para que las cosas cambien; eso no es fácil ni va a suceder rápido, pero va a ser tanto más pronto cuanto más sean los que entiendan y colaboren para lograrlo"*. El general hizo algunos círculos en el texto y murmuró: "Típico lenguaje marxista de una subversiva". Se guardó el volante en el bolsillo pero lo sacó de nuevo, como si hubiera recibido electricidad. Miró detenidamente los rostros de las fotografías y se dijo: "Estos no fueron míos. Estos fueron del negro Menéndez. Córdoba, claro. ¿Por qué me los tiran ahora a mí? Estoy seguro que esto me lo mandó el negro... Es claro, no me lo va a perdonar nunca". Y el general se acordó de aquel octubre del '79 cuando se levantó en Córdoba Menéndez contra Viola. "Y yo era nada menos que jefe del Estado Mayor General del Ejército. Le hice un movimiento de pinzas. Y el negro jetón sacó pecho y dijo que iba a resistir hasta el último cartucho. Y se rindió ahí no más, en el distrito militar de Jesús María. Debe ser el único general del mundo que se rindió entre los escritorios y las máquinas de escribir." Y el general pega una carcajada. Pero el eco le disgusta y vuelve a mirar el rostro de María Luz Mugica que sonríe en su vestido de verano y su pelo suelto. "El negro debe estar haciendo gualichos y exorcismos para mandarme sus cadáveres", se dice, convencido.

El general seguía apretando su espalda contra el alto respaldo del sillón. Como para protegerse. Todavía faltaba mucho para el amanecer. Otra cosa le había dejado un gusto amargo en la boca. Se había alegrado, sí, de la visita de los muchachos que lo llamaron "mi general". Pero uno de ellos, al despedirse, le dijo "lástima, mi general, el reportaje en los Estados Unidos".

No había querido acordarse de eso en todo el día. Pero ahora, a la madrugada no podía sacarse esa frase de la cabeza. Tuvo una especie de momento flojo y se dijo: "Sí, estuve mal, no tendría que haber aceptado ese reportaje, es que estaba muy solo". Y por centésima vez fue al video y puso el casete del reportaje de la televisión norteamericana. Y por centésima vez se vio en el traje amarillo de los presidiarios, esposado. Quién iba a pensarlo, él, en una cárcel de Estados Unidos. El, que había sido el adalid de la lucha antimarxista en el Cono Sur. El, que en 1981 había presidido en Buenos Aires el Congreso Anticomunista Mundial financiado por ellos. "Así paga el diablo", le habían gritado unos argentinos exiliados. Y después lo devolvieron a Buenos Aires como a un matambre con aftosa. Así son esos gringos, juegan a ganador siempre. Y ese reportaje, testigo de su calvario. La pregunta del periodista: *"Se lo acusa de crímenes, torturas y secuestros"*. Y el general contesta sin fuerza, con temblor de manos: *"Pueden haber ocurrido esas cosas... pero yo nunca ordené esas cosas"*. Una respuesta que no dice nada, como la de un raterito que intenta salvarse diciendo "yo no fui". Hizo retroceder la cinta. Volvió a escucharse. Sí, lo había dicho. Lamentó una vez más haber aceptado el reportaje en la cárcel. Ahora venía lo que más le habían reprochado.

"¿Tiene usted responsabilidad por los hechos ocurridos en su zona?" Pregunta difícil. Y dijo su verdad. A él lo habían dejado solo y por eso prendió su ventilador: *"Relativamente. La responsabilidad fue transmitida a los comandantes de las subzonas. Cada una de esas subzonas estuvo a cargo de un general o un brigadier. A ellos se les pasó la responsabilidad total, primaria, indelegable de la lucha y de su coordinación"*. El general al contestar remarcó las palabras *total, primaria, indelegable*. Con lo cual se limpiaba él y les tiraba el fardo a Sasiaiñ, Montes, Ferrero, Sigwald, Olivera Rovere, a los panqueques Comes, Juan A. García, Hipólito Mariani... por eso se le enojó la Fuerza Aérea. Y volvió a justificarse: ¡pero si los aviadores fueron los peores de todos, la gente que traían al Vesubio venía ya destrozada! Y la dejaban allí. Por eso Agosti se cayó la boca. Se hace el que no ve, ni oye, ni siente.

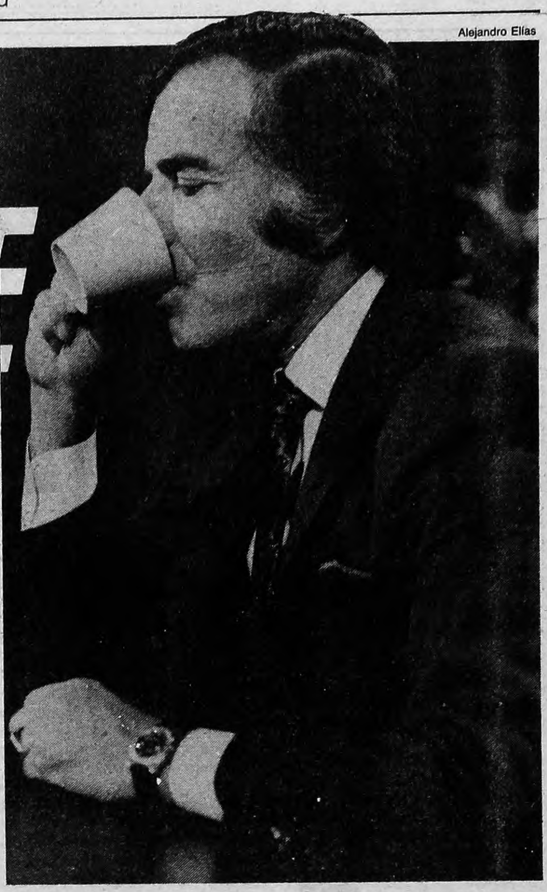
Su respuesta al reportaje siguió en la cinta: *"La responsabilidad de la acción la tenían ellos porque estaban conduciendo en primera línea"*. Aquí el general sonríe socarronamente. Está seguro de que esta frase le valió el indulto firmado por el turco. Porque ahí está diciendo: "Ojo, que yo sé todo... y si empiezo a hablar... porque quién le arregló el asunto a Mercedes Benz, por ejemplo, que de nueve delegados obreros quedó uno solo, quién le arregló el asunto a Lozadur, adonde mandé a ese muchacho de Gendarmería, Milark...", y por su mente comenzaron a desfilar los poderosos que lo habían ido a ver a su despacho en Palermo y que cuando estaba caído no le hicieron llegar ni una palabra de aliento. "El turco fue el más vivo de todos. Me puso en el indulto porque si no caía toda la sociedad", reflexionó, dándose coraje con un poco de ampulosidad. No quería ver más su reportaje. Le dio velocidad para adelante y sí se detuvo en sus palabras finales cuando le dice al periodista: *"He aprendido muchísimas cosas en la cárcel. He aprendido, por ejemplo, a recurrir a la fe divina. Cuando usted está solo y se siente verdaderamente acorralado por los hechos llega a saber que por sobre todas las cosas Dios es el que todo lo ve y el que juzga bien. Los hombres lo juzgan a usted por lo que hace, Dios lo juzga por lo que es"*. A esta última parte la repitió cinco veces. Le habían dicho que no se entendía bien lo que quería decir. Pero él y Dios sí lo sabían. El general se fue adormilando en el sillón mientras miraba su retrato en el que pasa revista a las tropas. Fue un entresueño, las tropas se fueron convirtiendo en una columna de miles de muchachas como María Luz Mugica y de hombres jóvenes como Jorge Ruarte que lo miraban fijamente. Se despertó con un cimbronazo, con un leve quejido de angustia. Ya amanecía. Por las calles, los primeros autos iniciaban el día.



6 HORAS

El Presidente se despierta

AMANECE QUE NO ES POCO


Alejandro Elías

(Por Mempo Giardinelli) El director de este diario le ha dado al autor de esta nota la siguiente consigna: "El Presidente, a las seis de la mañana". Todo un desafío para este escribidor, hay que confesarlo, porque cuesta imaginar qué hace el doctor Menem a esa hora horrorosa en la que los hombres solos suelen sentirse tan pavorosamente solos.

Pero desafío, fundamentalmente, porque uno puede imaginar a nuestro Presidente de mil maneras y a casi todas las horas : charlando con su peluquero a las siete y media, por ejemplo; haciéndose las manos a las ocho mientras comenta la campaña de River; probándose un nuevo traje frente a un espejo mientras su sastre lo adula diciendo, por ejemplo, "qué percha, Carlitos". Uno puede representárselo, un mediodía camino a Mar del Plata, manejando la Ferrari a 150 por hora, puede verlo enojadísimo con el doctor Alfonsín, o distraído firmando los decretos que le ponen enfrente mientras piensa, por ejemplo, "qué ganas de jugar un partidito de tenis". Este cronista también puede figurárselo anímicamente preparado para enfrentar a los periodistas porque siente pasión por la tele, los micrófonos y los reflectores. Puede suponer su excitación eligiendo zapatos y corbatas a las cinco de la tarde. O en el probador de una tienda recibiendo las sonrisas obsecuentes de gerentes y vendedores, a las seis. Uno se lo imagina al Presidente, cualquier nochecita, viendo videos de acción, por ejemplo películas fáciles como *Rambo* o alguna vieja, de Sandrini o de Palito, por caso. Del mismo modo, este cronista alcanza a vislumbrar el disgusto y el cansancio del doctor Menem cuando está obligado a mantener demasiado tiempo la atención en asuntos que no entiende muy bien y con toda certeza verlo apasionarse con los triunfos de River, Sabatini, su hijo Carlitos, la selección de Basile y demás asuntos que ocupan su primerísima atención a cualquier hora. Y puede concebir su disfrute de un partido de tenis con el amigo Bush mientras sueña —imagino— que en ese momento lo envidian miles de tipos en todo el mundo. E incluso puede suponerse lo encantado que se siente rodeado de gente linda, rica, famosa, una noche cualquiera, ya que es posible especular acerca de su fascinación por el mundo de la farándula, del mismo modo que es conjeturable su incomodidad cuando los que lo rodean son intelectuales. Y hasta uno puede sospechar el tono de una pelea con la señora Zulema, e incluso imaginar, y comprender, su dolor por algún desencuentro con sus hijos.

El problema de este ficcionista es que puede imaginarlo al Presidente a cualquier hora, menos a las seis de la mañana. Puede idearlo un mediodía en un cuartel rodeado de generales; sonriendo con almirantes una siesta, en un barco; piloteando cualquier tarde un avión (otra de sus pasiones paradójicas, y lo de "paradójica" es porque nos tiene a todos, aun los que no lo queremos, rogando que no le pase nada, todo sea por la democracia). Puede inaginarlo en un solemne tedeum, en una mezquita, a caballo en su provincia o haciendo el amor con cualquiera de las bataclanas que cierta prensa infame suele chismorrear que revolotean a su alrededor.

Pero a las seis de la mañana... ¿Qué hace a esa hora el presidente de una república de 32 millones y medio de desilusionados, enojados, resentidos, furibundos y distraídos ciudadanos que tantas veces se soñaron en el cielo pero a esa hora absurda suelen sentirse más bien en la antesala del infierno?

Al autor de este texto se le ocurren estas posibilidades: 1) El Presidente se despierta a las seis de la mañana víctima de horribles pesadillas. 2) No ha podido dormir en toda la noche porque ha sufrido un insomnio feroz. 3) Ha dormido como un angelito pero a las seis la placidez se acaba, por ejemplo, por la siguiente secuencia: va al baño, se mira en el espejo, reflexiona sobre lo solo que está y lo ingratos que son quienes lo votaron, le dan ganas de llorar, y llora. 4) Exactamente lo mismo, pero en lugar de llorar llama por teléfono a Alsogaray. 5) Ha dormido acompañado por alguna dama que justo a las seis tiene que salir volando y lo deja solo. 6) Lo mismo, pero el que se va es él, igualmente solo. 7) Se despierta de un sueño intrascendente y se queda mirando el techo de la habitación recordando tiempos mejores, cuando era un sencillo hombre de provincia al que mucha gente quería porque caía simpático por sus patillas a lo Facundo, era contradictorio pero inocuo, había estado preso de los militares y acaso por todo eso lo votaron. 8) Lo mismo, pero evaluando el día insoportable que se le viene encima, porque acaso tendrá que ocuparse de amigos en líos con Interpol, de lo que dijo Granillo o de la última de algún pariente o funcionario.

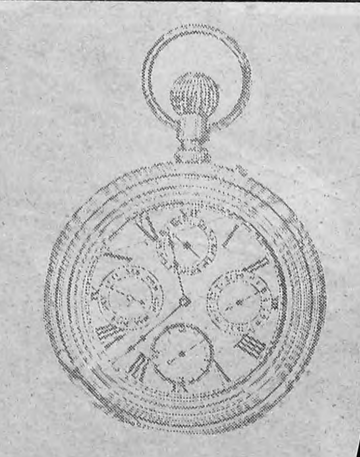
Desde ya, hay muchas otras posibilidades, lo que delata la pobre imaginación de quien teje esta fantasía. Por ejemplo, la cronológica: se despierta cuando suena el despertador, a las seis, y remolonea cinco minutos pensando que las ideologías han muerto, que los que lo critican se quedaron en el '45 y que hay "una campaña perfectamente orquestada" contra él y su gobierno. Al cabo se levanta y va al baño, hace lo que todos hacemos, luego se mira en el espejo y piensa, por ejemplo, "qué solo estoy". O "qué viejo me estoy poniendo". O "vamos Carlitos todavía". Luego regresa a su habitación, a la que este autor imagina bastante impersonal, sin detalles femeninos ni la calidez que brinda el amor. Elige un traje, una camisa, una corbata, zapatos, todo al tono y con muchísima dedicación y cuidado. ¿Cuánto tarda en estar listo? ¿Media hora? Son —un suponer— las seis y media pasadas y afuera todo un país espera que él haga cosas que no hace. O espera que no haga lo que hace. O ya no espera. O desespera. O cruza los dedos. O trabaja y siente bronca porque se siente estafada. O no trabaja y curra porque está resentido y ya no cree en nada. Entonces se aprueba en el espejo, se estira las mangas de la camisa dentro de las mangas del saco y piensa, por ejemplo, que en ese preciso momento muchos de esos 32 millones y medio de argentinos probablemente se están acordando de él, de su mamá y de toda su familia. "Cuánta mala onda me estarán tirando", dice para sí. O piensa: "Ya van a ver, manga de desgraciados". O les hace, mentalmente, un corte de manga, sin entender que esa gente no sólo está azorada por su incontinencia verbal, sino por su empecinamiento en decir una cosa por otra: a los indultos los llamó pacificación; ante serias sospechas de corrupción se pone a defender a amigos y parientes; se deja tutear por cualquiera de los que lo rodean, hacen deportes y comen asados con él; designa "embajador deportivo" a un señor cuyo talento está en las piernas y no en su cerebro del mismo modo que jamás se le ocurriría designar embajador cultural a Sabato o a Gorodischer; y se encoleriza cuando los periodistas destapan las ollas podridas que hay en su gobierno y entonces los llama "delincuentes" del mismo modo que a Timerman o a las Madres de Plaza de Mayo los llama "traidores a la patria".

De pronto —son las siete menos cuarto—, el teléfono lo distrae justo cuando se retocaba el pelo. Acicalarse, ya se sabe, es importantísimo para todos los presidentes del mundo. Atiende y resulta que es un ministro —o un subsecretario, o un brigadier— que le plantea un asunto de Estado. "Ya empiezan a joder", piensa, por ejemplo, para sí mismo. Pero acaso lo invitan a jugar un partido de algo, ir a un sauna o volar a algún lado, y en ese caso la cosa le gusta. Pero igualmente piensa: "Cómo me gustaría no estar tan solo". Y se detiene y evoca, por ejemplo, algún momento de cuando estaba enamorado y llevaba una vida feliz. (En este punto, el cronista —que es un hombre que ha conocido el amor— se pregunta si el Presidente habrá estado enamorado alguna vez, y carece de respuesta y de imaginación al respecto.) En la hipótesis de que haya amado y sido amado, es posible imaginar que en ese instante el Presidente cierra los ojos por un segundo para reprimir el súbito, incontrolable y doloroso sobresalto que sentimos todos los que hemos perdido el amor y nos quedamos patética, aterradoramente solos. Son las siete menos diez.

En ese momento un ordenanza le trae un café (un mate no parece verosímil porque si fuera aficionado a la infusión nacional ya le habrían sacado fotos con el porongo en la mano) y él lo sorbe pensando, por ejemplo, por qué otros jefes de Estado carecen de disgustos que los obliguen a salir a cada rato a hacer aclaraciones, desmentidos y rectificaciones, sin darse cuenta de que los verdaderos estadistas jamás se ocupan ni opinan sobre todas las cosas sin distinguir lo principal de lo accesorio, ni parecen tener vocaciones irrefrenables por hablar y exponerse cada vez que hay luces y micrófonos cerca. A las siete menos cinco acaba el café y vuelve a sonar el teléfono pero se lleva otra desilusión porque lo llaman, por ejemplo, James Baker o el embajador Todman pero no para felicitarlo por las naves en el Pérsico o algún triunfo deportivo sino para recomendarle que le recomiende al ministro Tal o al funcionario Cual que sean más discretos cuando traten con empresas norteamericanas.

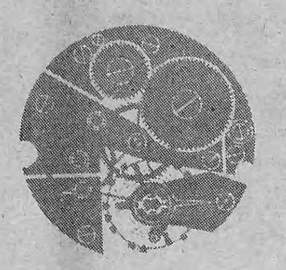
En el momento en que se acaba la hora sexta, el Presidente tiene por delante un día difícil y no se ha dado cuenta todavía de que un jefe de Estado no es cualquier político. En una democracia el Presidente es el conductor de la nación. Por ende, debe ser muy cuidadoso de su estilo. Como cualquiera sabe, que un político cada vez que ve periodistas se acerque a charlar con ellos sobre cualquier tema, y acepte cualquier pregunta para tener centimetraje, es una cosa. Pero es otra cuando ese político llega a ser presidente de la república. Una cosa era ser un mediocre actor llamado Ronald Reagan, pero fue otra cuando ese actor devino presidente del país más poderoso del mundo. Cada uno de sus actos y palabras pasó a tener extrema relevancia. El presidente de una nación no puede conducirse como el presidente de un club de fútbol, aunque uno pueda entender que le fascine ser popular, querido, aplaudido, que le encanten reflectores y micrófonos, tribunas y multitudes y todo aquello que fascina a los políticos profesionales: el poder. Pero es chocante aceptar que no se dé cuenta de que al poder no basta con alcanzarlo; también hay que merecerlo. ¡Y encima la terca voluntad de los pueblos suele pretender, además, que se lo enaltezca! Claro que para ello hay que tener una serie de condiciones que es muy difícil considerar entre las seis y las siete de la mañana: discreción, mesura, cierta indispensable distancia de algunos hechos. Altura, en otras palabras. Y es que el poder tiene como cimiento, entre otras cosas fundamentales, el misterio del poder. Desde las sociedades primitivas, el pacto colectivo asume que el que manda sabe siempre algo más que los demás. El que gobierna tiene —se supone y se acepta— una capacidad, un talento especial que acaba constituyendo el misterio que rodea al poder. Pero una cosa es misterio y otra cosa secreto a voces, chusmerío. En este supuesto cae la respetabilidad y el poder se debilita peligrosamente. Si un candidato va a los programas de televisión y baila tangos, se ríe con los cómicos y juega con las vedettes, eso puede no tener nada de malo: ese hombre procura caer simpático a los votantes. Pero cuando ese candidato ha accedido por el voto popular a la primera magistratura y va a los programas de televisión y baila tangos, se ríe con los cómicos y juega con las vedettes, eso tiene todo de malo. La simpatía ha devenido en frivolidad. La investidura resulta devaluada.

Cuando dan las siete, esta nota se acaba y el cronista piensa que en esta democracia es posible respetar la investidura, pero no al investido. Porque el investido ha roto —y rompe— el misterio del poder. A toda hora.

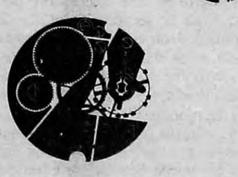


Información o inocencia

CANTANDO BAJO LA LLUVIA









(Por Rodolfo Rabanal) Tengo un amigo que para dormir de noche pone un casete con ruido a lluvia. Las variantes son monótonas pero eficaces: lluvia sobre un techo de zinc y lluvia en un jardín tropical. ¿Efectos? Sedación muscular y psicosomática, alivio inmediato del estrés y sueño sostenido. Algo así como un lexotanil que entrara por las orejas. Este amigo es un tipo sensible, de apreciable ilustración y un complejo nivel de angustia endémicamente argentino: siempre está a punto de no creer en nada y siempre está a punto de ilusionarse. Vive perdiendo y ganando, pero siempre es más lo que pierde que lo que gana, al final zafa pero queda como apaleado. Ahora se pregunta con qué cara irá a votar en octubre. De modo que pone la lluvia para evadirse. La realidad nacional —suele explicar con una sonrisa moderada— es como un monólogo de Tato pero sin gracia. Dice también que somos un sainete con final abierto (al abismo, añade). Su convicción de los últimos años es que el único género propio de nuestra literatura es el grotesco, y para él la mejor película argentina de los últimos quince años es *Esperando la carroza*.

Hace poco me dijo que la única terapia sensata contra los estragos que nos produce la realidad argentina es la práctica de la desinformación programada, por lo menos tres veces a la semana, como si fuera —digamos— un laxante.

El procedimiento es mucho menos costoso que dejar de fumar; basta con no escuchar radio a la mañana, salvo FM (pero es un riesgo, porque sería como pedir una pitada cuando uno está en franco plan de abandono). En cuanto a los diarios, sólo después de mediodía, hora en que las pasiones están ya tan desatadas que nada importa. Según él, lo sano es empezar el día en estado de inocencia, como si uno fuera budista o algo por el estilo: abluciones sí, noticias no.

Admirable, ¿pero cómo cumplir al pie de la letra? Le hice caso durante un tiempo y hasta me puse el equipo de *just do it* y salí a trotar. Pero la semana pasada me regalaron un pequeño artefacto demoníaco que opera como radio y despertador a un tiempo y sólo por probar el nuevo chiche caí en la trampa.

A las siete de la mañana, la voz de Magdalena —fresca como una rosa— rebatió mi pereza biorrítmica dándome la hora, la temperatura, los hectopascales (¿por qué le habrán puesto hectopascales?) y la visibilidad. De inmediato, surgió el tema de los narcodólares, el desbarranque de Maradona y la cuestión de que tendremos documentación francesa, *n'est ce pas*? Otra voz, no la de ella, pasó a interpretar el papel de la Iglesia en el conflicto de Acindar. Mi atención errática fue cautivada de a poco, es decir en un minuto, mientras trataba de preparar el café y una tostada sin perder nada de lo que fluía de la emisora, disponiendo al mismo tiempo mi voluntad para cumplir con mis aproximadamente quince flexiones en el piso. Pero entonces —arrastrado por un raro anhelo— giré el dial y escuché a Marcelo Longobardi justo cuando descreía —enfático y casi irritado— de que el *affaire* Swift fuera un invento de Todman y mucho menos de que existiera un prófugo inhallable llamado Juan Fernández. De pronto me entero —creo que lo dijo Carlos Mira— que un señor Keith Micelli, de la Asociación de Cámaras de Comercio Norteamericanas, había asegurado que la Argentina ni siquiera figura en la lista de países que interesan. Fue como un balde de agua. La mañana se estaba recalentando y me vi obligado a parar mis flexiones. En cosa de segundos vino la tanda de autos truchos, la saga Mercedes Benz con lisiados de trasfondo y poderosos señores conocidos con la mano en la trampa. Volví a girar el dial y —créanme— era la voz de Neustadt casi llorando porque su tarea, la de informar, es dolorosa, agotadora, ingrata, nada salubre: "No me dejen solo", clamaba el rey de las consignas, remedando —no sé por qué— el eco de aquel "Síganme" del principio de los tiempos. Mi Dios, me dije, ¿qué más? Eran tan sólo las siete y quince y la corrupción iba más rápido que el amanecer.

En eso estábamos cuando sonó el teléfono, ¿quién podría ser tan temprano? Como en el fondo soy un esperanzado, supuse que me llamaban de Nueva York para decirme que la Fundación Gugenheim había resuelto reiterar mi beca. También podía ser de Princeton o Madrid (uno siempre espera que lo convoquen de lejos). Una voz correosa, acuñada en ginebra y tabaco negro, aulló: "¿Pepe? ¡Hola!". Yo ladré: ¿Cómo? La voz de cuero tosió: "¿Con el mercado?". Corté con furia y corrí a la cocina porque el café iba a hervir y la tostada a incendiarse. El teléfono volvió a sonar. En la radio Jaroslavsky hablaba por teléfono con alguien poniendo al juez Piotti en la picota a propósito del caso Juan Carlos Delconte. De los Yoma ni la hora, qué cosa. Me lancé sobre el teléfono como para ahogarlo. Una voz educada, de mujer de alrededor de cuarenta, preguntó: "Perdón, ¿Lázaro Costa?". Dije que no con la misma voz del tipo que había preguntado por Pepe. Ahora sólo faltaba que llamara esa chica súper fina que ofrece parcelas de eternidad en Jardín de Paz como si uno fuera un caso acabado. Jaroslavsky se enfadaba, como se dice en España. Y yo quise iniciar mis flexiones, cuando me di cuenta de que en realidad "empezaba a sentirme por el piso". A las siete y veinticinco el café ardía y la tostada parecía una muestra geológica de carbón primario.

Ahora un médico hablaba de la cuestión del cólera, ¿había cólera o se trataba de falsas diarreas neuróticas? *Habría* habido un caso, pero *sería* leve y, en rigor, no había sido totalmente verificado. Juro que el estilo conjetural puede enloquecer a cualquiera. Probablemente lo del cólera sea una campaña de difamación antiargentina acuñada en el perverso Primer Mundo que, como todo el mundo sabe, nos envidia y nos odia. Inmediatamente saltó el caso de la chica Marcela Tiraboschi —droga y más droga por todas partes— y las bromas sobre si es ella o un travesti que usurpa su identidad. Eran las siete y media. Prendí un cigarrillo y tosí como para que el mundo se entere de que estoy vivo.

Fue cuando alguien le preguntó a Menotti si le agradaba ser candidato a la gobernación de Santa Fe. Es sorprendente, me dije a mí mismo casi en voz alta, ahora es seguro que Landriscina se postulará para el Chaco, Riky Maravilla para San Juan y Graciela Borges para la intendencia de San Isidro. Hasta podríamos pensarle un ministerio a Susana Giménez. Es evidente que la cosa pasa por ahí: María Julia terminará animando un programa en la tele y hasta es posible que el juez Piotti haga lo mismo. A las siete y treintaicinco ya pensaba disparates y barajaba utopías negativas. Probablemente, me dije, estemos transformándonos en un Tele-País, con lo cual llegaremos a ser pura imagen, o sea representación, puntos catódicos, no gente.

Resolví que debía ducharme. Cuando pasé para el baño vi que por debajo de la puerta asomaba una oreja clamorosa de **Página/12** y cerré los ojos evitando la tentación. La ducha salía helada o caliente y no había forma de graduarla. Salí del baño como pude y vi que dos facturas se habían colado junto con **Página/12** hasta el interior mismo de la propiedad violada. Eran las siete y cuarenta más o menos y me enteré de que había bronca en los cuarteles debido al "inmovilismo" militar. Un comentarista súper liberal pasó a comentar la encíclica *Centesimus Annus* un poco a la que te criaste y casi convencido de que había sido escrita en Wall Street. Estaba volviéndome discretamente loco cuando volvió a sonar el teléfono: era mi madre que duerme cuatro horas, igual que Neustadt y el Presidente. Le dolía todo y había tenido uno de sus malos sueños, de paso me recordó que estaba por cumplirse otro aniversario de la muerte de mi padre y de lo bueno que hubiera sido tener una hija mujer y no *sólo* dos varones, además le habían diferido otra vez el cobro de su jubilación. Le dije que algo había empezado a quemarse en alguna parte y corté. En eso empezó a cantar Madonna. Estábamos por llegar a las ocho. Levanté el diario y las facturas y empecé a temblar. Recurrí al teléfono y llamé a mi amigo, el Rey de la Lluvia, y le pedí que me prestara el tape hasta el mediodía. Estaba obsesionado con el escándalo de los Mercedes, la grandeza del poder y la lectura de Shakespeare. Si Shakespeare viviera hoy —dijo— y eventualmente fuera argentino —todo es posible— no habría hecho ningún negocio, porque lo suyo era la tragedia, no el sainete. Hizo una pausa y añadió: todo esto tiene que ver con la grandeza. Confesé que no entendía nada (¡juro que eran apenas las ocho de un día cualquiera!) y él dijo: bueno, la palabra grandeza aplicada a los hombres y al poder es tan ambigua y pomposa que casi sería mejor no utilizarla, pero existe, como las brujas ¿no? Y, curiosamente, se vuelve visible cuando escasea. Seré claro —aclaró—, quiero decir que una cosa es pelear la legítima herencia del reino de Dinamarca y pasar por tonto y otra muy distinta perder la cara por un Mercedes ¿no? Contesté que sí y volví a pedir lluvia.

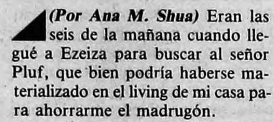
Alejandro Elías



Magdalena y Neustadt desde Venus

7 HORAS

LA VERDAD ES UN PANCHO



(Por Ana M. Shua) Eran las seis de la mañana cuando llegué a Ezeiza para buscar al señor Pluf, que bien podría haberse materializado en el living de mi casa para ahorrarme el madrugón.

—Mí, en Ezeiza: como cualquiera viajero de otro mundo —me decía el señor Pluf, venusino, experto en culturas de la pampa, mientras volvíamos en el auto escuchando la radio. Le expliqué que no recibíamos muchos viajeros de otros mundos.

—¿Cómo no? Hay viajeros de primer mundo, tercer mundo... Argentina consideramos segundo mundo y medio.

A don Pluf le llama la atención la niebla.

—Oh, en Venus no sabíamos cerca Buenos Aires niebla fuerte.

Le cuento que en realidad solamente hay niebla en la zona de Ezeiza. El señor Pluf celebra con aplausos la proverbial inteligencia de los gauchos, que han puesto su aeropuerto en el único lugar donde está bien tapadito, protegido de posibles ataques.

El señor Pluf, a pesar de su manera un poco extraña de organizar la frase, tiene una excelente dicción. Usa una voz bien modulada, enérgica, femenina: la voz de una mujer acostumbrada a mandar. Su dominio de los matices le permite expresar el asombro, el desagrado, la simpatía y por momentos, cuando habla rápido, se le atropellan algunas sílabas, en una perfecta imitación del acento de clase alta porteña. Me cuenta aprendió el castellano de las pampas allí en la lejana Venus, escuchando las transmisiones radiales de Neustadt y Magdalena. Cuando le pregunto por qué optó por la voz de Magdalena, me mira de reojo: ¿lo dejamos ahí?, dice el señor Pluf.

Es precisamente a la radio, o mejor dicho a las radios donde tenemos que ir. Gracias a su ubicuidad, el señor Pluf será entrevistado por los dos programas matutinos al mismo tiempo. Por el camino escuchamos a Neustadt que cuenta cómo habló con el amigo del estudiante muerto, Walter Bulacio, y le preguntó lo esencial: si la policía lo fajó o no lo fajó. Miro al señor Pluf para ver si entendió y me lo encuentro recitando unos versos del *Martín Fierro*: al que nace barrigón...

Le explico el otro sentido de "fajó".

—Oh, maravilloso —dice Pluf—. Policía no pegó muchacho. Detienen, encierran, no avisan a los padres pero Neustadt, gran probador, ha probado que no pegó. Yo imagino idea: que Neustadt dé premio público a cada policía que no pegue a un detenido.

Me parece buena idea y le digo que él se la proponga a Bernardo cuando esté en su programa. Neustadt ahora se está jactando de ser un gran simplificador.

—Nosotros admiramos Bernardo allá en Venus —dice el señor Pluf—. Es un verdadero PIP.

—¿Qué es un PIP? —pregunto, intrigada.

—PIP significa Persona Que Amasa la Verdad Hasta Convertirla en Salchichas, la Corta, la Hierve y la Vende como Panchos.

—No sabía que los venusinos comían panchos —comento con interés.

—Sólo los que gustan de cuando en vez carne podrida. Una poquita mezclada en la salchicha.

Como agente de prensa del señor Pluf no me resultó fácil conseguir que sus admirados conductores de programas matutinos acepten entrevistarlo. Están tan apasionadamente sumergidos (ellos y sus oyentes) en el análisis y descripción de nuestro caos nacional que una visita de Venus no es noticia.

—¿Cómo nos ven desde Venus? —pregunta Magdalena.

—Por telescopio grande. Igual los vemos chiquitos —dice Pluf.

—¿Cómo resuelven en Venus el contrabando de autos para lisiados? —pregunta Neustadt.

—A los dueños verdaderos les cortamos los pernuflos —explica Pluf—. Así ya todo en regla.

—Sabemos que los venusinos están interesados en nuestras costumbres y muy bien informados. ¿Qué opinan de las próximas elecciones en la Argentina?

—Oh, hemos organizado polla.

—¿Sobre quién va a ganar?

—Nipi: nadie gana ya se sabe. Quién pierde ya se sabe más. Nuestra polla es de acertar qué día entra primer sobre en urna. ¡Con cada cambio de fecha se nos fibrilan los gombios!

—En un planeta en serio, como Venus, todos los ciudadanos pagarán sus impuestos —comenta Magdalena.

—Oh claro, evasor castigado: desterrado a Gran Buenos Aires, segundo cordón. Todos pagan.

—Dígame, don Pluf —Bernardo ya está francamente confianzudo—. ¿Usted aceptaría hacerse una rinoscopia?

—¡Y todas que hagan falta y mucho más! —dice Pluf, que total no tiene nariz, mientras deja con disimulo un par de sobrecitos en el cenicero.

—Usted que ve nuestro planeta con tanta perspectiva, señor Pluf, ¿con quién compararía a nuestros políticos?

—Mí conozco, Magdalena, dos especies similares: unos son los *dragones de Comodo*, grandes reptiles terrestres en extinción porque unos se comen con otros. Igual que celestes-rojos punzó, también linda especie caníbal muy parecida.

—Me imagino que en Venus, donde hay tanto adelanto tecnológico, todo debe estar en manos privadas.

—Manos no hay —dice Pluf.

—Bueno, en pernuflos privados —aclara Neustadt.

—Casi todo —asiente Pluf.

—¡Eso debe ser el paraíso! —se entusiasma nuestro privatizador máximo y ojalá se le descomponga el teléfono a su anciana madre, a su amante y a su mejor amigo quinairone pu pu pu (antigua maldición bíblica).

—No —dice el amigo Pluf—. El paraíso justamente es del Estado.

Después de su participación en los programas radiales y de despedir a un grupo de banqueros internacionales que querían informarse sobre el funcionamiento de las famosas narcotintorerías de Venus, el señor Pluf decidió volverse a su casa. Se llevaba de recuerdo una estampita de San Cayetano y otra de Cavallo. Cualquiera se da cuenta mirándole los ojos que nuestro ministro de Economía tiene algo de extraterrestre. El señor Pluf lo reconoció como ciudadano de Saturno, por los típicos arranques de mal humor que caracterizan a los nerviosos saturninos.

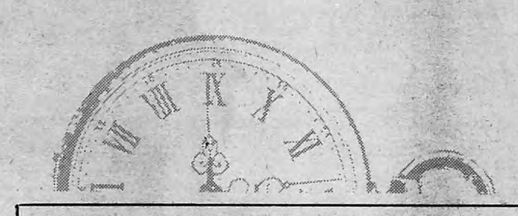
—Me imagino que aprovechará su experiencia en la Tierra para escribir alguna nota sobre los programas de Magdalena y Bernardo —le comenté, mientras nos despedíamos.

—En absoluto. Hasta en Venus ya dicho y escrito todo sobre ese tema. Jefes de mí piden temas más originales.

Y se fue desmaterializándose de a poquito mientras yo lo miraba, lo despedía, lo envidiaba.

Gustavo Saiegh





8 HORAS

En la muñeca, en la torre, en la mesa de luz

RELOJ, NO MARQUES LAS HORAS

(Por Angélica Gorodischer) Quienes hacemos palabras cruzadas conocemos de memoria ciertas definiciones que van en horizontales o en verticales pero que dicen siempre lo mismo de la misma manera como por ejemplo máquina para medir el tiempo que es, claro está, reloj, una de las pocas palabras castellanas que terminan en jota como troj, boj y carcaj. No confundir con Operación Ja-Ja que es lamentable ni con el señor Jan-Jan que también lo es por otras razones y que no termina sino que empieza con jota.

El reloj es algo tan útil como la afilada hoja de la daga florentina para las novelas policiales y para demostrar que los instrumentos en sí no son ni buenos ni malos, como las palabras, pero que tampoco son inocentes, como las palabras, y que es la intención, la mano que los empuña, en fin, la santidad del pan o el pecado de la puñalada trapera, la puntualidad del educando modelo o la exigencia obsesiva de un sistema desalmado lo que los determina, sólo que la apariencia del reloj que tiende hacia la redondez y hacia casi tener una cara como la luna, lo hace mucho menos maligno que la supra dicha acerada hoja y si no que te lo diga aquel

"Guerrero invicto y escalafonado,
militar de familia y buena cuna,
no perdió guerra pues no actuó en [ninguna;
pegó sí, con valor, golpes de [Estado",
que un mal día peló la faca enojado
con los periodistas.

Sostiene un señor francés muy sapientísimo al escribir sobre el tiempo que señalar la hora es prerrogativa del poder. Por allá por la Edad Media las horas se oían porque te las cantaban las campanas del monasterio o del castillo mientras el señor duque de Berry se extasiaba ante las mayúsculas historiadas de su *Libro de horas*, rara joya que terminó desperdigada en posters y en publicidades. Después a la gente le dio por seguir el camino de la historia o quizá fue inevitable, la cosa es que hubo que entrar por la puerta ancha a la Edad Moderna y las horas se veían en los cuadrantes de los relojes que también pertenecían a los poderosos porque te salían más caros que cuñado político con pretensiones. Y ya que estábamos sucedió esta cosa más inesperada de la edad contemporánea con sus atómicas y sus electrónicas, sus bips, chips, kits, y la hora se lee pero eso no es nada, lo peor es que las lee cualquiera, m'hija, vos, yo, los funcionarios, la maestra de los chicos, los narcos, mi amiga Susana y los muchachos de las cuadrillas de Telecom cuando cortan los cables en la esquina de la casa de mi tía Josefina. Cualquiera puede saber, en esta ciudad y en cualquier otra, qué hora es, con sólo imprimir un elegante giro a la muñeca izquierda, o a la derecha si es zurdo, y me refiero al uso de las manos en las tareas de la vida diaria porque ya se sabe que una se pone el reloj pulsera en la muñeca que menos usa.

Y así a las ocho de la matina averigua que son las ocho y a las nueve que son las nueve y más o menos sabe qué pasa en esta ciudad de las ocho a las nueve. Horario molesto si los hay puesto que no se presta ni a actividades trágicas como los suicidios de las tres de la madrugada, ni a la inscripción poética como los atardeceres y los amaneceres, ni a la lujuria como las siestas, ni al robo con escalo como la noche profunda, ni a los asaltos al banco como cinco minutos antes de que abran o las tres de la tarde si es en el Far West, ni a las despedidas patéticas como las once de la noche, ni al adulterio como las cuatro y media de la tarde, ni a los poemas color sangre como las cinco en punto de la tarde.

No quiero vivir sino aquí, never en Tokio, jamais en Nueva York: aquí, en Rosario que es aún visible y en donde como dice el Negro Fontanarrosa si un millón de personas vive aquí ¿por qué no voy a vivir aquí yo también? Aquí o en una ciudad como esta, Iowa City o Saint-Malo o Chester o Boulder o Austin que es fea pero Borges la amaba. Aquí en donde a las ocho de la mañana no pasa nada extraordinario. El reloj de la torre del Palacio Fuentes da la hora, y para seguir citando poemas ilustres, con la aclaración de que éste no es de 1984 sino de 1920:

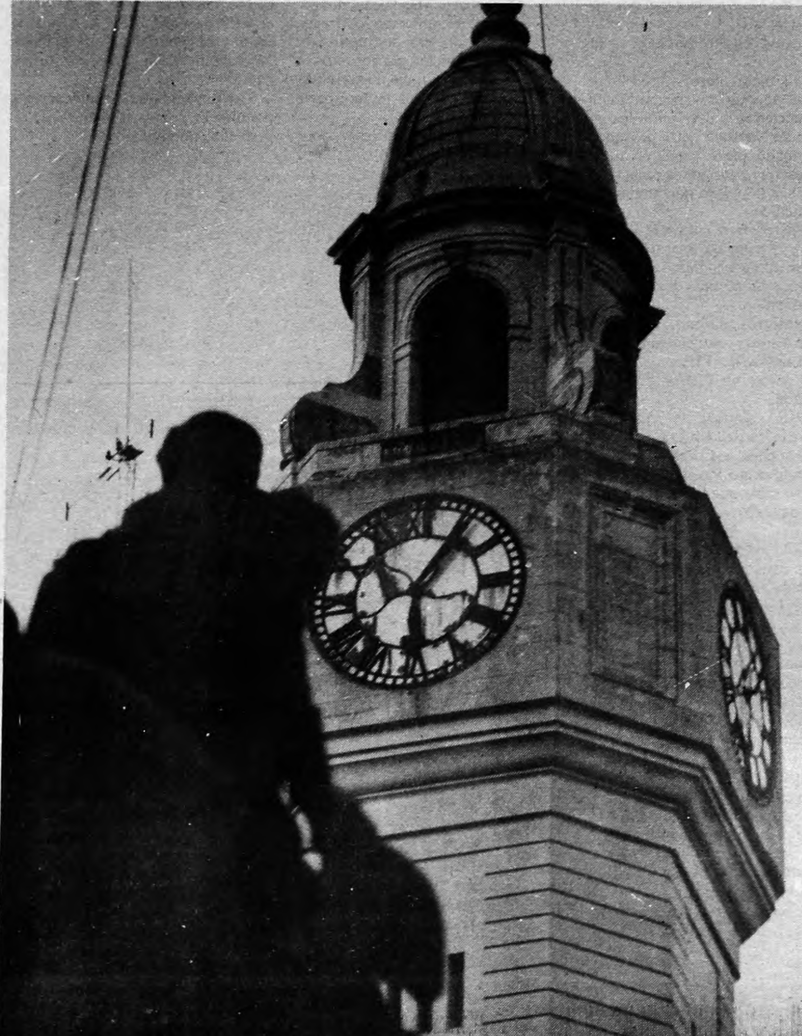
"Yo que quizás he sido tu único hijo [sin plata
desde lejos rememoro con orgullo la [grata
altura del Palacio de Juan Fuentes;
sé con honda alegría que adoquinas [tus calles
y mi memoria evoca con todos sus [detalles
las cuatro casas de altos de Córdoba [y Corrientes".

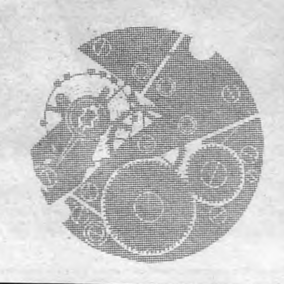
Otros relojes de otras torres también dan la hora: cuando yo iba al colegio Normal número dos daba la hora el reloj de la torre de los tribunales que ahora es Facultad de Derecho y el reloj no anda como andaba cuando lo vigilábamos en la hora de Geografía que no pasaba nunca porque la Ferreyra era más mala que una araña pollito en celo o en la de Castellano que pasaba rapidísimo porque Inés Giqueaux era un ángel y los empleados judiciales se asomaban a las ventanas y nos hacían señas. No sé a quién tengo que pedirle que me haga arreglar ese reloj: ¿a Cavallero o a Reviglio? Al que sea, vamos, para que otra vez dé las ocho de la mañana que es cuando la ciudad se despereza, mejor dicho se desespera: ya no hay pereza, hay espera, así como lo que por allá se llama bulimia aquí se llama hambre.

Hora del desayuno, las ocho. Hora de marcar tarjeta, de empezar a operar, de entrar a clase, de tomar el bondi, de levantar la cortina metálica, de barrer la vereda. No sé lo que hacen los poderosos en los alrededores de las ocho de la mañana porque no soy amiga de ninguno y no me siento autorizada a tocarle el timbre a un señor importante que seguro que no me va a recibir para contestarme semejante pregunta, rodeado como debe estar de guardaespaldas, secretarios, amantes, mucamos, peluqueros, mandaderos y cagatintas. Tal cual, aunque sospecho que los cargos tenían otros nombres, escuderos en lugar de guardaespaldas por ejemplo, tal cual los señores importantes que mandaban tocar las campanas a las ocho de la mañana para que los villanos se enteraran de que hacía nada más que cuatro horas que estaban laburando para él y que les esperaban otras diez de lo mismo, y tal cual los otros señores importantes que sacaban la reluciente esfera cuajada de pedrería colgante de áurea cadena para asegurarse de que el resto de la humanidad seguía laburando y él seguía acumulando oro sin laburar y de paso para deslumbrar a los papanatas que no se habían hecho ricos y que efectivamente se deslumbraban y tragaban saliva amarga. Como dijo Mafalda en un cuadrito notable por su sentido de síntesis: "Es maravilloso ver cuánto han cambiado las técnicas y qué poco han cambiado las intenciones".

Ya cuando la ciudad avanza hacia las nueve, el panorama empieza a cambiar. De esa hora desabrida en la que todo comienza y lo único atrayente está en las medialunas crocantes que se van a ir poniendo gomosas como las horas y la humedad, se pasa como sin querer al desfile de gente menos gris, esplendorosas señoritas que no tienen que estar a las ocho menos cinco firrrrrmessss carrrrrrera marrrr detrás de un mostrador, jóvenes no digamos yuppies pero aspirantes a, luciendo pelo cortito, manos suaves, el volado de una sonrisa en el labio superior cuidando de que no llegue a los ojos, gerentes panza incipiente, señoras vértigo de la peluquería o del gimnasio al volante del auto que le arrancaron al marido, y en mi barrio, veredas limpias, las dueñas, por fin, las dueñas que atravesaron todas las épocas oyendo, mirando, leyendo la hora, pariendo en el surco, batiendo la crema, lavando la ropa, subiendo a la hoguera, las dueñas que salen a hacer las compras. A veces las palabras cruzadas traen también esa definición en verticales y en horizontales: dueña, señora, y una ya sabe lo que tiene que poner. No es difícil como gasterópodo cefalópodo anterópodo de las islas Fidji que se reproduce por esporas, no, es facilísimo y suena además a verbo en presente del indicativo. Suena la hora y la aguja más chica, porque yo todavía miro la hora y me resisto a leerla, está horizontal para este lado, como la tierra, y la más larga está vertical como un mástil de barco pirata: son las nueve en Rosario, las nueve de la mañana. Buenos días.

M. Manusia





9 HORAS

El viejo decálogo Todman

DERECHOS HUMANOS, CON MODERACION

(Por Gregorio Selser) Durante los dos primeros años de la administración de James Carter, las relaciones de Estados Unidos con la Argentina no fueron de modo alguno cordiales. La ley Humphrey-Kennedy que castigaba a los países en donde se violaran los derechos humanos motivó que quedara suspendida la ayuda militar al país del Plata.

En setiembre de 1977 Videla viajó a Washington por invitación de la OEA, en el marco de la firma de los Tratados Torrijos-Carter que congregaron a la mayoría de los dictadores, presidentes y jefes de Estado. El subsecretario de Estado para Asuntos Interamericanos, Terence Todman, insistió en que además de la fotografía individual de Carter con cada mandatario latinoamericano, éste debía reunirse privadamente con Videla para conversar sobre los derechos humanos en la Argentina. Todman tuvo buen éxito. Chocaba para tal criterio con el secretario de Estado adjunto, Christopher Warren, y con la subsecretaria de Estado para Asuntos de Derechos Humanos, Patricia Derian.

Fue Videla quien dio a conocer en Washington, durante una rueda de prensa, la expresión que ningún periodista se atrevía a mencionar: "La represión es la secuela sucia de una guerra sucia, que ha producido suciedades". En diciembre la Junta Militar puso en libertad a 798 presos políticos y proveyó listas de 3607 personas que continuaban a disposición del P.E. Todman, quien ya había estado con Videla en Caracas y Buenos Aires, destacó estas medidas con entusiasmo, no compartido por Warren y Derian. El 13 de febrero de 1978 Warren insistió, en un discurso, en sus conocidas posiciones:

"Nuestra fortaleza como nación y nuestro magnetismo para el mundo en general se basan en nuestra consagración a los derechos humanos, tan importantes para nuestra vida nacional, que se reflejan igualmente en nuestra vida internacional. Significa que estas consideraciones deben integrarse plenamente en nuestra diplomacia."[1]

La disertación de Christopher Warren, globalmente, era un himno humanista, un canto en favor de un mundo "de una genuina y universal libertad humana". En labios de un alto funcionario del Departamento de Estado no podía sino ser sorprendente. Y precisamente a modo de chorro de agua helada, menos de un día después de publicadas estas expresiones, Terence Todman, en discurso pronunciado en el Centro de Relaciones Interamericanas, de Nueva York, postulaba disidentemente que Estados Unidos debía propiciar una política "más realista y moderada" en materia de derechos humanos en el exterior.

En el discurso en el que destapaba en público su disidencia con un funcionario de categoría superior a la suya, Todman afirmó: "Nuestras experiencias durante el año pasado han mostrado claramente que debemos ser cuidadosos con las políticas que escogemos, si es que vamos a ayudar verdaderamente y no entorpecer la causa del fomento de los derechos humanos y aliviar el sufrimiento". En su disertación el subsecretario racionalizó sus divergencias mediante un decálogo de *dont's*, un recetario de *no hacer* que con la apariencia del no intervencionismo en los asuntos internos de otros países, en la práctica se convertía en un pase libre para que los gobiernos totalitarios y autoritarios perpetraran violaciones y crímenes de lesa humanidad. El decálogo postulaba:

"—Debemos evitar alzar la voz antes de conocer todos los hechos, o sin calcular la probable reacción y respuestas a nuestras iniciativas.

—Debemos evitar el esperar que otros gobiernos realicen de la noche a la mañana cambios fundamentales en sus sociedades y prácticas, respondiendo a nuestras demandas y sin tener en cuenta circunstancias históricas.

—Debemos evitar el presumir que podemos lidiar con una cuestión aisladamente, sin considerar las consecuencias en cuanto a otros aspectos de nuestras relaciones.

—Debemos evitar creer que únicamente la oposición dice la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, acerca de las condiciones prevalecientes en su país.

—Debemos evitar presumir que sabemos mucho más acerca de otra sociedad que sus propios ciudadanos; que podemos prescribir pautas para ellos sin asumir ninguna responsabilidad por las consecuencias.

—Debemos evitar el castigar a los pobres que de por sí ya son víctimas, negándoles asistencia para mostrar nuestro desagrado respecto de sus gobiernos.

—Debemos evitar el señalar a unos y no a otros. La moralidad selectiva es una contradicción de términos.

—Debemos evitar el condenar a todo gobierno por cada acto negativo cometido por uno de sus funcionarios.

—Debemos evitar el someter a todo un país al ridículo público y a una situación incómoda, atropellando su dignidad y orgullo nacionales.

—Finalmente, debemos evitar el preocuparnos tanto por declarar la corrección de nuestro curso, y perder de vista nuestro verdadero objetivo: aliviar el sufrimiento del individuo."[2]

Esta suerte de autovetos programáticos, a modo de programa para uso de la Casa Blanca y de diplomáticos acreditados en países del Tercer Mundo quizás no tan perspicaces como él, fue considerado como "una pieza de trinchera, ocupada más de polemizar con sus contradictores" en el seno gubernamental, que "de definir principios políticos"; añadiéndose que su punto más débil consistía en que Todman hacía suya "buena parte de la retórica" utilizada por la oposición republicana en sus ataques a la administración Carter, cuando presentaba sus acciones como "dominadas por el ideologismo y la imprudencia".[3]

De algún modo, el conocido artículo de Jeane J. Kirkpatrick en *Commentary*, en noviembre de 1979 que al parecer despertó la admiración del candidato presidencial Ronald Reagan, recoge en lo esencial parte de la argumentación de Todman. Y por curiosa coincidencia, aquel mismo 14 de febrero de 1978 el analista militar Robert Schiena advertía, en una publicación de la armada estadounidense, los riesgos que la política de derechos humanos implicaba para el mantenimiento de la cohesión militar de los aliados de Estados Unidos en el hemisferio: "La reducción de la ayuda militar a América latina tendrá un impacto en la marina. Nuestro país podría perder aliados e incluso transformar a éstos en enemigos potenciales". Era otra banalidad, pues como lo iban a mostrar los sucesos de las Malvinas, ni siquiera la abierta colaboración de la Unión con Gran Bretaña en contra de la Argentina logró que las Fuerzas Armadas de esta última —mucho más agraviadas que por la simple reducción de la ayuda castrense, por lo demás irrelevante, resuelta por la administración Carter— guardaran su odio, rabia e indignación antinorteamericanos más allá de unos pocos meses. Después, todo volvió a la normalidad "occidentalista".

La confrontación soterrada entre Warren —segundo hombre en la jerarquía del Departamento de Estado— y Todman, cuya experiencia funcionarial en el servicio exterior se confinaba a representaciones diplomáticas en países del Tercer Mundo —incluida una embajada en Costa Rica— mostró una vez más la zigzagueante incoherencia de la política carteriana en el hemisferio. El encuadramiento regional de Todman confería a su función el nivel reducido del que era un símbolo cabal la jerarquía numérica de su función en el Departamento: lugar 26. Los 24 escalones que le separaban de Warren no fueron óbice, empero, para que él se permitiera librar entre bambalinas su batalla personal, con el auxilio de la vieja guardia burocrática, conservadora y pragmática.

El choque abierto iba a conducir, semanas más tarde, al relevo de Todman y a su designación como embajador en España. Algo que sin duda le llenaría de satisfacción, pues sería el primer negro funcionario de carrera en la historia de la diplomacia estadounidense que ocupaba semejante rango ante un país europeo. Pero en lo que toca a la Argentina, los altibajos de esa enfermiza relación reflejaban, más que las diferencias de matices interdepartamentales, la ausencia de una conducción centralizada y la persistencia de la negligente blandura que el canciller Henry Kissinger impuso como tónica en tiempos del presidente Richard Nixon. Así, la carencia de una política hemisférica bien podría considerarse una política definida.

Warren instruyó a Todman en el sentido de que, en lo sucesivo, no hiciera exposición pública alguna sobre derechos humanos sin previa autorización suya. Al propio tiempo comunicó a todas las embajadas del continente que el aprovechamiento de los *dont's* que fuera de contexto había realizado la prensa de los países regidos por dictaduras militares, no implicaba en modo alguno que se hubiese producido una alteración en el programa de Carter sobre derechos humanos. Stanley Meisler, de *Los Angeles Times*, informó desde Madrid la reacción desfavorable registrada en la prensa española y anotó que la fotografía más difundida "es una que le muestra estrechando la mano de Augusto Pinochet".

La renuncia de Todman se oficializó el 1º de abril de 1978. Semanas más tarde se instalaba en Madrid. La pérdida de un aliado influyente en Washington no fue algo que los militares argentinos vieran con placer.



Alejandro Elías



---

1 "Diplomacy and Human Rights. The First Year", discurso pronunciado ante la American Bar Association en Nueva Orleans. *Department of State Bulletin*, March 1978, pp. 97-99.

2 "La salida de Terence Todman", en Estados Unidos. *Perspectiva Latinoamericana*, CIDE (Centro de Investigación y Docencia Económica), México, Vol. 3, Nº 5, mayo de 1978, pp. 53-56.

3 Otro aspecto que guarda coherencia con sus conocidas actitudes diplomáticas es su vocación libre-empresista. Véase Terence Todman, "The Leadership Role for Private Enterprise in Latin America", *Department of State Bulletin*, Washington, D. C., 10 de octubre de 1977, pp. 464-468.





Tony Valdez

La City porteña, temprano

¡LARGARON!

(Por Antonio Dal Masetto) Cualquiera que haya estado en un hipódromo (Palermo, por ejemplo) y escuchado la campana y presenciado la largada de una carrera puede llegar a pensar que hay un momento en que las calles de la City se parecen en algo a aquello, ofrecen la misma subterránea y misteriosa tensión, cierta especial fiebre e impaciencia. Se trata de esa hora imprecisa en que todavía nada es y algo parecería estar a punto de ser.

Lo que lo rodea a uno en la City sólo podría definirse como una forma de silencio. Aunque uno dice silencio cuando en realidad debería decir temblor subterráneo, porque es más o menos eso lo que se percibe detrás de las caras y los gestos y ese zumbido tan particular que anima el aire y que parecería emanar directamente del centro de cada una de todas esas mentes alertas y expectantes. Y esto ocurre en el preciso momento en que está a punto de empezar la actividad, el momento en que el engranaje comienza a activarse y las piezas a deslizarse y la maquinaria a funcionar y así —digamos— invadir, poblar, animar la pista. Siempre guardando las debidas distancias, porque acá no hay chaquetas ni mangas ni gorros de colores vivos que permiten identificar a los jockeys desde lejos, no hay cielo abierto ni gran luz ni clima de fiesta ni aviones subiendo ni trenes desfilando al fondo. Acá más bien, para ser sinceros, hay una ausencia de tonos, o hay tonos que tienden a unificarse, a anularse, a uniformarse.

Tampoco —para seguir siendo sinceros— hay caballos y jinetes, ni golpear de cascos en la arena, sino más bien una multitud de jinetes de sí mismos, espoleándose a sí mismos, pequeños y pálidos centauros con maletines y carpetas. Si uno entrecierra los ojos no oye más que pasos a su alrededor, rumor de zapatos sobre el asfalto y las baldosas. No hay voces. Todo está amortiguado. Es una marcha silenciosa. Ese, en resumen, es el tipo de silencio que reina en las calles céntricas, ahí donde florecen los bancos y las financieras y donde hay un momento en que algo parecería estar a punto de estallar y finalmente ser.

Y la cosa ya se largó y allá van hombres y mujeres sin orden aparente, cada cual en lo suyo. Miradas fijas, rastros de sueño, maquillaje, corbatas. Algunos hablan solos, moviendo apenas los labios. Todo el mundo más o menos pulcro y desinfectado. No hay una sola sonrisa en las calles, ni un esbozo de sonrisa, ni una posibilidad de sonrisa. Detrás de los vidrios, en los mostradores, están los que esperan: caras frías, apáticas, ojos en blanco. Walkies-talkies, monitores, tableros, deslizarse de letras rojas en las cintas electrónicas. Las puertas de los edificios recibiendo y escupiendo gente. Siempre ese silencio sordo y el cielo tan distante detrás de la maraña de cables que cruzan de edificio a edificio como tendidos de arañas gigantescas. Por momentos uno tiene la impresión de que se trata de una gran puesta en escena, montada con una gran cantidad de actores cuyo papel es moverse todo el tiempo fingiendo ir a alguna parte, a algún encuentro importante, fingiendo siempre (incongruente y humano un repartidor de pan se abre paso entre la gente con su gran canasto de mimbre en la parte delantera de la bici).

Así que la cosa sigue y es siempre la misma impaciencia, la misma sorda obsesión alrededor, un rigor y una gravedad que hacen pensar más bien en ausencia de vida, en días de luto, en funerales y tal vez —aceptemos esta arbitraria imagen— en una carrera de caballos —ya que estamos hablando de caballos— dentro de algún cementerio abandonado, con trapos alrededor de los cascos para amortiguar el ruido.

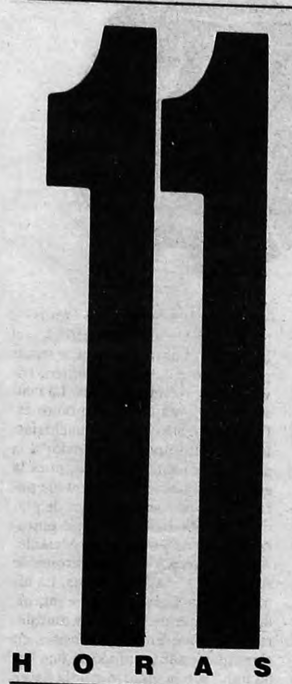
En realidad la meta acá parecería no estar muy clara, aparentemente cada cual encara para donde se le da la gana; un hormiguero que acabara de ser pateado no ofrecería un espectáculo muy diferente. Entonces —se pregunta uno a esta altura—, ¿dónde está la relación con los caballos y los jinetes y toda esa historia? Es cuestión de prestar atención, indagar en las miradas perdidas, en los ojos alucinados. Ahí tal vez uno puede empezar a percibir que allá en el fondo de cada pensamiento, grabada a fuego, cada cual lleva la imagen de su propia meta, un disco lejano brillando con la fría y metálica atracción de la verdosa luz de una pantalla de computadora.

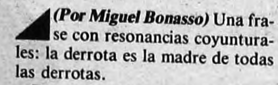
Y después están las caras. Hay de todo. Está aquella cara que lleva o cree llevar varios cuerpos de ventaja. Aquella otra, que después de reiterados y vergonzosos fracasos pretende apelar a viejos ardores y aspira a levantarse con un triunfo estruendoso. Y ésa, peligrosa, ladina, que urde planes oscuros y es de las que apuran por afuera en los metros finales. Aquella que lleva las marcas de todos los sacudones recibidos en la última temporada y que obstinada y desesperada no hace más que masticar veneno. Esa con aire de estar en buen estado, moviéndose con agilidad en este nuevo aparonte, convencida, absolutamente convencida de que hoy puede ser su gran turno. Y aquélla, que seguramente debe llevar sobre su lomo más penas que satisfacciones. Y la que viene ahí, con aspecto de querer devorarse la pista. Y esa otra, con cara de frustración reciente, cuando sólo un pescuezo la separó de la gloria. Hay de todo.

Y así, también acá doblan el codo y entran en la recta final de la primera hora de actividad y cruzan el disco, ni un minuto antes ni un minuto después de lo previsto. Pero la carrera sigue, esta pista es circular y en ella todo empieza cuando todo termina y por lo tanto allá va el gran lote, el gran revoltijo lanzado hacia otra hora y luego a otra y otra, y después el descanso y el sueño y otra mañana y otra largada y otra carrera por la pista inevitable y allá en el fondo la meta para todos siempre tan insatisfactoria, tan apetecible, tan lejana, tanto para aquellos que cuentan billetes ajenos, como para aquellos que cuentan abundantes billetes propios, o aquellos que mentalmente cuentan billetes que no tienen ni tendrán jamás.









¡Perdimos, perdimos otra vez!

ELOGIO DE LA DERROTA



(Por Miguel Bonasso) Una frase con resonancias coyunturales: la derrota es la madre de todas las derrotas.

Porque las derrotas no tienen padre, pero sí madre. De allí tal vez que los mexicanos digan —con esa ironía fronteriza del cinismo que caracteriza el humor de los derrotados— que "le puso en la madre" o "le parió la madre" o "le dio una madriza", cuando relatan cómo un prójimo le ganó a otro una pelea.

El carácter maternal de la derrota es siempre reivindicado por el humor popular. Por eso, cuando se hacía evidente que Saddam Hussein estaba por salir descalabrado de "la madre de todas las batallas", los taxistas de la ciudad de México volteaban la consigna sentenciando: "Esta guerra es una madre".

Es decir: una cagada, lo peor; de acuerdo con una transparente visión machista de la existencia, para la cual lo bien hecho, lo satisfactorio, es "bien padre" o "padrísimo".

Porque la "mamacita", la de uno, la que reina, hasta la vejez (cargada de hijos, cuernos y frustraciones), tejiendo en la sala, o la "mamacita" edípica de los piropos callejeros, no es lo mismo que "la madre". La Madre simboliza la derrota de manera genérica. En sustitución de la Tierra o la Muerte que son las caras augurales y finales de la Derrota.

Los extremos inevitables del triunfador. Los lugares comunes que humanizan al triunfador y lo acercan —aunque sea in extremis— a la figura más interesante de la historia, al verdadero motor de la historia, que es el derrotado.

A tal punto que el idioma vuelve a certificarlo: derrota —según el diccionario— es "vencimiento completo de un ejército", "desastre, capitulación, fracaso, desorden, ruina", pero también es el "rumbo o ruta que lleva una embarcación" en el mar y en tierra es "camino o sendero".

Y el humor juega a cada paso con estas ambivalencias de la derrota como conclusión y como camino, es decir, como proyecto. Hace años, un grupo de militantes que no aceptábamos aún la derrota de los Montoneros nos reuníamos en México para un Zimmerwald sin consecuencias. El local nos lo habían prestado unos compañeros cristianos (radicalizados) muy solidarios y apenas menos desdichados que nosotros.

Al comienzo del cónclave —que no modificaría un ápice la escandalosa historia argentina de la última década— recibimos algunas adhesiones (generosas y frentistas) de otras organizaciones revolucionarias. Todas, dicho sea en honor de la verdad, tan derrotadas como la nuestra. Una me hizo sonreír, en una suerte de involuntaria autocrítica que compartimos entre cuchicheos con algunos compañeros. Era la de Enrique Haroldo Gorriarán Merlo, el antiguo jefe militar del ERP, que nos felicitaba por seguir, consecuentes, en nuestro "derrotero" revolucionario.

Gorriarán, que había tenido compensaciones para su fracaso en la Argentina al participar en la revolución sandinista y en la espectacular ejecución del dictador nicaragüense Anastasio Somoza, aludía obviamente a los significados tradicionales del vocablo ("camino, ruta que lleva el barco / dirección, modo de obrar") pero nos evocaba, con ironía involuntaria, las pateaduras que habíamos recibido.

El seguiría su derrotero, de manera más temeraria y notoria que nosotros, llegando a consumar —varios años más tarde— el desastre del asalto al cuartel bonaerense de La Tablada.

Pero entonces, ni él ni nosotros, flamantes fundadores de la efímera "Montoneros, 17 de Octubre", disponíamos de tiempo ni vocación para las aventuras de la semántica. Por eso no advertimos que "derrotero" tenía también una acepción poco usual, que hoy me parece la más atractiva: "Tesoro oculto".

Desentrañar ese tesoro oculto puede parecer hoy en día una actividad masoquista y, sin duda, poco rentable. Porque equivale a una indagación del pasado que la cultura oficial "posmodernista" considera una imbecilidad.

Salvador Elizondo, miembro de la elite pacista de la revista *Vuelta*, lo ha dicho hace poco con palabras de Paul Valéry referidas a Marcel Proust: "Ir en busca del tiempo perdido es perder el tiempo". El prefiere la experimentación verbalista de James Joyce en el inaccesible *Finnegan's Wake* que, para escándalo de los pieles rojas de la literatura, admite haber leído, por si fuera poco entero y para acabarla de joder... en inglés.

La memoria, hija frecuente (y consecuente) de la derrota, sólo se admite dentro de la lógica binaria (y por lo tanto maniquea) de las computadoras. Hoy se vive —de prestado— para el presente absoluto de la pantalla electrónica. Despojado de pasado y de futuro, el hombre se reencuentra con el animal que es presente perpetuo. Sensación pura marginada de la historia.

El pasado es comprometedor y el futuro amenazante. Por lo tanto no conviene andar averiguando lo que ya ocurrió. Ni proyectar demasiado. El horizonte sin bosques y las ciudades arrasadas por la contaminación y la violencia (que ya están prefigurados en este presente) degradarán hasta el límite mismo de la sobrevivencia el porvenir de nuestros nietos, pero no es un tema que quite el sueño a los abuelos. Es decir, a los gerontes que gobiernan a la Tierra. El individualismo sólo se puede conjugar en tiempo presente.

Mi ganancia, mi éxito, mis efusiones glandulares, mis experimentaciones estilísticas, mi juego de nintendo como magra posibilidad de realizar la parte lúdica de la existencia y a lo sumo mis hijos como espejo, prolongación y autocomplacencia. Lo demás son pendejadas, utopías, antigüedades, palabras devaluadas por la insistencia de los sectarios, que cada vez son menos gracias a Dios, y a la contundencia de las "bombas inteligentes".

El pasado es identidad y las identidades estorban, porque la paradoja cruel del individualismo reclama la masificación absoluta. Nuestra ideología está en manos de los comunicadores por satélites, nuestras costumbres se dictan desde las boutiques creativas de la obsolescencia planificada. La fantasía de Aldous Huxley en su *Mundo feliz* se encarna en esas drogas que se dice combatir y que en realidad se fomentan, como una suerte de lobotomía social que diluye en un sueño letal las potenciales rebeldías de una juventud sin acceso al mercado laboral. La pesadilla voyeurista de George Orwell no se concretó en *1984* (no al menos con la puntualidad que algunos esperan de las profecías literarias) pero se va dibujando en "el nuevo orden mundial" que los vencedores del Golfo Pérsico ya nos prometen sin ambages. El Hermano Mayor que nos vigila no es el Estado totalitario (nazi o estalinista) que un trostkista devenido liberal como Orwell podía avizorar desde las brumas iniciales de la Guerra Fría, sino el aparato que se esconde (y legitima) bajo las apariencias democráticas y parlamentarias del Norte industrializado.

Cuando Orwell escribió *1984* (o sea en 1948), Stalin no sólo vivía, había emergido victorioso de la Segunda Guerra y el área bajo influencia o dominio soviético se consideraba un mundo perdido para Occidente. Un universo bárbaro y policial, que había desfigurado para siempre el humanismo subyacente en las utopías de los clásicos del marxismo y en el que la más débil forma de resistencia estaba condenada a la muerte o el Gulag.

Ahora, en estos tiempos felices para los Paz y los Fukuyama, las cortinas de hierro y los muros de las burocracias se derrumbaron más vertiginosamente que los calzones de una prostituta, sin que se pueda decir por ello que se ha registrado un avance hacia la libertad humana.

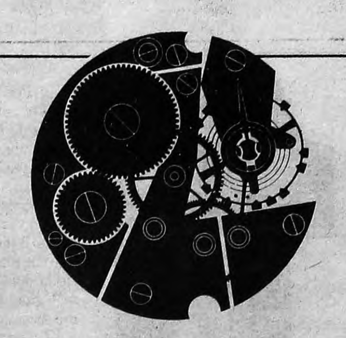
Miguel Martelotti

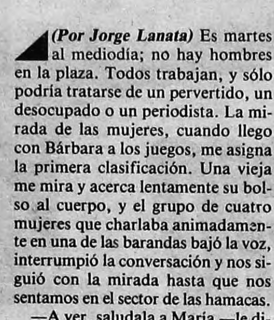


12 HORAS

Las mujeres y los niños primero

A LA PLAZA





(Por Jorge Lanata) Es martes al mediodía; no hay hombres en la plaza. Todos trabajan, y sólo podría tratarse de un pervertido, un desocupado o un periodista. La mirada de las mujeres, cuando llego con Bárbara a los juegos, me asigna la primera clasificación. Una vieja me mira y acerca lentamente su bolso al cuerpo, y el grupo de cuatro mujeres que charlaba animadamente en una de las barandas bajó la voz, interrumpió la conversación y nos siguió con la mirada hasta que nos sentamos en el sector de las hamacas.

—A ver, saludala a María —le dice una madre a su hijo. María, que también acaba de llegar a la plaza, sonríe y aguarda.

El niño mira al piso

—Hola, María, decile... —La madre comienza a ponerse molesta.

—¿No me saludás? —dice María.

El chico corre al sube y baja. Las dos mujeres sonríen y se sientan.

La mayoría de las mujeres están sentadas, en una pequeña cornisa de cemento que rodea el círculo de arena donde están los juegos.

—¿Qué es? —me pregunta un chico de tres o cuatro, que parece de veinticinco y tiene la voz ronca.

—Un cubanito.

—¿Me das?

Miro a Bárbara pidiéndole permiso. No le importa: está demasiado ocupada enchastrándose con su propio cubanito. Miro en torno buscando a la madre del chico; me persigue un pensamiento absurdo: apenas le dé el cubanito la madre saldrá gritando de algún lugar, dirá que quise envenenar al niño.

—¿Ahora no tenés que almorzar? —intento disculparme.

—No, más tarde —dice el chico. Mira el cubanito con avidez.

—Tomá —le doy, y se va corriendo.

En una de las hamacas una mujer empuja a su hija de seis años. Ninguna de las dos se ríe.

—Acá porque no tenemos negros ni indios —salta, de golpe, una voz.

Escucho el resto de la conversación: cuatro mujeres hablan de un artículo de *Para Ti*. Al rato comentan la última encíclica del Papa, con cierto horror, hasta que una de ellas da la clave:

—Mirá, es cierto que habla de los pobres, pero de los pobres de espíritu, no de los pobres materiales —dice una chica de menos de treinta años, que juega con los eslabones de su cadena. Después mencionan, con envidia, la ética protestante. Me entretiene pensar qué sucedería si alguien les dijera, de pronto, que lo del Papa es una cuestión de packaging, boato, papamóvil y antigüedad en el ramo.

Pero eso nunca podría suceder en la Plaza Alemania. Desde aquí puede verse el tránsito escaso del mediodía rodando por Libertador, y los porteros que se aburren vigilando la tranquila vida de los edificios en la calle Cavia. Recién ahora advierto que las mucamas y las señoras están sentadas en distintos sitios de la baranda.

—¡Necesito tu ayuda! —grita un chico desde la arena.

—¡Martín! ¡Necesito tu ayuda!

Habla como Mac Gyver o Remington Steele.

Bárbara, ajena, juega. Acaba de vaciar su carrito, está sentada en la arena y se puso frente a la muñeca y el gato a pilas. El gato está sucio, sé que tengo que lavarlo pero no sé cómo se lavan y sería absurdo llevarlo a la tintorería. El gato hace su rutina: Bárbara lo enciende, corre una palanca en la panza y el gato camina, mueve la cola y pronuncia un sonido vagamente similar a un maullido.

De inmediato cinco chicos se arremolinan en torno al gato, que se choca contra la pared, empecinado. Primero lo miran de lejos, luego se acercan con prudencia.

—Agarralo, no le tengas miedo.

Una chica toma al gato en sus manos, lo muestra al grupo y lo devuelve al suelo.

Aparece otro chico, con una valija.

—Yo tengo esto —le dice a Barbarita. Abre la valija y saca algunos juguetes. Bárbara ni lo mira.

—¿Me subís a la hamaca? —pregunta.

—Decile a tu mamá.

—Está allá —dice el chico, y señala a una de las mujeres preocupadas por el Papa.

—Andá, decile y yo te subo.

El chico corre, se para a menos de un metro de su madre y grita:

—¡Mamááááá!

Las mujeres siguen la conversación.

—¡Mamáááááá! —insiste. Nada. Vuelve.

—¿No viste mi valija? —pregunta.

—Recién te la llevaste.

Sale corriendo.

Cargo con el carrito, el gato, la muñeca y Bárbara hasta las hamacas. Una gordita mete los dedos en los ojos de un chico veinte centímetros menor.

—Es mi hamaca —le dice.

El chico llora y busca a su madre con mirada ciega.

—Andate —grita.

—Mirá cómo me hamaco sola —me dice, apenas me ve.

Repito la pregunta idiota de siempre.

—Tres años y medio —dice la gordita—, en dos años más voy a ir al jardín.

Pongo a Bárbara en la hamaca y la aseguro con la cadena.

—Falta poquito —dice la chica.

De la nada surge el chico de la valija:

—Devolveme mi gato —le dice a Bárbara.

—No es tuyo, el gato es de ella —intercedo.

—Es mi gato —insiste.

—La valija es tuya. ¿Ya la encontraste? —quiero cambiar de conversación.

—Que me devuelva el gato —dice.

Trato de no perder la calma. Tengo bronca, y después tristeza. El chico debe sentirse solo. Grita por el gato y temo que piensen que se lo robamos. Lo último que me falta es un chico que me siga, gritando: "Devolveme el gato". El chico ya no insiste; se va.

Hamaco a Bárbara, y cada dos o tres enviones la abrazo, o juego al cíclope, o le hago cosquillas. Es imposible de evitar esta sensación de cristalería cuando se imagina el futuro de un hijo.

Este mediodía, en esta plaza, la mayoría de la gente se aburre, o hace tiempo hasta la llegada del almuerzo. No se abrazan. Pienso si tanto abrazo con Bárbara se deberá simplemente a que la veo tres veces por semana.

Es la una y cinco: la plaza se vacía. Una mucama pelea con tres chicos, enfilándolos hacia el almuerzo. El grupo de mujeres de *Para Ti* se ha reducido a la mitad.

—¡Mirá cómo estás! —dice una madre frente al vestido de su hija. La chica está llena de arena. La madre sacude el vestido y la insulta. Vi una escena similar la semana pasada en otra plaza, la de Coronel Díaz. Una vieja, en la calesita, que insultaba a su nieta.

—¿Pero qué sos? ¿Tarada? ¿No te dije que no te levantes?

Las plazas son distintas. Aquel era un día de fin de semana y todos los padres se arremolinaban frente a la calesita, saludaban el paso del hijo con una sonrisa y un minuto después volvían a su gesto desencajado. Esa tarde yo había subido a la calesita y dos chicos me pidieron un boleto.

—Yo no soy, es allá.

Era fascinante, desde la calesita, imaginar las vidas de los que estaban fijos al suelo; en los altoparlantes sonaba Xuxa en una versión grabada dentro de una lata de arvejas, y después otra versión todavía más gastada de la Isla de los Wittys.

Las caras que saludaban desde el piso: éste es separado, seguro; aquélla no, el marido debe estar jugando al paddle; ellos están juntos, ¿hace mucho que estarán casados?; allá está la versión completa: abuela, madre y padre, todos levantando la mano cuando el nene pasa.

Evité pensar que venían aquí todos los fines de semana, puntuales, daban cinco o seis vueltas a la calesita y volvían a encerrarse en el departamento. Sin embargo fue inevitable recordar a Miller, sus encuentros con Maude y la niña, los fines de semana en el parque.

"Un paseo por el parque con ella —escribió Henry Miller en *Plexus*—, tal vez una vuelta en el carrusel, o el lanzamiento de una cometa, o remar por el lago. Cháchara, cotilleo, trivialidades, recriminaciones. La pensión, que juntábamos con tanto esfuerzo, la malgastaba en chucherías. Boberías a propósito de enviar a la niña a una escuela privada, pues la escuela pública no era adecuada para nuestra princesita. Clases de piano, clases de baile, clases de pintura. Las venas varicosas de Melanie. Al despedirme, los mismos tirones de siempre. Escenas espantosas. La niña gritando y aferrándose a mí, pidiéndome que me quedara y durmiera con mamá. En cierta ocasión, en el parque, estaba sentado en una bella loma con la niña, viéndola hacer volar la cometa que había llevado, mientras Maude se paseaba a solas y a lo lejos, la niña se me acercó de pronto, me echó los brazos al cuello y se puso a besarme tiernamente llamándome papá, querido papá, y cosas así. A pesar de mis esfuerzos se me escapó un sollozo, después otro y otro y con ellos un torrente de lágrimas capaz de ahogar a un caballo. Me puse en pie tambaleándome, mientras la niña se aferraba a mí con todas sus fuerzas, y busqué a Maude. La gente me miraba horrorizada y seguía su camino. Cada semana la niña se hacía más mayor, más consciente, más reprobadora a su modo callado. Era criminal vivir así. En otro sistema podríamos haber seguido viviendo todos juntos, todos nosotros, Mona, Maude, la niña, Melanie, los perros, gatos, sombreros, todo. Al menos así pensaba yo en momentos de desesperación."

Sólo Martín y Holly leen a Miller, de modo que salí del círculo de arena y del recuerdo del fin de semana jurándome buscar ese párrafo de *Plexus* apenas llegáramos a casa.

Bárbara montó su muñeca y su gato en el carrito y fuimos hasta Libertador en busca del auto. En uno de los caminos que bordean el monumento había una mujer con sus dos hijos mirando obsesionadamente al suelo.

—Por acá ya busqué —decía la niña.

—Miremos de nuevo —dijo la madre. El chico, entretanto, buscaba en el pasto.

Al pasar miré hacia el suelo, aunque no sabía qué era lo que estaban buscando. Caminamos unos metros hasta que Bárbara dijo:

—Agggua —y señaló un regador en medio del césped, del que salía un chorro de agua que cada dos o tres segundos cambiaba de posición.

—Te vas a mojar —advertí.

Caminó decidida hasta el alambre, me miró pidiéndome ayuda y saltamos camino al regador.

—Pará, ahora no—. Esperamos a que el regador cambiara de posición.

En ese momento sonó un silbato. Un cuidador gritó que estaba prohibido pisar el césped. Saltamos nuevamente el alambre, derrotados.

—Agggua —decía Bárbara.

—Cuidador —le dije—. Es un botón.

No me entendía, pero olvidó rápidamente el asunto.

—Ahora vamos a comer.

Eso sí lo entendió.

—¡Acá! ¡Mamá, está acá! —gritó la chica, a lo lejos, con un pequeño sapito de plástico entre las manos.

—¡Lo encontró! —le dijo la madre a su otro hijo, que seguía revolviendo entre el pasto— ¡Mariela lo encontró!

Después se abrazaron los tres, y siguieron caminando por la plaza.



13 HORAS


Jorge Sáenz

(*Por Matilde Sánchez*) A principio de mes, el Gobierno dio a conocer que se entregarían 150.000 hectáreas a las comunidades aborígenes. Bajo el lema "Una reparación histórica", la ciudad amaneció empapelada de afiches con el rostro de un indio. El primer plano de un hombre mirando al objetivo, una imagen tan poco habitual en las campañas gráficas, fue la idea empleada para recordar su existencia.

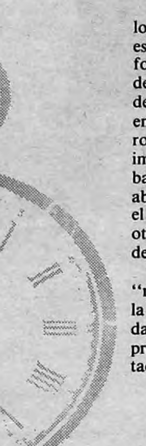
Si la televisión se encarga sobradamente de proveer arquetipos de la realidad argentina, en términos culturales el indígena apenas sobrevive en las tiras de una genial historieta cómica; es decir, la única imagen de indio nos llega en una parodia del género gauchesco, por el tamiz de los procedimientos del cartoon. Cuidándose bien de dejar conformes a moros y cristianos, el Gobierno ha buscado dar un modelo de indígena honorable. Es oportuno ver hasta donde lo logró.

La fotografía está dominada por los colores de la tierra. El decorado es deliberadamente difuso. Sobre un fondo marrón (¿se trata de la casa de adobe o la pared recién pintada del estudio?) cuelgan disciplinadas enredaderas. Como sea, el verdadero indio hoy carece por completo de importancia —por otra parte, probablemente haya tantos modelos aborígenes como indios subsisten en el interior—: lo interesante es mirar otra vez ese indio público y, en más de un sentido, televisivo.

Tan sólo un hombre, un indio "natural", como si la percepción de la realidad fuese ajena a la sensibilidad de la época: tal es el efecto que pretende el afiche, donde la representación es supuestamente mínima. La imagen de un indio no mitológico y, al mismo tiempo, atemporal, pero siempre desde un umbral verosímil, que no desmienta la diferencia de razas. Pero precisamente ese indio "al natural", como quien habla de una modalidad de envase al referirse al atún o los duraznos, acaba revelando el artificio en su excesivo celo por ocultar la deliberación.

Lo más ostensible: el flequillo. ¿Por qué ese flequillo? A cambio de la crin o la chusa, la acicalada cortina sobre la frente constituye un sinónimo de peluquería y de tijeras de alta precisión. El flequillo es un ornamento y, por lo tanto, está sujeto a la moda. Nada más civilizado que el flequillo: pocas cosas hay menos "naturales".

Pero el principal efecto de esa marca es la infantilización del rostro, inclinado en el ángulo preciso que suelen exhibir las fotografías de cumpleaños. Un indio infantil, con todos los atributos que suelen conferirse al niño: la ingenuidad originaria, la proximidad con la naturaleza, la desnudez, la sonrisa extática de satisfacción, pues sus padres velan por él en todo momento, y la dentadura pareja, apenas picada de negro por el exceso de golosinas.



Como el atún y los duraznos

INDIO AL NATURAL

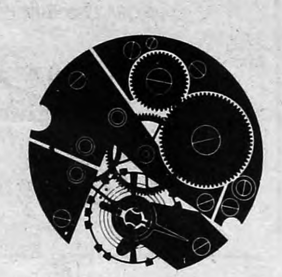
Lejos del centenario de la Campaña del Desierto —pienso en los festejos necrofílicos de 1980—, así es el indiecillo domado de los gobiernos legítimos. Si la democracia no admite el racismo, la única diferencia del indio frente al blanco es ese candor y la pobreza, compensada con el donativo. Todo cuanto queda de su linaje es el torso descubierto. Ese torso, indicador racial y barómetro de la civilización, en un país de mestizos donde el color no basta para establecer grupos sociales, es en definitiva lo único verdaderamente auténtico, y a la vez el signo más lábil, de su imagen.

Se ha dicho de los mitos que, en su trabajosa labor de disimulo, suelen hacer visible una verdad ocultada. Si el indio no tiene voz, ciertamente tiene voto. ¿Cómo representar entonces su cuerpo mudo, convertido en "casi humano" por la cercanía de las elecciones provinciales? Con una sonrisa, ya no de "buen salvaje", sino de niño obediente que cumplirá con su parte del trato. La sonrisa, el gesto humano primario, es también el sí de los niños. Con ella el indio habla, mirando al objetivo —y ése es su único discurso explícito—, para decir "Gracias": el regalo ha sido aceptado.

Sobre la entrega de las hectáreas, eso está bien. *Todo eso está muy bien*. Pero llamar "una reparación histórica" a esa módica devolución financiada —esa mínima cuota de responsabilidad que ocurre, digamos con suerte, una vez cada diez años— resulta poco menos que un chiste. De allí la incomodidad de quienes han tenido que diseñar esa imagen del indio oficial. En rigor, todo gesto del blanco hacia el indio, incluso las buenas intenciones, tiene algo de incómodo. Porque la palabra aniquilamiento proviene del latín nihil. Llenar esa nada con un puñado de tierras, sin privarse de los alardes, equivale más o menos, para seguir con la broma, a repartir sonajeros entre las Madres de Plaza de Mayo o restituir el candelabro familiar al señor Simón Wiessenthal. Lo que esa hipérbole nombra, precisamente, es que no hay compensación posible. Como siempre, el globo se pincha por demasiado inflado.

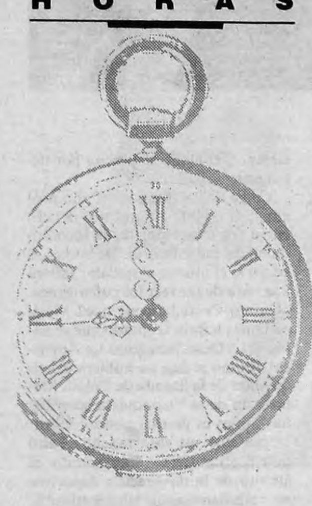
Cerca de los festejos del año próximo, el Quinto Centenario delata, en su frase incompleta, la incomodidad del recordatorio. De hecho, es como si el mismo castellano fallara a la hora de proveer los eufemismos. ¿Quinto Centenario de qué? México jamás habría aceptado que se hable del "Descubrimiento de América", como si ésta no hubiera existido antes de la llegada de Colón. Menos aún de la "Conquista americana", pues es de mal gusto celebrar lo que fue un zafarrancho. Faltó quien propusiera, desplazando al ámbito de la navegación deportiva ese cataclismo geográfico y filosófico de 1492, el "Quinto Centenario de la llegada de las tres carabelas a tierras desconocidas por sus intrépidos tripulantes", lo que convertiría la empresa del marino genovés en una precursora de las interesantísimas expediciones Ra a través del Océano Atlántico.

Los sioux bostezan, en las praderas reservadas de los Estados Unidos, a menos que puedan emplearse como extras en algún estudio. Se argumentará, entonces, dónde está el criterio justo frente a la incomodidad y la insuficiencia. Otra forma de esa "financiación histórica" quizá sea un mayor protagonismo: la restitución de esa voz articulada, que antes enmudeció el alarido y hoy enmudece la sonrisa. Por lo demás, el indio es una minoría y la nada no tiene un pago simétrico.





HORAS



De la heladería a la alcoba

MODELO PARA AMAR

(*Por Marcelo Cohen*) Al advertir que está agotándose el sabor pistacho, una muchacha que trabaja en la heladería de un aeropuerto —Lina es el nombre, y también un pretexto—, decide abrir una cubeta nueva y en la cubeta encuentra, en el sintético verde tropical, incrustada, una extremidad humana.

En las cubetas de helado son imposibles las alucinaciones; no así los sueños. (Los dedos, éstos, son fibrosos y elegantes; recio el codo.) De modo que Lina se lleva el hallazgo a casa. Una hora y diecisiete de ómnibus hasta el arrabal donde alquila un departamentito, pesadilla cubista. Y como su compañera está de viaje, en su provincia, visitando a alguien, en la pieza de ella deja, cerrando la puerta, la viscosa extremidad, sin lavarla.

Lina es emprendedora pero tímida. Los sábados intenta recrearse en una gran discoteca periférica; se cree (ella lo cree e induce a creerlo) que, a la fuerza, forma parte de una secta o banda acaudillada por un mocetón rasurado, un primitivo urbano despótico y violento. Dominada, allí, Lina está más sola que nunca, bailando los ritmos de la tecnología. Incidentes juveniles. Pero ahora, en un cuarto de su nicho cubista, hay un fragmento de cuerpo, símbolo tal vez, descongelándose, ¿esperándola?

De modo que cuando en los días siguientes sigue encontrando miembros —un estómago en la cubeta del limón, un cerebro en la frambuesa, con el añadido de un ojo cerrado, que ella no abre, pero también cartílagos, tráqueas (varias) y también despojos no necesariamente humanos, como una molleja, un monedero viejo; y qué ensueño de firmeza, los coágulos, en la precoz fundición del helado—, Lina, industriosa, los lleva al cuarto de su casa para acumularlos. Allí no hieden, no susurran; pero exhalan una como agitación incitante. Será la voluntad.

Días de negada expectativa, en el aeropuerto y en las humillaciones de la discoteca. Nada que pueda constituirse con esos fragmentos resolverá un enigma ni estará bien acabado. Pero Lina sueña, y en sus sueños —el revés del miedo: la turbiedad, el placer— las vísceras, los miembros, son manchas en una tela, o flora y fauna marina en luz primaveral, o son ganas de ser: una figura inventada, inatacable: un icono de significado vario, un monstruo, un cuento famoso: la salvación de cualquiera que, una vez más, afirme el continuo entre imaginación y mundo. (De esto Lina no se da cuenta.) Lina sueña con siluetas coherentes, si bien mutables, como si captara la aspiración que anima a los despojos —que, francamente, qué asquerosos, así, a primera vista—.

Un húmero reseco. Ligamentos (¡y una camisa de pana no muy sucia!). Glúteos, ganglios. Amorosa, Lina los reúne. Una nariz que parece de caucho. Una lengua como una almeja. Ya no más. De golpe ya no aparece nada, en las cubetas ¿Y qué falta hace? Hay una pausa en la acción.

Hasta que una tarde, poco después de sentarse en la cama con el rouge



y un espejito (frente a la cama está la cocina), Lina oye que la puerta de la habitación cerrada se abre, y en la medialuz verdosa ve plantarse un hombre. En el vano de la puerta de su pieza.

Un hombre. Como arañando el aire con las aristas del rostro, cuajado de líneas; no del todo simétrico, ¡vestido!, grande el torso para el espíritu incipiente; parietales sesgados; pies (Lina teme mirarlos) parece que planos. Ese hombre rechina, al moverse, un poco, codos y cadera, incluso los párpados cuando se entornan. Una virilidad rústica con algo cuadrado en el mirar, huraño y sentimental. El, en resumen: agradece y dice que el anhelo de Lina, y sus escrúpulos también, le han dado la vida. Se la han devuelto, dice, ese monstruo.

Extasiada, Lina le adelanta no obstante que no puede tenerlo en la casa, ahora no; su compañera está al volver. "No pensaba quedarme", replica él. "Soy un capricho." Hay una larga contemplación mutua, difícil de comentar. Y después el hombre se va, inconexo, fuerte de aceptación. Pasos toscos que retumban. Los ojos anegados de Lina, con el pintalabios todavía en la mano. ¿Se arrepiente?

En la continuación indefectible se ve al hombre —llamémoslo *rehecho ensamblado*, por evitar excesos— merodeando por el arrabal cubista, incluso entre casas de material endeble, sorteando perros y cartones sucios, silueta desencajada pero magnética en la pátina aérea de la polución. Se trata, se ve, de que protege a Lina; o solamente ella lo sabe. El rasurado joven jefe de la secta, ignorante, distribuye deberes. En la discoteca hay poco más que sumisiones y confusa conspiración además de baile; los emparejamientos se debaten. Lina se niega a lo que parece tocarle —un pibito esmirriado primero y después, a lo mejor, un bruto órdago—, hay una discusión y el jefe la maltrata. Y entonces, como de luces cambiantes de los focos, como una volátil mancha que se aglutina sola, surge el hombre ensamblado, aporrea fácilmente al jefe de la secta (que no era un animal, sólo estaba loco) y, salvando a Lina, la lleva a la casa. La *acompaña*.

Lina lo invita a subir al departamentito y beben algo, lo que hay, y todo apunta a cierta forma de consumación, cuál está por verse. En la luz insuficiente de una lamparita de sesenta vatios, el hombre rehecho centellea de suturas, pero sus manos enormes (diferentes entre sí) parecen suaves guantes naturales. (El helado, quién se acuerda ahora de ese coágulo en sabayón.) Lina, besándolo, señala la cama. Pero entonces, entonces el hombre ensamblado se sienta en una silla y se permite turbarse, a su manera desarticulado, en una explicación.

"Es que yo cobro", dice. "De eso —señala la cama— yo vivo. Una profesión como cualquier otra. No me felicito, pero cuando salgo de la inexistencia del desmembramiento, es para ganar unos billetes."

"Bueno, yo no *puedo* pagarte", dice Lina. "Esto no significa —la interrumpe él— que no te quiera ni que no siga agradecido."

"Ya sé", dice Lina. "De todos modos —dice él—, si un día me olvidaras volvería a desmembrarme..." Y en estos términos, o en este tono, la conversación se prolonga hasta el amanecer, con una irritante tensión sexual de por medio, que no se resuelve salvo... Salvo en la ambigüedad de la luz, en las digresiones del pensamiento de Lina, tráqueas, émbolos, manchas que adornan el deseo y lo vuelven sólido, utilizable como un mueble. También los sueños brindan un beneficio inmediato.

Pero el hombre ensamblado tiene que ganar cierta cantidad de dinero antes de volver a desmembrarse, de repartirse una vez más por algún tiempo en cubetas de helado u otros depósitos, y está procurando partir rumbo a una relación donde el sentimiento no acentúe las cicatrices, una relación breve y contante, sonante. El hombre ensamblado sabe que las *jóvenes* que lo ensamblan —esporádicamente— no son garantía de subsistencia. Una imaginación que rara vez se detiene las lleva a captar defectos, inexactitudes. Y no les gusta pagar, aunque esto él prefiere no juzgarlo.

Es el final.

En el mohoso amanecer el hombre ensamblado se levanta, rechinante, le da la mano a Lina, en seguida un beso (las aristas de su boca, los dientes rugosos), y se marcha. Lina no lo frena. "Pronto", piensa Lina —más o menos— "será un borrón protector en los callejones y en mis sueños un bailoteo de partes cada vez más simbólicas". Para no llorar cuando al fin, con la distancia, vea clara la verdad, Lina se impide mirar por la ventana.

Sin desvestirse, enseguida se duerme. La vendedora de helados.

15 HORAS

La idea de Nación, Q.E.P.D.

COMBATIENTES EN RETIRADA

(Por Alberto Ure) Como las Madres de Plaza de Mayo, los ex combatientes de la guerra de las Malvinas han exacerbado un folklore que resulta casi esotérico para la nueva sociedad argentina. Sólo sus propios especialistas pueden desentrañarlo, y nadie sabe tampoco si realmente pueden hacerlo. En realidad, ya no son nada.

Decir esto es difícil, por lo menos para mí. Es como si estuviera descarnando a cuchillo un hijo muerto, arrancando con asco la carne que se amó. Pero es así. Los ex combatientes no son nada, hagan lo que hagan, porque la guerra de las Malvinas no existió para nadie, ni las Malvinas forman parte del territorio nacional ocupado por una potencia imperial. Son las Falklands, posesión de Gran Bretaña, que hoy es un país amigo al que los argentinos nos ofrecemos para ver si despertamos su piedad y nos ayuda, porque hemos probado que no sabemos hacer nada de lo que ellos hacían acá. Y menos mal que a Perón no se le ocurrió nacionalizar James Smart, porque la hubiéramos transformado en una fábrica de boinas, y ya no habría dónde comprarse un tres botones como la gente. Así que haber combatido por recuperar las Malvinas no es un tema para andar llamando la atención. Si quedan mutilados o fanáticos, uno se irá acostumbrando a dejarlos pasar sin verlos. Y así como hoy, cuando en cualquier bar se acerca un pibe a pedir una limosna, se lo raja sin mirarlo, porque uno tampoco es Sor Teresa de Calcuta, cuando se acerque un ex combatiente se le podrá decir: "Tomátelas, cargoso, ¿no tengo una patria para mí y querés que te dé una a vos? Mozo, ¡sáquelo, por favor!". Y los pobres tipos se seguirán creyendo que ser ex combatiente es algo, porque algo hay que creerse en la vida para ir tirando, y no todo el mundo puede ser finalista de "Feliz Domingo" para ganarse un viaje. Engrosarán la lista de tarados que se confundieron y desordenaron este país, qué digo país, a esta zona del planeta, dándose manija con que podían constituir una nación, para colmo de delirios justa, soberana y libre. Al fin y al cabo, como afirma el director de un diario, la Revolución de Mayo se apoyó en los mismos ideales morales que hoy llevan a ingresar ilegalmente autos de lujo, así que es muy posible que dentro de poco no tenga sentido seguirla festejando, y se pueda aprovechar el feriado para organizar en los colegios un acto de desagravio a la Corona Española. Pedirles perdón por esos delirios de contrabandistas insolentes, en los que se encaramó ese irresponsable de San Martín que, seguramente bajo el efecto del opio, condujo a muchos jóvenes a la guerra. De rodillas tenemos que estar ante esas naciones poderosas y amigas a las que ofendimos con nuestras pretensiones, empecinados en la costumbre de juntarnos con los perdedores. Otro siniestro invento de San Martín, del que resultó la propia víctima: si en lugar de juntar sus fuerzas a los chilenos y a los peruanos para liberarlos, los hubiera invadido para someterlos, hubiera quedado en una posición inmejorable para negociar todo el paquete con España y retirarse como duque de algo. Un perdedor: al final se tuvo que ir lo mismo a un país en serio y viviendo de prestado, cuando el porcentaje lógico que le correspondía por el armamento del Ejército de los Andes le hubiera alcanzado para comprarse un banco en París.

Además, ex combatientes, qué sentido tiene reconquistar algo que todo el mundo dice que no nos pertenece, y que si nos perteneciera sólo agrandaría un país del que la mayoría de los habitantes quiere irse. ¿Para qué? Seguramente se nos mueren las ovejas y se nos pudre el krill mal encajonado. Mejor que lo aprovechen ellos.

Afortunadamente, el Ejército argentino, ocupado por los recuerdos de otra guerra y de los aumentos de sueldo, no les da ni bola, además de la mala impresión que debe tener de ustedes, a alguno de los cuales tuvo que estaquear por indisciplina. Córtenla con tanto barullo, y que sepan que ustedes son el último resabio de eso que permitía decir "mi patria" orgullosamente y sentir que en esa bandera estábamos todos.

Hace poco un político argentino decía que no se puede estar contra las privatizaciones porque son una moda, y contra las modas nadie la talla. Es falso. No se puede buscar nuestra propia razón y justicia, porque lo que era nuestra patria se disuelve y se pierde. Entre los desgarrones de su bandera lo único que se puede ver es un entrecruzado de bandas, y gente que corre de un lado a otro como en un tiroteo inesperado.

Y si en lugar de seguir dando lástima y alterando actos públicos, se resuelven a hacer algo más útil, empiecen por pensar que no son ex combatientes sino combatientes en retirada. La diferencia es que en lugar de reconquistar una isla con kelpers, ahora van a tener que reconquistar un país que no se sabe cuál es. Seguramente van a encontrar francotiradores tan tardos como ustedes, porque eso aquí nunca falta.



16 HORAS

El día D

SI SABIA, NO VENIA

(**Por Roberto Cossa**) A pesar de la mucha experiencia y de los numerosos viajes, no logro habituarme del todo a los aviones. Mejoré bastante desde aquel vuelo, el primero de larga distancia, hace 25 años, cuando para ir a La Habana había que pasar por Checoslovaquia, el norte de Irlanda y la península de Terranova sentado durante un día entero en una catramina de la compañía aérea cubana.

Mejoré con el tiempo y con la práctica. Pero no hay caso; en cada vuelo hay un momento en que invariablemente me pregunto:

—¿Pero qué estoy haciendo aquí arriba?

En ese instante tengo la sensación de estar en un lugar donde nadie me mandó y al que llegué por una serie de malentendidos ajenos a mi voluntad o, mejor dicho, contrarios a mi voluntad.

En cada vuelo de avión hay un momento en que confirmo mi falta de carácter.

Esta misma sensación la tengo en los estrenos de mis obras, otro de esos entuertos en los que uno se mete de puro pusilánime.

Vaya a saber qué secretas fuerzas se mueven para que un ser humano tenga que atravesar una experiencia como la de un autor la noche del estreno de su obra. Es uno de esos datos que ayudan a reflexionar sobre la condición humana.

Sería bueno preguntarse algún día cuántos siglos de equívoco cultural se confabularon para que un individuo medianamente inteligente y no del todo descalabrado de alma se preste a tamaño equívoco.

Y, sin embargo, el viernes 31 de mayo a las diez de la noche estaré ahí repitiendo la ceremonia.

Sólo los hombres de teatro conocemos ese vía crucis. Es una experiencia única, intransferible, que ni narradores, pintores o cineastas podrán entender jamás.

La presentación de un libro no pasa de ser un acto social. En definitiva, un libro se "estrena" cuando todavía nadie lo conoce, salvo un señor que —se sabe de antemano— lo leyó y le gustó mucho. El escritor está seguro de la buena repercusión de su libro esa noche. Tiene un solo y entusiasmado espectador, el que la editorial ha puesto para que lo presente.

Un *vernisagge* se acerca un poco más al estreno teatral, pero hay notables diferencias. Nadie está obligado a mirar los cuadros. La gente se amontona en torno de las bandejas de los sandwiches de miga e impide la visión de las telas. Ni el pintor espera esa noche mucha atención hacia sus trabajos ni el espectador siente que está obligado a opinar.

Puede parecer que la presentación de una película se asemeja al estreno de un espectáculo teatral. Pero no es así. Cuando una película llega al público especializado casi no tiene sorpresa. Ya ha sido exhibida un montón de veces en esos extraños gabinetes de la calle Lavalle y sus aledaños y sólo los muy ajenos no la vieron. El director llega a ese trance sabiendo todo lo que tiene que saber. O casi todo. (*)

Además, a la película no puede pasarle nada, salvo un corte de luz en la sala. En el teatro, el autor está sometido a la falibilidad de los actores, del asistente, del que mete música y del que enciende las luces. ¿Qué puede llegar a pasar con el mejor texto en la boca de un actor desconcentrado?

Aún se recuerda en el anecdotario teatral de Buenos Aires lo que pasó cuando llegó el momento crucial en que un actor, en el rol de un corifeo, debía anticipar la llegada de unas naves españolas.

—*¡Ahí se ven...!¡Son las velas de Ayola!*— era el texto previsto que el actor decía con tono dramático y la mirada puesta en el horizonte. Esa noche dijo:

—*¡Ahí se ven...! ¡Son las bolas de Ayela!*

No. El estreno de una obra teatral es un rito único, diferente e intransferible. Es el único número de equilibrio artístico sin red.

Es por eso que no conocí a ningún autor que tenga resueltas las contradicciones que le produce un estreno propio.

El norteamericano Eugene O'Neill no asistía ni a la presentación ni a ninguna de las funciones de una obra suya. En el otro extremo hay autores que participan, sentados en la platea, de todas las funciones, especialmente la del estreno.

En la gama de los grises están los que no saben dónde ponerse y se la pasan caminando por los pasillos o asomándose cada tanto a la platea si es que la sala se lo permite. Y hay algunos que prefieren emborracharse en el boliche de la esquina.

Pero no todo termina con la función.

En el teatro es un hábito arraigado que el día del estreno todos los integrantes del espectáculo, autor, director, escenógrafo, etc., acompañen a los actores en el saludo final. Muchos autores tienen asumido este rito; entran directamente, alzan los brazos triunfales o hacen reverencias de divo. Otros esperan que el principal actor los convoque desde su posición de dueño del escenario. Hay quienes tienen convenido este gesto de antemano. Se cuenta de un autor que se instalaba entre cajas y se hacía empujar por el asistente. Desde la platea el espectador tenía la sensación de que el hombre había sido "obligado" a saltar al escenario.

Todo pasa porque el autor siente que el escenario es un ámbito ajeno. Que no es el suyo. Por ese espacio anduvo dando vueltas durante toda la noche algo que le pertenece, pero él, en persona, no es quién para pisar esas tablas.

Son los tiempos que corren. Hace cincuenta años el rito incluía hasta un discurso del autor. El espectador iba a ver la obra y a escuchar lo que el dramaturgo decía después. Las palabras de Bernard Shaw estaban entre las más esperadas.

En los tiempos que corren, los autores, por suerte, ya no hacemos discursos. Pero compartimos las alegrías y las penurias con el director y con los actores. Cuando nos dejan.

La noche en que Arthur Miller estrenó su obra *La muerte de un viajante*, recibida como uno de los grandes textos teatrales de todos los tiempos, no pudo participar del ágape que el productor ofreció a un grupo de figurones. Miller terminó festejando el estreno en un pequeño restaurante rodeado por sus allegados.

Los hombres de teatro nos decimos habitualmente que hay que terminar con la ceremonia de los estrenos. ¿Qué razón nos impulsa a repetir ese calvario?

Dentro de una semana ahí estaré, en el Teatro de la Campana, cumpliendo el eterno ritual, esta vez en el estreno de mi última obra, *Angelito*.

Como suelo hacer en los vuelos, me tomaré un par de ginebras y me preguntaré "¿pero qué estoy haciendo aquí?, ¿quién me mandó?".

Y llegará el momento de los comentarios. Espero algunas opiniones con ansiedad; frente a otras estoy prevenido y presumo que algunas me dejarán indiferente.

Cuando estrené mi primera obra le tenía mucho miedo a las opiniones desfavorables. Con el tiempo aprendí que lo más temible en un estreno son los elogios. Está, por ejemplo, el infaltable: *"¡A mí me gustó!"*.

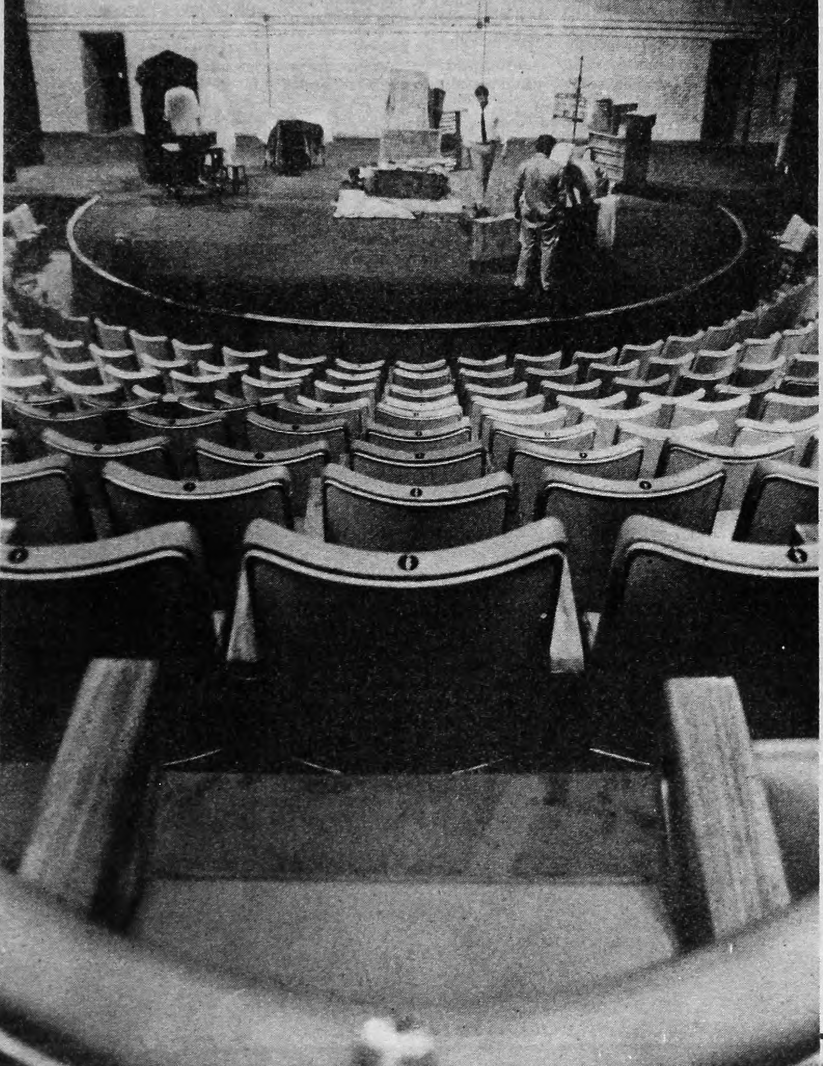
Una vez que estrené una de mis piezas más convencionales un espectador con cara de entendido me abrazó y me dijo: *"Es la mejor obra argentina de los últimos diez años"*. No sólo se había salteado importantes textos ajenos. También algunos míos.

O aquel espectador que me saludó efusivamente el día del estreno de *El viejo criado* y me dijo: *"Me gustó mucho, pero tu obra verdaderamente importante va a ser la próxima"*.

Será el viernes 31 a las nueve de la noche. Y ahí estaré. Con cara de autor en noche de estreno. Dispuesto a todo.

(*) La lista no contempla la experiencia de los músicos. La omisión es deliberada, ya que el muestreo incluye exclusivamente a seres de este planeta.

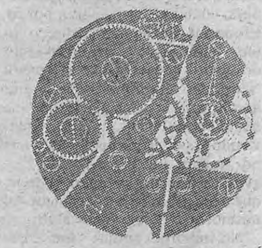
Alejandro Elías





Fernando Dvoskin





Shoppings

17 HORAS

LA VUELTA DEL LOBO A LA HORA DEL PERRO



(*Por Rodrigo Fresán*) Hay una variación en la textura del aire, una diferencia casi eléctrica en la tarde, que nos confirma la cercanía del shopping. Lo sutil del síntoma pronto se torna contundente y explícito hasta el exceso: autos en doble fila, adolescentes en doble fila, lentas caravanas que se aproximan a destino en doble fila y ahí, al final, se alza el tótem, la catedral y el credo. Todo en uno y esta religión no promete el paraíso para después. El paraíso está aquí. Fin de milenio. La vuelta del lobo a la hora del perro.

Ahora que todo ha terminado, que los diarios se han olvidado de mí para siempre (sí, yo fui quien entregó al asesino de los shopping center y yo soy quien escribo esto meses más tarde lejos del mundanal neón), puedo permitirme la reflexión parcial y hasta el retorno objetivo a ese tipo de lugar que supo adquirir proporciones casi shakespeareanas dentro de mi inocurrente biografía.

Comenzaré afirmando que una hora dentro de un shopping center no dura lo mismo que una hora en cualquier otro lado. Dura más. O menos. En cualquier caso, puede pasar como un lento parpadear o puede arrastrarse con vértigo de tortuga. Aquí dentro se hace fácil entender la Teoría de la Relatividad y la memoria se agiliza porque cada vidriera nos recuerda a algo o a alguien.

Algo: el film *True Stories* del talking head David Byrne. Parte del mismo transcurre dentro de un *shopping-mall* norteamericano; aparece un cartel en mayúsculas letras blancas sobre fondo negro donde podemos leer Shopping is a Feeling (salir de compras es un sentimiento). ¿Es un buen sentimiento? Byrne asegura que sí y defiende la estética de una ciudad creciendo alrededor de un centro comercial. "¿Qué hora es?", se pregunta Byrne mientras pasea sus pasillos. "Hora de no mirar atrás", se contesta.

Alguien: X —mi mejor amigo y el mejor y más dedicado asesino que han conocido los shopping centers de este mundo— aseguraba que nada le causaba más espanto que la mirada bovina en los párpados de aquellos que sonambulan por las escaleras mecánicas de aquí y allá. Hoy compruebo que tenía razón. En los shopping la gente parece perder todo criterio selectivo y, sencillamente, se detienen frente a todas y cada una de las vidrieras como quien lee un libro largo. Paso frente a una familia tipo —padre, madre, hermana, hermano— que contemplan abstraídos una pirámide de casetes vírgenes. El mismo paisaje al aire libre, en la calle Florida, les sería indiferente. Pero aquí les resulta fascinante y ellos me resultan fascinantes a mí, una persona que apela a la manía referencial para escapar a la hipnosis colectiva. Otro misterio: los cines de los shopping siempre están llenos, den lo que den. Lo importante es ir al cine del shopping, de ser posible después de comer en el shopping. Y la gente que los llena habla en voz alta a lo largo y ancho de la proyección de la película. Es obvio que todos ellos son orgullosos poseedores de videocaseteras, por eso se han acostumbrado a comentar en voz alta tanto la predecible redención de Julia Roberts en *Pretty Woman* como la epifanía hecha discurso de *Henry V* en la madrugada llovida de un Saint Crispin en Agincourt, Francia. Entonces me acuerdo de la escena de la seducción en el shopping en *Doble de cuerpo;* del Santa Claus ladrón de bancos en *El socio del silencio;* de la de Woody Allen & Bette Midler; de *Avalon* (donde se explica claramente la importancia sociológica de la *department-store,* antepasado directo del shopping).

Mi abuelo murió de un ataque cardíaco en un shopping center, mi madre le dijo a mi padre que quería divorciarse en un shopping center, mi formidable hermana menor asegura que son en realidad trampas extraterrestres ("la gente desaparece en los shopping center, te lo rejuro"), y mi mejor amigo descubrió su secreta vocación de asesino de masas en un shopping center. ¿Dije ya que amo los shopping centers? Porque así es. Y lo primero que hago cuando llego a una ciudad es ubicar sus estructuras definitivas para poder perderme y encontrarme ahí adentro, afuera de todo. Así tuve satoris e iluminaciones de diferente calidad y precio en shoppings de Los Angeles, de Caracas, de Madrid, de Glasgow, de Buenos Aires.

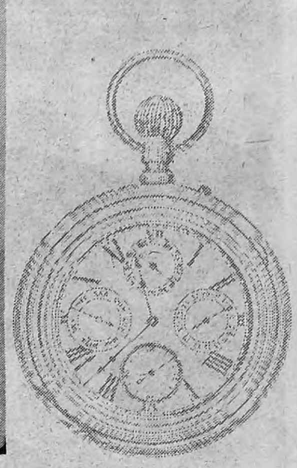
Es tan fácil ejercer la libre asociación de ideas y geografías (los shopping son países en sí mismos) que por momentos me mareo en la marea como si oyera el canto de las sirenas o la música de las esferas. Pienso entonces que en los viejos mercados de Brandenburgo se podían oír frescos los recién compuestos Conciertos Brandenburgueses en lugar de este muzak erosionante y que hay shoppings de cámara (Patio Bullrich) y shoppings sinfónicos con arreglos a la Richard Clayderman o a la Luis Cobos (Alto Palermo).

Me reclaman para una encuesta sobre ecología, me atropella un cardumen de niños en busca del siniestro payaso Ronald McDonald, me encandila la abundancia de carne joven ceñida con estética de discoteca y mucho tiempo para matar, me asombra la estudiada coreografía histérica de quienes compran y quienes venden y quienes, apenas, miran. Perros con hambre de lobo. Porque aquí se expone, al alcance de la vista, todo aquello que no llegarán a tocar las manos. La posiblidad cierta apenas escondiendo la confirmación del imposible. Se impone entonces sentarse bajo el falso cielo protector —cúpula de una indeterminable aleación transparente— que comienza un fundido a negro. Pido algo de comer que tiene el predecible gusto de la multiplicidad que me rodea —todos los sabores y ninguno— y reviso notas sobre los últimos días de X antes del trágico principio y del trágico final. X aborrecía de los mapas y de las trayectorias prefijadas. Las ballenas y la claustrofobia (y más tarde los shopping centers) eran para él un solo sentimiento: tuvo que ser dopado después de que su madre lo llevara a ver *Pinocho* cuando tenía seis años y aseguraba reflejarse en las vidas de Jonás y Ahab, constantes invitados a sus constantes pesadillas. Un día como éste —entre las 17 y las 18— hizo lo que, a su juicio, tenía que hacer. Ya saben el resto, ya vieron las fotos, ya repitieron tantas veces el tape en su canal de información.

El haber funcionado como el Judas de la historia no me hace sentir particularmente orgulloso ni me quita el sueño. X y yo éramos tan opuestos como sólo los grandes amigos pueden serlo y, se sabe, las grandes amistades en la mayoría de los casos van a dar al cauce de una gran traición. Lo importante es que todo —la vida, la amistad y los shopping— alcance proporciones épicas. Que sean grandes y grandiosos.

Escribo y leo en los shopping centers. Me gusta y me funciona. En un shopping center compré y empecé a leer *Oración por Owen,* de John Irving. En otro shopping center se me ocurrió la idea completa para un cuento donde —casualidad— un amigo traiciona a otro. Busco la contención y el consuelo de un shopping center del mismo modo en que otros buscaban un cuarto de paredes amarillas para escapar al cafard. En un shopping center, mi manía referencial, mi libre asociación de ideas y mi memoria parecen funcionar de modo diferente. Ya lo dije: una hora no es una hora aquí adentro y los dígitos en cristal líquido parecen retroceder sin siquiera resistirse a su condición original de sombra y arena. Sólo entonces, en el borde mismo de los sesenta minutos cumplidos, me permito pensar en X y en tantas otras cosas. Cosas en las que nunca pienso ahí afuera, en el mundo real.





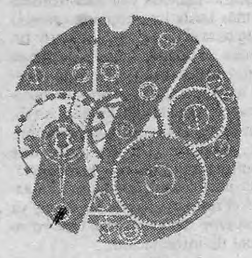
(*Por Miguel Briante*) Ayer o antes de ayer, a las seis implacables de una tarde que ocurre en el cielo de la televisión por el 9, a Raúl Taibo —en adelante llamado Lautaro— lo despertó la felicidad. Tendida en una especie de alfombra persa, o piel de tigre, Carolina Papaleo —en adelante llamada Ana—, cuyo cuerpo parece por momentos no consentir la transición de un cuello, toda vestida de blanco después que pecó, lo escuchó decir esa frase:

—Me despertó la felicidad, mi amor —dijo, y atrás, por la ventana, había agua, un paisaje que después, cuando ellos llamaran por teléfono a la familia, sería definido como "paradisíaco". Del mismo modo obvio, la escena que se intenta transcribir termina así: ella le dice que vayan a la cama y él le dice que no, que tiene un antojo, y ella —previendo la previsible maternidad que no tardará en suceder— le dice ¿vos?, y él le dice, se anima a decir, que tiene ganas de hacer el amor ahí mismo, en el living, frente al fuego.

No importa, porque están casados. El erotismo es doméstico, pero corona una historia patética: en la febril imaginación del consagrado Alberto Migré —hombre al que el mismísimo León Bloy hubiera envidiado su frecuentación de los lugares comunes, para su *Diccionario de lugares comunes*—, autor una vez de una telenovela que ahora se titula "Una voz en el teléfono", la historia que detiene el corazón de las señoras en el alba del crepúsculo, todos los días de semana, empezó hace unos tres meses. Ana vivía en una villa miseria con su madre, Susana Ortiz. Pero la madre cometía concubinato con un hombre que le pegaba, le pegaba. Eran cosas de pobres. Un día el hombre le pegó un poco más y Susana Ortiz (la mamá) agarró un revólver y lo mató. En eso llegó Carolina —Ana— que vendía golosinas en el Zoológico, sin permiso de Sofovich. ¿Qué pasa? Llega Carolinita y la ve a la madre con el chumbo en la mano; la madre, veloz, le dice que le diga a la policía que el hombre trató de violarla, a ella, a la nena. Entonces Ana se va a un reformatorio por cinco años y después vive en un hogar para chicos que salen del reformatorio, donde trabaja de telefonista. Ahí aparece el destino, encarnado en el invento que se atribuye a Alexander Graham Bell; Ana la huerfanita tiene que llamar a la proveeduría para hacer un reclamo y como las líneas todavía no han sido privatizadas del todo algo falla, del otro lado aparece la voz engolada de Lautaro Taibo, hay seducción oral, se enamoran por teléfono.

Una voz en el teléfono

ANA CAROLINA, DE TOLSTOI A MIGRE



18 HORAS

Lautaro no es un cualquiera; es de familia bastante bien pero compone canciones modernas, que impiadosamente se desatan en la telenovela. El padre de Lautaro Raúl se opone a ese amor que pasa del cable a la presencia física —finalmente se han conocido, se ven, se aman más que antes—; para colmo Lautaro Raúl es viudo y tiene una hija de diez años, rebelde, tan rebelde que el viernes 10 de mayo pasado, cuando Ana y Lautaro se casaban, se escapó para perjudicarlos. "Una rosa sin espinas no es rosa. Un amor que no duele no es amor. Por eso contra todo y frente a todos Ana y Lautaro ante el altar. Un amor probado. Ana y Lautaro unidos hasta que la muerte los separe", rezaba la propaganda ese viernes, anunciando la boda del año.

Ese día, a esa hora hubo menos mujeres en los supermercados. El amor triunfaba contra la adversidad; Ana Carolina se cosió su propio vestido de bodas, fueron padrinos Elizabeth Killian y un monseñor del hogar donde estaba la novia cuando era más chiquita y un cura del mismo hogar bendijo las felices nupcias. A partir de ahora la historia se complica y se ahonda; frente al fuego de la luna de miel ella le reprocha haberse levantado temprano porque no soporta estar con ella en la cama. Empiezan los problemas de la convivencia.

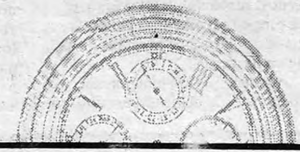
Es frecuente escuchar en los ruedos intelectuales una afirmación rotunda: si Shakespeare hubiera nacido en este siglo hubiera escrito telenovelas. También es cierto que *Hamlet*, contado en joda, es la historia de un loquito que jugaba con una calavera y que reírse de una obra de Migré puede ser fácil; es más: hay quienes pueden alegar que reírse de estas historias es reírse de la gente que las sigue como si fueran el pan de cada día, estar contra lo popular. O ser un resentido que no sabe cómo llegar al corazón del pueblo. En beneficio de la telenovela a lo Migré hay que decir que instala un imaginario del imaginario colectivo que no es el imaginario colectivo, pirueta por la cual un denso drama humano, lleno de las circunstancias de la vida tal cual es, se convierte en un verdadero entretenimiento. "Una voz en el teléfono" postula, en contra de Mallarmé, que un golpe de datos —en este caso de teléfono— sí puede abolir el azar, la vida es una quiniela y el amor redime de la plusvalía, de la villa, de las estadísticas.

El año pasado, cuando ciertas crisis políticas sacudieron a Albania, Italia y Francia recibieron a grupos de refugiados "que habían elegido la libertad". Los mandaron a hogares de refugiados, les buscaron trabajo. No hubo caso; los refugiados, que habían visto la televisión en el país donde los oprimían, se empeñaban en decir que la libertad era "Dallas": ellos querían vivir en Occidente, las mujeres querían tapados de piel, los hombres querían autos último modelo. Los albaneses son negros. Entre los "negros" —los cabecitas— de acá ese ilusionismo no corre; la furiosa realidad no permite esas fantasías.

En la concepción platónica de Migré esta chica Ana no es una negrita de la villa sino una blanca que estaba ahí por un error cósmico; ella se merece —y tiene— algo mejor. El escamoteo de la realidad que plantea la bifurcada estructura de una telenovela que no tiene por qué tener fin —al fin y al cabo los nietos del reciente matrimonio pueden ser con el tiempo, en esta tierra de promisión, los protagonistas de "Dinastía"— llega a la parte puramente técnica: los diálogos son tan largos que los camarógrafos se aburren y a veces hasta se salen de la simple, mecánica forma de picada y contrapicada: plano al que habla, plano al que contesta. A veces la cámara sale a dar vuelta por el ambiente. Carolina Papaleo demuestra que es capaz de comer chicle y caminar al mismo tiempo; astuta, por momentos habla y se arregla el pelo. Taibo será mal actor, pero no hay derecho a que le encajen párrafos de este jaez:

—¿Sabés qué es? Es como tomar un litro de champagne de golpe —y pronuncia muy bien esa ge del medio—. Compuse una canción para este bienestar, para este estar feliz.

Rara sintaxis que hubiera envidiado el Shakespeare que ahora escribiría telenovelas, la de Alberto Migré. Dulce prosa de ocasión que encima se estira durante quince minutos en el final de una tarde de invierno, a la hora señalada, antes de que empiece el batallón de niños, señoras bien que discuten con la mucama del interior, interiores que muestran hasta por el ruido la precariedad del decorado, frases cada vez más hechas. No importa, porque una hora más tarde —después de la siguiente telenovela, que arrecia como puñalada de loco—, en el noticiero, la madre que abandonó a la niña de tres años, según se vino anunciando durante toda la tarde, irá en busca de su hija, frente a las cámaras, en la telenovela en que están convirtiendo a la realidad.



19 HORAS

Un paseo en auto trucho

CONDUCIENDO A MR. SANCHEZ

(Por Roberto Fontanarrosa) Esta es la mejor hora para ir al centro. Por la Bajada Puccio, paradójicamente, sube un aroma mórbido con consistencia de bálsamo, que viene desde el río. Es la hora, asimismo, en que "El Cairo" arde con la exaltación de una brasa. Es cuando llegan a esa mezquita los vendedores de abalorios, los traficantes de surubí, los picapleitos que transan por penas menores y es cuando Moreira distribuye los primeros narguiles entre las mesas. Me gusta, también, porque es el momento en que saco el coche, el importado. El aire en torno a la plaza Alberdi, sacudido por las campanas de la iglesia que llaman a redimirse, está saturado de olor a humo de las fogaratas de hojas secas, y los vecinos me miran y miran a mi coche con la mayor de las envidias. Antes de ubicarme al volante meto en el asiento de atrás a Sánchez, lo que siempre me resulta algo difícil dado lo caprichoso de su complexión física. No es que tenga temor, pero Sánchez es una garantía de que todo está en orden cuando preguntan los Federales.

Doy contacto al motor y un bramido apagado me responde. Pongo reversa y el BMW retrocede abandonando la entrada de mi casa con la discreta majestuosidad de un submarino atómico dejando su rada. El interior del coche parece un club privado inglés. Mucho cuero negro, bronce y madera oscura. Un bar, incluso, para darse un trago, si corresponde.

—¡Negro, comprate calzoncillos! —me grita un chusco y en sus ojos alcoholizados destella la codicia.

"Cualquiera podría tener un carro como éste —pienso, torciendo hacia la izquierda para dejar Agrelo—. De contar con imaginación. Y dinero necesario para pagar por Sánchez." Sánchez, escorado allí atrás, apenas asomada la cabezota tras mi respaldo, parece leer mi pensamiento.

—En este país —me dice— los únicos privilegiados somos nosotros.

Y debe ser cierto.

Ahora Sánchez está afectado por un extraño mal. No sé bien de qué se trata, pero se le caen los dientes uno a uno, cada vez que estornuda. No puede ser una derivación del resfrío. Sería demasiado. Y está en tratativas para importar una bomba de cobalto ¡Dios! ¡Yo podría llegar a matar para tener una de esas cosas! Los vecinos me señalarían por la calle y dirían: "Allí va el que tiene una bomba de cobalto en su casa". Pero no es posible. Sólo gente como Sánchez puede tramitarla.

Giro a la derecha frente al Rowing y meto más presión al bendito motor. Me siento tentado de bajar los vidrios y olisquear la brisa que llega desde la isla, pero prefiero seguir distante del sucio mundo. Hay dos barcazas grandes que pasan hacia el norte. Son tan grandes que parecen estar fuera de escala. Una lleva containers sin identificación. La otra enarbola bandera liberiana. No puedo abismarme en contemplarlas. Sánchez vuelve a la carga con la conveniencia de dotar al coche de doble comando, uno para mí y otro para él.

—No joda, Sánchez —le digo—. Los Federales no pueden hacerme nada. He comprado el coche de buena fe. Ya bastante hice pagando el plus por usted, cuando podría haberlo evitado (esto último no se lo digo. No quiero hacerlo. Ya tiene bastante con su problema).



Lo seguro es que no haré como los otros pusilánimes. Como el productor de soja que crucé ayer, por ejemplo, conduciendo un Mercedes Benz al que le había pintado en un flanco: "Escuela de Conductores".

A mi derecha verdean los jardines colgantes de la barranca. En las inmensas mansiones de los nuevos ricos, frente al yacht, de cara a las calas repletas de cruceros y veleritos, se mecen apenas con el viento las palmas, los gomeros, las tipas y los rododendros. Por ahí se divisa el manchón ocre de los plantíos de tabaco y, a su sombra, adivino los almácigos de marihuana. Se ven balcones con cascadas de adormidera, de amapolas y el oloroso jenjibre en torno a las canchas de tenis, de paddle y de criquet.

Acelero un poco y siento la respuesta del BMW en los riñones. ¡Lástima que por aquí no haya vidrieras para mirarme en el reflejo de los cristales! Verme pasar al volante del enorme escarabajo negro, bruñido como una gema de basalto.

Atrás queda el Gigante de Arroyito, que reluce en el atardecer como un zafiro. Con sus torres y minaretes parece un templo. Dicen que en el encofrado de sus tribunas reposan por siempre cuerpos de árbitros y jueces de línea. Pero son cosas que inventan los lepra, despechados porque no los eligieron a ellos para tener un mundialista.

Esa cosa que tiene Sánchez por mano me señala adelante. Hay un control de los Federales. No tengo nada que temer. Le doy un toque suave al cebador y el clorhidrato de cocaína se mezcla con la gasolina, naturalmente. Compré el coche de buena fe y no podía saber lo de la blanca. Uno no es un experto en automóviles y nada podía indicarme que aquella sustancia pálida en los bornes de la batería no era sulfato. "Tiene un doble tanque disimulado —me informó un mecánico—. Y ese tanque está lleno de la buena." Yo no podía saberlo. Le inyecto algo más de blanca a la combustión y el coche brama, parece que quiere volar. La luz de los faros se le obnubila parcialmente y hasta enrojece. Pero nadie podría acusarlo de nada. No es algo que haga para ganar una competencia, después de todo. Pero los Federicos no me detendrán. Les ha bastado, sin duda, un par de chascos anteriores. Como cuando descubrieron las armas bajo el asiento trasero, donde iba Sánchez.

—Son fusiles de asalto Galil —dijo uno de los polizontes, conocedor— israelíes.

—Serán del dueño anterior —les contesté, realmente asombrado—. Era de un comerciante de calle San Luis, que estaba amenazado de secuestro. Los Federales requisaron los fierros y me dejaron ir, convencidos, sin duda, de mi inocencia. Basta mirarme para darse cuenta de que yo no sabría ni cargar una de esas armas. No podía conocer la existencia de tal cargamento en el BMW. Uno lo compra de buena fe, a un amigo, y no va a estar atisbando bajo los sillones como una esposa en pos de una prueba de infidelidad. Tampoco supe del explosivo plástico en la gaveta, ni de los tubos lanzacohetes RPG disimulados en los caños de la carrocería hasta que me lo dijo el mismo mecánico que descubrió la blanca. O el otro caso de los orificios en los guardabarros traseros, en virtud de los cuales los Federaicos dedujeron que el coche podía ser robado.

—Son agujeros de bala —insistían—. Pero yo les dije que eran defectos de fabricación. Así como vienen pares de medias con corridas o chalecos mal cortados. Que por eso mismo me habían dejado el BMW a un precio irrisorio. Y les mostré incluso a Sánchez por la ventanilla, postrado en el asiento de atrás y sin entender demasiado la cosa.

Pero ahora los Federales me detienen. Controlan los papeles, observan el rodado y les muestro a Sánchez nuevamente. Pero quieren mirar dentro del baúl. Les digo que no tengo la llave; es más, que nunca lo he abierto. Uno de los Federales, muy joven, pasa la yema de sus dedos por la juntura de la baulera. Los retira impregnado de un líquido rojo oscuro. Lo olfatea.

—Sangre —musita, y muestra los dedos a un superior. Me encojo de hombros.

—No sé —les explico—. Nunca lo he abierto. Incluso, no lo necesito. Cuando viajo mando el equipaje por tren.

El superior hace un gesto despectivo con la mano.

—Está bien. Siga —me dice—. Y luego indica a los suyos. —Ya tenemos bastante con el camión.

Y se dirigen hacia un Bedford enorme del cual están bajando unos bultos no identificados pero que huelen a rayos.

Subo al BMW y le meto derecho por Boulevard Avellaneda. Aun sabiéndome inocente me siento alterado. Algún día tendré que abrir ese maldito baúl. No quisiera encontrarme con algo desagradable. Ocurre que uno compra el coche de buena fe. Y, al no ser un experto, se interesa tan sólo por el motor. No va a andar fijándose en los accesorios.

Sánchez, con la excitación, se ha caído al piso del auto. Recién lo levantaré al llegar a la cochera. No estará mal ahí, después de todo. El piso es acolchado y muelle, no como el de los carros nacionales.

Cuando llego a "El Cairo" son casi las ocho. Los polizontes me han retrasado esta vez con sus preguntas. Me siento a la Mesa de los Calanes y me cuentan que Moreira ha corrido a una pandilla de afeminados con el trapo rejilla. Y que estuvieron los de Toxicomanía revisando los saquitos de mateína. Cosa de nada. El boliche bulle de energía y los poetas ofertan sus rimas entre las mesas. No lo traje a Sánchez esta vez pues se excita y muge como una vaca ante las mujeres. Llega el Perro y su Charanga. Se encienden las primeras teas. Pedro nos sirve café, té de opio, bicarbonato, dátiles y hojas de coca. Pronto comenzará la música y el retumbo de los tamboriles rebotará entre las mesas con la desesperación de una ciega mariposa nocturna. No me he perdido tanto, después de todo.



Argentina en la televisión francesa

EN EUROPA NO SE CONSIGUE

(Por Osvaldo Soriano, desde París) Hora veinte en Francia: el país se sienta frente al televisor para seguir el principal informativo de la noche. Media hora sin publicidad, media hora de tensión prefabricada, un periodista sentado a una mesa circular representa las noticias compaginadas durante el día, sin comentarios ni observaciones personales. Plano corto: *"Mesdames, messieurs, bon soir*. Diego Maradona, el más famoso de los futbolistas argentinos, ha sido arrestado hoy en Buenos Aires...".



Lo que sigue es un informe de treinta segundos con imágenes de Maradona en Buenos Aires y Nápoles; declaraciones en francés de Jorge Burruchaga, su compañero en la selección. El texto pasa revista a todos los escándalos vinculados a la droga en la Argentina sin olvidar el caso de los artistas y magnates de la edición que importan autos de lujo a nombre de tullidos y discapacitados. Un mapa de América y la flecha que indica dónde queda la Argentina.

Después algunas imágenes de la epidemia de cólera. Esta vez la flecha señala al Perú. Más catástrofes: el tornado en Bangladesh, el éxodo de los kurdos. Por fin, una encuesta sobre los diez años de gobierno de François Mitterrand (mayo 1981-mayo 1991). El pacto Gorbachov-Yelsin, el acercamiento diplomático entre Francia e Irán. El rechazo de la proposición francesa para aliviar la deuda de los países más comprometidos. Según la Banca Mundial (datos de 1990) la Argentina debe 70 mil millones de dólares.

En lo que va de mayo ninguna información sobre la Argentina. Ni en los noticieros ni en los principales diarios. Buenos Aires no figura ni en la lista de climas y temperaturas. En España, en cambio, abundan los títulos sobre la corrupción que toca de cerca al gobierno de Carlos Menem. La curiosidad por América latina se desvanece en los Pirineos. Aquel mundo, a franceses y alemanes les parece caricaturesco, irrelevante, sin otro poder sobre el siglo XXI que el de hacer el mal: droga, pestes, desastres ecológicos, gobiernos payasescos, ese patio trasero de Norteamérica parece no contar para el presente ni para el futuro. Aquí nadie se ha enterado todavía que Menem y los suyos se han subido al tren del Primer Mundo.

En verdad, pese a la guerra —o gracias a ella—, Europa dormita en la opulencia y los males ajenos le importan tres rábanos. Ante el desastre de Bangladesh el gobierno francés otorgó una ayuda de urgencia de 500 mil francos (menos de cien mil dólares); los países del Este salidos del estalinismo todavía esperan un pecho fraterno. A Lech Walesa la reina de Inglaterra lo paseó en carroza para hacerle sentir los fastos de la corona, pero el gobierno conservador de John Major no le mostró nunca la billetera. La Checoslovaquia gobernada por intelectuales y artistas liberales espera inversiones poco probables: franceses y alemanes compiten con los japoneses para comprar lo poco que queda de las empresas norteamericanas. Nadie piensa en Europa que la Argentina menemista sea un buen lugar para colocar dinero aunque funcionarios del gobierno admiten que las empresas estatales, regaladas como vienen, no son de despreciar.

Los informativos de las ocho de la noche (los canales privados, TF1 y La 5, y Antenne 2, estatal) muestran un mundo conservador y conformista que habla una nueva "lengua de algodón", como la llama el lingüista François-Bernard Huyghe en un flamante libro que lleva ese título.

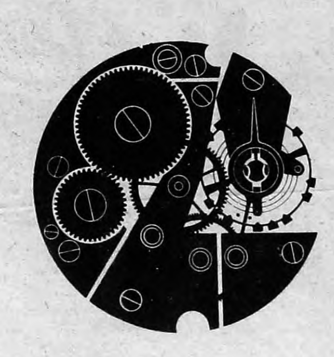
¿Por qué algodón? Porque, escribe Huyghe, "el algodón llena y absorbe; se lo utiliza para anestesiar y para tapar los oídos. Es el accesorio indispensable para el maquillaje".

Si la televisión argentina comunica a diario la imbecilidad y la humillación, la de Europa transmite el vacío y la blandura de ideas con frases hechas de autosatisfacción. Este es el mejor de los mundos y el más hermoso de los tiempos, parece decir. El debate es inútil porque la Historia ha terminado y el final es feliz.

De vez en cuando alguna voz solitaria se levanta sin mucha fuerza: el suizo Jean Ziegler (autor de *Sociología y contestación, Luchas y derrotas del Tercer Mundo* y *La victoria de los vencidos*) acaba de publicar un libro de 130 páginas titulado *Hasta mañana Karl*, en el que intenta rescatar el pensamiento de Marx en clave socialdemócrata.

Ziegler se ocupa sobre todo del Africa y aprueba un cierto "marxismo de resistencia", indignado y bienpensante. Más que un alegato, el libro es una crónica de sucesos desde la caída del Muro de Berlín hasta los días previos a la guerra del Golfo. De la especulación de Ziegler ha desaparecido un sujeto histórico: América latina. Sin el atractivo de las dictaduras y las revoluciones de antaño, el continente parece haber abandonado el teatro de las grandes ilusiones. Conclusión de Ziegler, adecuada al parecer para el pensamiento europeo y para los demócratas africanos: "El pensamiento de Marx nunca ha sido más actual y pertinente. Proveyendo algunos conceptos rigurosos que pueden conciliar la moral y la política, el marxismo de resistencia actualiza una primera tarea que no es menor: desprenderse de sí mismo para mejor volver a ser; de objeto de la necesidad histórica convertirse poco a poco en sujeto."

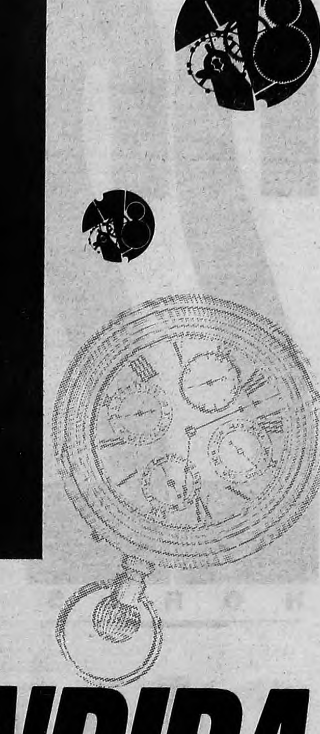
Pasado el noticiero de las veinte en punto y vistos los últimos libros "ideológicos" publicados en Francia, podría sospecharse que la Argentina —y toda esa parte del mundo—, no existen más que para producir sobresaltos y disgustos a sus acreedores. A veces también aparecen payasos y saltimbanquis y el espectáculo, entonces sí, aparece en toda la prensa.





21





HORAS



LA MESA ESTA TENDIDA

(Por Enrique Medina) Camina alrededor de la mesa. Somos muchos en este departamento, piensa. Por fin ha terminado el noticiero televisivo. Nuevamente lo han golpeado. Nadie se la perdona. Envidia. No basta un puñetazo en la puerta del baño pasa saberse mal. Observa la mesa. Grita. ¡Qué es esto! ¡Así no se pone una mesa! ¡Yo no me siento en esta mesa! Acuden, lo cuidan, lo quieren. ¿Qué es lo que pasa? ¡Pasa que esta mesa está mal puesta! ¿No se dan cuenta que si los cubiertos y las servilletas no están bien colocados es porque no hay... Y se calla la boca. Iba a decir que cuando una mesa está mal puesta es porque no se quiere a la persona con la que se va a comer. Le da vergüenza pronunciar la palabra. Igual insiste, grita y golpea la mesa con el aro de cada servilleta y dice que así hay que colocarlas y también así hay que poner los cubiertos y los vasos y la panera con el pan. ¡En orden! Entonces cuando uno se sienta a una mesa bien ordenada sabe que lo reciben bien a uno, que lo... Y vuelve a frenarse. No quiere conjugar el verbo querer, le es impropio, cree. Pide que bajen el volumen del televisor. Justo aparece en pantalla Daniel. Ahora está de animador Daniel y le va bien. Buen periodista. Y amigo. El había sido uno de los candidatos para manejarle las relaciones públicas y la prensa cuando lo vendieron al exterior, pero... Otros fueron más rápidos y le ganaron de mano y así es la vida. Como lo saben nervioso lo han dejado y se han ido a la cocina. El ve la mesa y no se conforma con la colocación de la botella de vino y las gaseosas. Lo hace él. Sufre a pesar de que la tormenta mayor pasó. No lo puede aceptar: él, el más grande, más grande que Pelé, que el presidente, con todos a su disposición, tapa en las revistas del mundo entero, todas las mujeres, toda la admiración, ¿es que acaso por una simple idiotez, por algo que únicamente lo perjudica a él y sólo a él y a nadie más que a él, se van a olvidar de lo que hizo? No lo acepta. Está convencido de que todos lo han traicionado. Siempre lo traicionaron. Todos los que estuvieron a su lado para sacarle dinero y nada más y halagarlo para sacarle dinero y meterlo en... Detiene la bronca y trata de girar su idea: uno también se deja llevar, pero ¿por qué? ¿Por qué acepté que me hablaran mal de Daniel? ¿Porque era un periodista que no estaba metido en nada? ¿Porque era poeta y escribía libros y no le interesaba meterse en complicaciones? Daniel lo había advertido; se lo dijo directamente aquella vez en la que la relación quedó definitivamente rota. Daniel le dijo: tené cuidado o vas a terminar como Bonavena. Y le explicó que los futbolistas y los boxeadores no tienen la suerte de los corredores de autos o los jugadores de polo. Ustedes no tienen educación ni cultura ni roce y son soberbios y los usan como papel higiénico, una vez usados los tiran al inodoro. Así es en la Argentina. El lo mandó a la mierda y le tiró un cazote. Como los dos son petisos quedaron trabados y se miraron en silencio. El le dijo que estaba equivocado, que tenía muchos amigos; el presidente lo había hecho embajador. Daniel se rió y le contestó que Gatica también tuvo rango de diplomático y mirá. Vos me tenés envidia, y lo soltó. Daniel se arregló el saco y le dijo que se acordara de este momento y se fue. Fue verdad. Ahora recuerda aquel momento y está por llorar. Va al balcón y ni en el balcón puede estar tranquilo porque los hijos de puta del edificio del costado prenden la luz del balcón y es tan fuerte esa luz que le ilumina el balcón de él, y lo ven. Y él desea estar solo en medio de la oscuridad para entender a ese hijo de puta que le sacó las fotos disfrazado de mujer y las vendió a la revista *Oggi* para hacerse unos mangos y hundirlo para siempre. Se va a la punta del balcón, allí hay algo de sombra. Las infiltraciones de corticoide lo jodieron, lo acostumbraron a no soportar el dolor y a necesitar la cocaína. Todos a su lado lo sabían, la necesitaba a causa de la columna. De esta columna de mierda que se está doblando y duele. Y llora, solito. Dándose cuenta que ni Pelé se la perdona haciéndose el paternalista. Todos los que se hacen los paternalistas lo único que hacen es hundirlo más, con elegancia. ¿Por qué no lo dejan en paz? El hace su vida privada y nadie tiene derecho a meterse en la vida privada de nadie ¿y por qué se meten con él? Con su familia. Las nenas. Desde la otra punta del balcón aparece la mujer. Recién la ve pero ya estaba. Tiene miedo que él se tire. Pero no tiene valor. Mira la noche, él. Lo entregaron, no tiene ninguna duda. Le hicieron la cama y ahora está pagando las que hizo, que no es mucho: apenas la alegría de disfrutar lo que le pusieron a mano. Le dio todo al país y ahora no es más que un papel sucio de mierda resbalando en el inodoro. Esta es mi Argentina. Yo soy argentino. Yo puteé a los tanos cuando silbaron el himno. Yo hice goles que se recordarán eternamente. Yo quiero a mi familia, a mis hijas. No le debo nada a nadie. Están en deuda conmigo. No cagué a nadie ni al país, ni robé, ni maté ni nada; mi único error fue haberles creído a los hijos de puta que me decían que yo era dios. Tengo derecho a disfrazarme de lo que se me cante y a zambullirme en una pileta de cocaína si me las banco. Nadie tiene derecho a señalarme con el dedo.



Yo tengo que señalar a los que me traicionaron; los voy a señalar. Recién estoy conociendo la verdadera cara de mi país. Hipócritas, todos; todos menos mi familia. Y para de llorar. Su mujer deja de controlarlo con disimulo y se muestra más franca, se asoma y mira hacia abajo; en la mañana le ha dicho que conviene poner defensas en el balcón: ¿sabés? por las nenas. El no contestó, porque sabe que es por él. Ella se va acercando mirando el cielo. ¿Viste qué linda está la luna?, le dice. El, apresurado por el acercamiento de ella, se seca las lágrimas y responde: sí, está linda. Casi sin dejar de hipar, como un chico en penitencia. Ella termina de acercarse; lo abraza. Se abrazan fuerte. ¿Vamos a comer?... Bueno. Y se van, abrazados...





Alejandro Elías

Contra el tedio

LA CONVERSACION

(Por Noé Jitrik) Cuando me invitaron a escribir para el número aniversario de **Página/12**, propuse algo sobre Grondona, lo que parecía natural porque está ligado a las diez de la noche de Buenos Aires. Yo había estado pensando en él como figura pública y, por lo tanto, me parecía factible establecer una conexión no arbitraria entre la figura y la hora. Las diez de la noche, por otra parte, tienen para mí cierta fuerza de arrastre imaginario: me gusta, melancólicamente, el perfil de la gente volviendo a alguna parte, tal vez a su casa, tal vez después de una jornada de trabajo, tal vez para encontrarse con una protección, tal vez con el desabrimiento del fin de la jornada; es en el subterráneo —y en todas partes del mundo— que el regresar a esa hora tiene algo de peculiar, no se parece al ir a alguna parte de las tres de la tarde, o al ansioso de las siete o al cauteloso de la medianoche. Pero la idea de Grondona modificaba esa imagen: algo ocurre a esa hora en Buenos Aires, por lo menos, que liquida todo sentimiento poético y renueva una tensión que se suponía digerida en la jornada; a las diez, día a día, se despierta una horda de cabalistas y hermeneutas que potencian los significados acumulados durante el día, que invitan y desinvitan, que concentran y crean figuras y producen frases, en una actividad que tiene de todo, menos de la melancolía de un regreso.

Así que deseché lo temporal de la sugerencia y me puse a escribir sobre Grondona. Lo hice a partir de algunas observaciones recogidas en las últimas semanas y, concluida la redacción, triunfante, se la mostré a mi hija quien, con cierta piedad, me señaló que todo lo que a mí me parecían hallazgos de observación, sutilezas inclusive, habían sido dichas en los últimos meses hasta la náusea, de modo tal que en suma yo no estaba diciendo nada nuevo. Y no fueron simples disconformidades sino explicaciones didácticas que me convencieron. Por supuesto, tenía razón: las figuras de la televisión argentina han cobrado tal importancia que son objeto de comentario y de indagación; como la gente es cada vez más inteligente, trata de comprender sus alcances, para lo cual vastas semiologías intuitivas se ponen en funcionamiento con una rapidez tal que casi no se puede ser original, no hay nada para descubrir detrás de las superficies lisas y oscuras porque todo es visto de inmediato, lo que indica o bien que originales somos todos o bien que nadie lo es. O que los aparatos interpretativos se han generalizado tanto que no sólo los conductores de programas son hermeneutas sino también los espectadores y, sobre todo, los periodistas. Y tampoco esto es extraordinario pues no sólo enorme cantidad de argentinos ha pasado y pasa por el psicoanálisis sino que la sociedad entera parece, hasta la náusea, psicoanalizada, rápida para las interpretaciones, a la defensiva.

Mi punto de partida no era, sin embargo, del todo malo; preocupado por el tema de la "conversación" como objeto comunicológico, me parecía ver que la estrategia comunicativa de Grondona estaba atravesada por lo conversacional y que en ello residía su eficacia; eso, en particular, es lo que diversos analistas han reconocido; es más, en tanto lo conversacional tiene que ver con lo íntimo y esto con lo físico, me da la impresión de que no sólo él sino muchos otros juegan este mismo juego, desde la precursora Mirtha Legrand por el hecho de comer frente a las cámaras, hasta Guinzburg por el de sexualizar sus enunciados, y Gasalla por jugar con excrementos, o Neustadt por solicitar, implorante de apotilla, que no lo dejen solo, etcétera. También pensé que todo esto tenía que ver con lo que ya se ha dicho repetidas veces acerca de Menem, desde su "síganme" hasta el exceso de corporalidad con que nos distrae casi a diario. Tres conclusiones se imponían: lo íntimo, físico, doméstico, directísimo provienen de un modelo que, persiguiendo el paso de lo privado a lo público, liga periodismo con política; el lenguaje que produce es directo y muchas veces divertido y eficaz y para muchos es una expresión de la democracia; como modelo tiene gran fuerza en Estados Unidos y ha sido adoptado sobre todo por el Partido Republicano como modo de acercamiento al hombre medio, a quien ya no se le grita sino que se le susurra. Si es así, concluía, no deberíamos vincularlo con un modo de ser argentino sino considerarlo una astucia que descansa, esta vez, en una estructura más interesante, más universal, más abarcadora aunque, desde luego, podría ser sustituida por otra tanto si cambia el régimen político que la sostiene como si se descubre, en Estados Unidos o en otra parte, alguna nueva astucia comunicativa que garantice más éxitos en el terreno de la comunicación. Por ejemplo la gesticulación o el silencio lacaniano o el hablar todos a un tiempo, en fin, existen muchas posibilidades.

Pero admito que todo esto se sabe y que no es satisfactorio para explicar qué ocurre a las diez de la noche en Buenos Aires, entre muchas otras cosas que ocurren. Lo que queda es tan sólo una preocupación personal: si este estilo se apoya en estructuras conversacionales auténticas, sus productos pueden ser correlativamente auténticos, como sería en mi opinión el caso de Gasalla o de **Página/12**, pero también podrían no serlo, como, dadas su performances anteriores, puede ser el caso de Neustadt y Grondona. Por supuesto, no me atrevo a insinuar que una defensa tan cálida y sentida de las privatizaciones, por ejemplo, llena de dudas cartesianas, pletórica de primeras personas que ponen la cara y el cuerpo, tenga una finalidad sólo teórica; bien podría ser, pero yo no lo estoy diciendo, que encubra la defensa de intereses económicos grupales e individuales, interpretación que, si se hiciera, sería bastante inocente pese a todo.

Todo esto es menor y no tiene mucho relieve; lo que personalmente me queda como tema de interés es la conversación misma; advierto que si mucho de sus formas y sustancia ha pasado a los ritos de la comunicación social y política ello no implica, de ninguna manera, que este momento de la historia de la conversación sea de gran esplendor; he verificado que cuando más de dos personas se juntan se produce tal cantidad de interrupciones que ninguna frase concluye y, por supuesto, ninguna propuesta, como se decía en otra época, toma forma; he comprobado, aterrado —y eso me ha dado para escribir una "Primera hipótesis sobre el tedio"—, que la interrupción ha sentado sus reales y que la gente, lo que se llama la gente, prefiere aburrirse antes que discurrir, hasta tal punto que me parece leer en los labios de los que tratan por todos los medios de que no se hable la siguiente frase, terrible en el desierto afectivo que promete: "Estoy incluso dispuesto a callar con tal de que tú no hables", que es lo que diría o trataría de hacer normalmente un diputado pero que ahora dicen tanto nuestros invitados a cenar los sábados por la noche como quienes participan de una reunión de trabajo en una institución o quienes se reúnen en la calle Florida para discutir sobre lo mal que está el país desde la noche anterior.

La conversación, por cierto, tiene sus reglas y leyes y, para que produzca, hay que respetarlas; tales reglas son el fruto de una cultura y lo que resulta de ellas, cuando en verdad se conversa, es nada menos que la comunicación, paradójicamente, el fruto más exquisito de la conversación es el silencio de dos que se han dicho todo lo que tenían que decirse y ahora se miran a los ojos y se entregan los cuerpos; su callar es la conversación triunfante, es lo mejor a que se pueda aspirar y se produce, por lo general, después de las diez de la noche, cuando dos que se encuentran al final de la jornada pueden empezar a conversar, sobre todo, sobre nada, sobre la conversación misma. Si, como está ocurriendo quizás a raíz de la apropiación que han hecho la política y el periodismo de la conversación, la conversación se hace difícil —porque es un puro comentario entrecortado e interrumpido de lo que dicen los eficaces conductores de programas—, el entenderse utópico y el silencio del amor hostil, entonces hay que preguntarse qué pasa en una sociedad, qué está languideciendo en medio de estertores que no se escuchan, tapados por un tedio tanto más insoportable cuanto que parece fruto de una época. Qué pasa si, además, eso es vivido como previsible y normal.

(Por Juan Forn) Lo primero que dijo ella cuando se sentó fue: "No me preguntes de dónde vengo". El no le preguntó nada; siguió fumando con los ojos en el menú. Ella se sacó el tapado ya sentada: simplemente liberó las mangas y dejó que la piel se deslizara sobre el respaldo y los brazos de la silla, en torno a su cuerpo. Segundos después se materializó un mozo de la nada y llevó el tapado al guardarropa. Ella le sonrió como sonreía a todo el mundo y pidió un shot de tequila. Así dijo: *shot*. Y agregó: "No es para mí; es para mi hermano, que acaba de separarse".

—Me parece increíblemente snob de la gente eso de usar palabritas en inglés. Especialmente con los que no saben inglés —dijo él, sin levantar todavía los ojos del menú.

—Para no mencionar el hecho de que le ande contando a cualquiera que te separaste. Dame un cigarrillo.

Ella iba por el tercer matrimonio. También iba por la tercera cirugía, pero eso no lo sabía nadie, y nadie lo hubiera adivinado tampoco. Ella parecía la hermana menor, no él. Pero él sabía que ella era bastante más que la tilinga que parecía ser para el resto del mundo. Esa era la razón del encuentro: salvataje fraternal. Hermana madre acude en ayuda de hermanito herido. El mozo dejó a su lado un vasito de vidrio grueso, lleno de tequila hasta el borde.

—Notable —dijo ella—. Debe haber algún mexicano auténtico en este lugar. Estás incómodo. No; estás conmigo.

—¿Para qué vinimos acá?

—Para hablar de vos. O para distraerte de tu infierno. *Elige tu propia aventura*. Se llaman así, ¿no? A tu ahijada le fascinan. Podrías pasar por una librería de tanto en tanto y llevarle uno de regalo.

—Es cierto. Perdón. Mañana mismo.

—Mentiroso. Estás perdonado igual. Pero qué horror, este lugar está lleno de textiles, ¿te diste cuenta? No, ya sé. Y politiquitos. Demasiada corbata búlgara, demasiado Versace. No mires. Y no te preocupes; sin Movicom ni beldad rubia, no hay riesgo de que te crean uno de los yuppies. ¿Ya elegiste?

El se tomó el tequila como si fuera un remedio. Ella pidió por los dos. Seguía sabiendo sus gustos mejor que él mismo. Salvo en el tema mujeres. Después lo miró con las cejas enarcadas y dijo: "¿Tolerable, el primer día?".

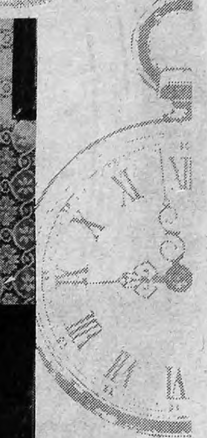
—Prefiero no hablar de mí. Prefiero no hablar, más bien. Contame cosas vos. De este lugar. ¿Por qué acá?



Recoleta comida

PATINAJE SOBRE HIELO FINO





Ella le acarició la mano y, en el mismo movimiento, levantó la servilleta del plato y la dejó caer sobre las piernas de él.

—*Parvenus.* ¿No son encantadores? Pocas cosas más agradables que comprobar que siguen sin entender del todo las reglas. Con quién venir, a qué hora, cómo no estar demasiado bien vestido. Hay dos mesas comiendo con champagne, mmm.

El se rió a su pesar.

—¿Además de ser absurdamente caro está mal?

—Pavote. En ningún lugar de la Recoleta se puede comer decentemente, ya. Y yo odio subirme al auto para ir a comer. Condenada a ser habitué, ¿no? En fin. Hay cosas peores. ¿Ves la barra? Esto te va a divertir. Cuando estaban decorándolo, los dueños anteriores, antes de inaugurar, la barra les pareció horrible y la tiraron abajo. Entonces se dieron cuenta de que faltaba algo y mandaron hacer una igual: ésa que ves ahí. Me encantan estas historias. Otra. Cuando estaba todo listo, trajeron a Romero Brest. Romero recorrió todo el restaurant, que antes estaba decorado por Edgardo Giménez, nada que ver con ahora, iba y venía con esa lentitud exasperante. Cuando volvió adonde esperaban los dueños, dijo: "¿Qué es?". Nada más.

Su risa silenciosa. El pensó: "Si hubiera una chica así", y dejó de pensar inmediatamente.

—No estarás pensando en lo que supongo que estás pensando, ¿no? Basta. Oí lo que te cuento; dejate llevar. ¿O te aburro?

—Imposible —dijo él.

—Ya sabía. Una más. Deciden inaugurar, por fin. Se miran. Uno pregunta: "¿Falta algo?" Casi nada: el chef. Resultado obvio: mutis por el foro de dueños anteriores, enter nuevos dueños. ¿Están tolerables esas endivias? A ver. Eh, nada mal, para estar gratinadas. Vos y las endivias. Brindemos.

Alzaron las copas. El esperó que ella dijera algo. El esperó que ella dijera algo que no fuese doloroso. El esperó que ella empezara con el operativo salvataje.

—Por mañana a la mañana —dijo ella.

El hizo tintinear la copa contra la de su hermana y empezó a hacerse a la idea de que ni siquiera ella pudiese atenuar la intensidad de la herida. Cada uno está solo en el medio del mundo, pensó. Y de pronto atardece.

Ninguno de los dos pidió postre. Café sí. Ella pagó la cuenta. Cuando guardó la tarjeta de crédito se quedó así, con las manos apretando el borde de la cartera, y lo miró con inesperada dureza.

—A veces podés ser tan irritantemente discreto.

—¿Por qué?

Los suspiros de ella eran para él algo así como la contrapartida de aquella risa silenciosa. Lo hacían sentir automáticamente consciente de su torpeza.

—¿Por qué no me preguntaste de dónde venía cuando llegué, por qué no preguntaste qué quería decir ese brindis absurdo?

—Porque me pediste que no preguntara. Porque pensé que el brindis era tu manera de levantarme el ánimo.

Ella sonrió tristemente durante un par de segundos, y enseguida volvió a ser ella.

—Te adoro —dijo.

—¿Pasa algo?

Un fotógrafo se acercó a la mesa; ella lo espantó con la servilleta. Pidió que le trajeran el tapado. El seguía mirándola. Ella se dejó caer contra el respaldo de la silla y cerró los ojos. Cuando los abrió él no quiso oír lo que vendría a continuación. Demasiado tarde.

—Era maligno —dijo ella—. Me operan mañana a las once.—Y dijo algo más. Sin mirarlo, con simpleza y pavor y una enorme suavidad. Dijo:

—¿Podrás estar ahí cuando me despierte de la anestesia?

Página/12

SUPLEMENTO 4º ANIVERSARIO

24 HORAS EN LA VIDA DE LA ARGENTINA

escriben

Soriano, Lanata,
Fontanarrosa, Bonasso, Dal
Masetto, Bayer, Rabanal,
Cossa, Ure, Pavlovsky,
Gorodischer, Medina,
Briante, Giardinelli, Cohen,
Forn, Chejfec, Caparrós
Figueras, Di Paola, Shua,
Sánchez, Jitrik, Fresán,
Selser.

